

UN THRILLER DEL INSPECTOR ÁLEX CORTÉS

EL SECRETO DEL PANTANO



RICCARDO
BRACCAIOLI

Riccardo Braccaioli

El Secreto del Pantano

Un thriller del inspector Álex Cortés

First published by EDITORIAL ESCRITOR TOKENIZADO 2024

Copyright © 2024 by Riccardo Braccaioli

All rights reserved. No part of this publication may be reproduced, stored or transmitted in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, scanning, or otherwise without written permission from the publisher. It is illegal to copy this book, post it to a website, or distribute it by any other means without permission.

This novel is entirely a work of fiction. The names, characters and incidents portrayed in it are the work of the author's imagination. Any resemblance to actual persons, living or dead, events or localities is entirely coincidental.

Depósito legal: 2407248851186

First edition

This book was professionally typeset on Reedsy

Find out more at reedsy.com



...alla luce dei miei occhi, Eva

El sentido común es el menos común de los sentidos.

Oriana Fallaci.

INTRIGA CLUB

¿Te puedes imaginar que esta es la número 9 de una serie de libros de intriga y misterio?

Si has leído hasta aquí es porque te gustan mis libros.

Entonces déjame decir:

¡Gracias de corazón por acompañarme en esta aventura literaria!

Quiero que sepas que tengo una comunidad llamada Intriga Club.

Intriga Club es una comunidad única que ofrece contacto directo conmigo y muchas actividades emocionantes, tales como:

- Desafíos semanales para poner a prueba tus habilidades de detective.
- Roles especializados donde cada miembro puede asumir un papel importante.
- Comunidad colaborativa en la que todos compartimos y aprendemos juntos.
- Eventos exclusivos para interactuar y conocer más sobre el mundo del misterio.
- Leer mis novelas en primicia, antes que salgan publicadas.

Hoy quiero aprovechar este espacio para agradecer a los primeros integrantes que apoyaron el inicio de esta comunidad ALFA. Ellos creyeron en esta propuesta y también son lectores fieles:

Griselda Santoro

Izas Astiazaran

Gema Sanchez

Küami S.

Eli Carrera

Juan José Herrera Vilchez

Paco Mateos

Beatriz González
Cristina Pérez
Adriana Pérez O'Reilly
Eva Alton
Nora Castiglia

Si tú también quieres ser un intrigólogo, te invito a unirme a la edición BETA que abrirá sus puertas el 1 de septiembre del 2024.

Solo abrimos dos veces al año (1 de abril y 1 de septiembre de cada año) y el cupo máximo es de 50 personas en cada apertura.

Para pertenecer a la comunidad es gratis, pero tienes que ser seleccionado.

Para ser uno de los primeros en recibir información y unirme a esta fascinante comunidad, apúntate aquí: [Aquí encuentras el link para inscribirte.](#)

O al final del libro podrás entrar también por un código QR.

¡Espero verte pronto en el Intriga Club, donde juntos iluminaremos las sombras del misterio!

Un abrazo literario,
Riccardo Braccaioli

Lo que los lectores dicen sobre Riccardo Braccaioli:

“★★★★★ Gracias por escribir tan bien, eres de los grandes, el nuevo Michael Connelly”

“★★★★★ Esta súper bien, no puedes dejar de leer, te lleva con la intriga hasta el último momento, muy recomendable.”

“★★★★★ Es de los libros que mantienen la atención y las ganas de seguir leyendo. Ahora estoy esperando para leer el siguiente libro de la saga.”

“★★★★★ No puedes dejar de leer, te atrapa desde la primera línea. Enorme. Espero continuar con toda la serie en breve.

“★★★★★ Soy seguidora de este escritor y me gustan sus obras, pero en esta se ha superado, desde la primera página he estado enganchada con un ritmo trepidante y sobre todo inesperado.”

“★★★★★ Lo empecé a leer sin mucha expectativa, pero conforme iba pasando por sus páginas te vas encaminando a una historia que termina por volarte la cabeza, no sabes en qué momento pasaron tantos acontecimientos, lo recomiendo.”

“★★★★★ No hubiese pensado nunca en cómo acaba siendo todo....
Me ha encantado, no he podido parar de leer hasta terminarlo.”

“★★★★★ Lenguaje sencillo, directo, fácil de comprender.

He pasado dos semanas leyendo los 6 libros de Alex Cortés y he disfrutado muchísimo de la trama y la historia de cada personaje.”



Antes de **EL SECRETO DEL PANTANO**, hubo



Conoce la historia de lo que realmente ocurrió en la **primera investigación** del inspector Alex Cortés en Barcelona.

Una **PRECUELA EXCLUSIVA**, ¡completamente gratis para todos los que se unan al Club de Lectores de Álex Cortés!

[¡ÚNETE AQUÍ!](#)

Entre su obra destaca:

Serie Bruno Malatesta

[La Muerte del Mentor \(Gratis en este link\)](#)

[Asesinato en el Rally Costa Brava](#)

[El Plan Mónaco](#)

[Los Secretos del Coleccionista](#)

[Malatesta Contra Malatesta](#)

[El Secuestro Ferrari](#)

[Festival de Muerte](#)

[Última Salida](#)

Serie Álex Cortés

[El Sastre del Diablo \(Gratis en este link\)](#)

[El Hedor de la Verdad](#)

[Asesino a Bordo](#)

[El Diablo Nunca Duerme](#)

[Cuando Barcelona Perdió la Cordura](#)

[El Vampiro de Barcelona](#)

[El Último Criptograma](#)

[Un Cadáver en Llamas](#)

BIBLIOGRAFÍA

SERIE

ÁLEX CORTÉS

0. EL SASTRE DEL DIABLO
1. EL HEDOR DE LA VERDAD
2. ASESINO A BORDO
3. EL DIABLO NUNCA DUERME
4. CUANDO BARCELONA PERDIÓ LA CORDURA
5. EL VAMPIRO DE BARCELONA
6. EL ÚLTIMO CRIPTOGRAMA
7. UN CADÁVER EN LLAMAS
8. EL SECRETO DEL PANTANO

SERIE

BRUNO MALATESTA

0. LA MUERTE DEL MENTOR
1. ASESINATO EN EL RALLY COSTA BRAVA
2. EL PLAN MÓNACO
3. LOS SECRETOS DEL COLECCIONISTA
4. MALATESTA VS MALATESTA
5. EL SECUESTRO FERRARI
6. FESTIVAL DE MUERTE
7. ÚLTIMA SALIDA

SERIE

GILDO FALCONE

1. MUERTE EN ROMA
2. MUERTE ENTRE VIÑEDOS

SERIE

EL FORENSE

1. EL FORENSE
2. LOS MUERTOS TAMBIÉN
DISPARAN

kindleunlimited
amazon

JB[®]
RICCARDO
BRUSCIONI

“Escribir sobre la muerte, para hablar de la vida.”

Riccardo Braccaioli

REGALO EXCLUSIVO:

Al final de esta novela te regalaré dos capítulos de mi nueva saga, ***El Forense: La vida y la muerte se unen en sus manos***. el primer thriller policíaco de Fosco Merrell, ambientado en la ciudad Akeron City.

Esta novela es un trabajo de ficción. Cualquier parecido con la realidad, con nombres de personas o enfermedades, es una pura coincidencia.

¡ATENCIÓN! Esta novela es solo para estómagos fuertes.

PRÓLOGO (viene del libro anterior)

Habían pasado unas semanas desde que Álvaro Perich entrase en la prisión de Quatre Camins.

Álex no supo responderse a la pregunta de si era anecdótico o casuístico que Néstor Luna y Perich acabasen en la misma prisión. A lo mejor, si coincidían, descubrirían que ambos estaban allí dentro y habían sido encerrados por culpa suya.

Era una mañana soleada.

Álex había ido a buscar unos cafés. Eran días más tranquilos en la comisaría de Travessera de les Corts. Karla cogió el café y dio un sorbo. Luego se pasó un pañuelo y se limpió la marca de leche que le acababa de dejar en el rostro el brebaje para llevar.

—¿Qué se siente al saber que aparecerás en una serie de La Plataforma de streaming? —preguntó ella.

Álex acabó de beber y dejó el vaso. Se pasó la lengua por los labios mientras se lo pensaba.

—No lo sé, de momento no me he hecho a la idea de cómo me siento, o de cómo se supone que me debería sentir —dijo Álex.

—Parece un trabalenguas —puntualizó Karla.

Él rio.

—Hay algo que tengo que decirte, Álex —dijo ella—. Creo que te has equivocado. —Álex arrugó el ceño y se puso serio—. Tú eres el jefe, pero desde mi punto de vista, te has equivocado en dos cosas —dijo y pensó un segundo cómo continuar—. No debiste haberle dado a Néstor las cartas que le enviaban; ahora no sabemos a dónde puede conducirnos esto. No sabemos a quién contesta y cómo, o si hay alguna admiradora que pueda hacer alguna tontería —dijo y apretó las mandíbulas—. Has abierto la caja de Pandora, Álex. La puedes haber cagado, bien cagada...

Él dio un sorbo al café.

—¿Crees que no lo había pensado? Todo lo que va a enviar de esa prisión, ¡todo!, será revisado letra por letra. Contenido, dirección, todo. Absolutamente todo. Pero lo tenía que hacer, Karla.

—Lo tenías que hacer para que tu hermana no perdiera el contrato —dijo Karla.

—Baja la voz, por favor —dijo él.

—Venga hombre, lo saben todos lo del contrato editorial de Ana. ¿Piensas que somos idiotas? —le espetó ella.

—No es eso. A lo mejor me equivoco, pero creo que es bueno que se documente la mente retorcida de Néstor Luna, el Asesino del Criptograma.

Karla negó.

—Creo que te equivocas —dijo ella.

—¿Y la segunda? —preguntó él.

—Pues el otro error ha sido dejar que vea a su madre —dijo Karla—. Ese animal no se lo merece, Álex. ¿Y que encima ese tío tenga el privilegio de ver a su madre? ¿A cuánta gente ha matado? No, no se lo merece —le espetó Karla con tono indignado.

Él arqueó una ceja.

—Siento que lo veas así, pero no tenía elección —dijo él.

—De ti no me esperaba una respuesta así, ni una actuación así —dijo ella—. ¿Sabes?

Álex miró el café y bebió el último sorbo.

—A veces tenemos que hacer cosas por el bien de los demás. Mi hermana nos ha salvado el culo y nos ha apoyado en muchas ocasiones. Si no hubiese sido por ella, Néstor estaría aún libre y ella tendría las dos manos. Creo que algo le debemos, ¿no te parece? —dijo Álex.

—Lo que tú digas, jefe —contestó Karla sin entender lo que argumentaba Álex.

En ese momento, Iván, desde el otro lado del despacho, se levantó haciendo caer la silla.

—Sí, sí, bajo —dijo por teléfono y retrocedió para volver a poner en su sitio la silla.

Iván cruzó el despacho y se apresuraba a salir cuando Álex lo llamó.

—Oye, ¿todo bien? ¡Parece que hayas visto un fantasma! —dijo Álex.

El agente se giró mientras guardaba el móvil.

—Sí, todo bien, gracias —balbuceó Iván—. No pasa nada, gracias.

Dicho eso desapareció del despacho. Salió de la estancia y bajó corriendo la escalera. La llamada lo había alterado. Pasó el control de seguridad y se encontró con la persona que lo esperaba.

En cuanto la vio se asustó.

—¿Estás bien? —dijo Iván a Laura.

Ella miró hacia otro lado.

Iván se puso las manos en el rostro, asustado. Le cogió una mano y la llevó dentro de recepción, a un rincón de la comisaría, a resguardo de curiosos y transeúntes.

Luego acercó tímidamente la mano para quitarle las gafas. En el rostro de la mujer aparecían varios moratones y un ojo completamente negro.

—¡Laura! —dijo con cariño Iván—. ¿Pero qué te ha hecho? —dijo casi llorando, al pensar en el dolor que podía haber sufrido la chica.

Ella negó, incapaz de hablar.

—¿Vamos? —preguntó él.

Ella se mordió un labio y casi se puso a llorar. Y entonces Iván la abrazó. Se quedaron así un rato y luego la cogió de la mano y salieron de la comisaría. Cruzaron el patio y entraron en el otro edificio de los Mossos, la comisaría de barrio.

Iván se identificó en la recepción. Esperaron sentados un rato, en silencio, sin decirse nada.

Cuando los llamaron, Laura se levantó y se acercó a un agente en uniforme.

—¿Me acompañas, por favor? —dijo ella a Iván.

Él se levantó y los siguió.

Pasaron a un despacho y el mosso juntó las manos. Eso Iván lo había visto demasiadas veces.

—¿En qué la puedo ayudar? —dijo el mosso a la mujer.

—Verá —dijo ella, se detuvo y respiró profundamente—. Vengo a denunciar a mi novio —dijo al agente y luego se giró hacia Iván y rectificó—. Quiero decir a mi exnovio.

Iván la observaba con admiración y sonrió. Ella le cogió la mano y se la estrechó fuerte. Por fin, había dado el primer paso.

1

La familia García había decidido pasar un día de picnic. Las altas temperaturas veraniegas los habían incitado a salir del asfalto de la ciudad. La economía no les permitía irse a la playa, pero sí un chapuzón en alguna piscina natural o en algún río de montaña para refrescar el día.

El padre conocía unos lugares idílicos que los compañeros de la oficina le habían indicado. Sitios económicos y frescos. Pero tenían que llegar pronto, porque había mucha gente.

Se prepararon tupers, bebidas y bocadillos. El día prometía.

Al salir de Barcelona la temperatura de la mañana ya indicaba que sería un día extremadamente caluroso.

Fueron a una piscina natural y consiguieron un lugar para dejar las mantas. Los niños jugaron con las máscaras de buceo y encontraron un cangrejo de agua.

El día pasó tranquilamente. La madre leyó un libro y el padre el periódico del día anterior, cogido en la cafetería de debajo de casa.

Pasaron las horas y el espacio quedó en sombra. Habían pasado allí ya muchas horas, así que decidieron volver a casa.

Ya en ruta hacia casa, refrescados y relajados, el padre vio un cartel que indicaba un lugar especial; el Pantano de Sau.

—Chicos, tengo una idea, vamos a desviarnos antes de ir a casa —dijo el padre.

Los niños se quejaron; querían llegar a casa para jugar con la videoconsola, cansados del día. Pero el padre giró igualmente.

Recorrió los cuatro kilómetros de desvío y aparcó en un parquin cerca del lugar.

—Cuando tenía vuestra edad, este lugar era mágico, ¿sabéis? —dijo el padre con la ilusión en los ojos.

Bajaron del coche y, a primera vista, daba la impresión de que el padre o estaba haciendo una broma o estaba tomándoles el pelo.

—Esto, cuando yo era pequeño, era un lago enorme. La gente venía a nadar, a hacer deportes de agua, incluso llegué a ver una lancha pequeñita que tiraba de un esquiador acuático.

La vista diferenciaba mucho de eso.

—Pero este año es algo especial —dijo indicando el horizonte desolado de arena.

—Esto no lo he visto nunca, el lago ahora es un desierto. Y allí está la iglesia, con el famoso campanario. Un año vi la punta y nada más. Mirad ahora, hasta los cimientos se ven.

Asombrados, fueron caminando por el lecho del pantano hasta la estructura románica. La iglesia estaba en ruinas, pero era un espectáculo curioso, que estaba gustando a la familia.

Al acercarse a la iglesia, el padre dio una advertencia de no entrar en la iglesia, ya que estaba en peligro de derrumbe.

Los chicos fueron corriendo, jugando al pilla-pilla mientras los padres hacían fotos.

—Papá, ven a ver esto —dijo uno de los hijos.

El padre lo siguió

Llegaron por la parte trasera de la iglesia, donde había una puerta que daba al claustro.

Allí había también una cadena y un cartel de prohibido el paso.

—Papá, mira, mira lo que hay allí —dijo el hijo, indicando el suelo de la iglesia.

El suelo de la estructura eclesiástica había desaparecido y en su lugar había solo una superficie de barro irregular. A pocos palmos estaba la entrada, que antaño debió de tener una puerta de madera. Allí, un objeto sobresalía.

El padre sacó la linterna del móvil y lo iluminó: parecía el asa de una maleta.

—¡Ostras! —dijo el padre.

—¿Qué puede haber allí dentro, papá? —dijo un hijo.

—¡Diamantes! —contestó el otro.

—No, microfilms de la Guerra Civil —dijo el otro.

—El Santo Grial —añadió la madre riendo.

El padre no se reía, allí había algo que alguien quiso esconder. Pero el asunto presentaba dos problemas: estaba enterrado en un barro más duro que el mármol y estaba dentro de la iglesia, donde, en teoría, no se podía entrar.

Se fue corriendo hasta el coche, donde guardaba un par de herramientas que había usado el día anterior para ayudar a su cuñado con un mueble de Ikea.

Cogió un destornillador y un martillo y regresó.

—¡Chicos, alejaos! —dijo el padre.

—No, Pedro, no entres ahí, por favor —dijo la madre.

—Confía en mí... —dijo él.

Cruzó la cadena y entró en la estancia abandonada. Se sintió extraño; hacía años que nadie pisaba ese espacio.

Dio con el martillo en el barro hasta que consiguió sacar la maleta, que resultó ser más grande de lo que se imaginaba.

La arrastró fuera, sudado y jadeando.

Cuando la tuvo fuera, la familia se quedó en silencio para ver lo que podía haber dentro.

—No es el Santo Grial, amor —dijo con tono desanimado—. Esta maleta es moderna.

Los cierres herméticos no se abrían. Entonces le dio con el destornillador y el martillo hasta que los mecanismos saltaron.

—¿Abrimos? —dijo el padre

—¿Estás seguro? —preguntó la madre.

—Sí, sí —dijeron los niños al unísono.

El padre abrió la tapa. Le costó muchísimo. Era como si el forro interno se hubiera enganchado.

Al abrirla, salió el hedor más putrefacto y perverso que podría soportar un ser humano. La familia cayó de espaldas al primer olfato. Se fueron alejando como pudieron. Dentro de la maleta había una bolsa negra, llena de gusanos blancos.

El padre cogió un palo y regresó. Mientras, la madre apartó a un hijo, que había comenzado a vomitar, y ordenó al otro que no se acercase a esa abominable masa de bacterias.

Pedro movió el celofán negro; era una bolsa de basura. El hedor era tan tremendo que no se podía estar cerca, ni cubriéndose la cara ni aguantando la respiración. Apartó el plástico solo lo justo para ver una cabeza humana. Era una mujer, con un tatuaje en la frente. Parecía una flor.

Pedro se alejó con arcadas incontroladas. Había encontrado una mujer muerta en una maleta, en el fondo del pantano. Pero lo que no sabía era que esa era solo la primera víctima de muchas.

2

Penitenciaría de Quatre Camins.

—Serie *El Asesino del Criptograma*, escena veintitrés, toma dos —dijo el chico con la claqueta en la mano y cerrándola, creando el típico ruido de madera, conocido por el cine de Hollywood—. Luces, cámara, acción.

Dicho esto, el operador se colocó detrás de la cámara, desapareciendo de la imagen que el director miraba con suma atención.

—Néstor Luna, ¿cómo elegía a sus víctimas? —preguntó la periodista.

Néstor no llevaba esposas. Estaba sentado a pocos centímetros en una silla fría e incómoda, como su alma. La miraba fijamente. Sus retinas estudiaban a la mujer que estaba justo delante de él. No se perdía ni un solo gesto de sus atractivas facciones.

Se pensó un tiempo qué contestar hasta que encontró las palabras adecuadas. Esas palabras que se quedarían para siempre grabadas en la serie.

—Observaba sus debilidades. Estaban perdidas, eran lo que yo llamaba «los últimos peldaños de la sociedad». Eran vulnerables y, sobre todo, nadie las echaría en falta.

—Usted trabajaba en una agencia de trabajo temporal... —dijo la mujer sin mirar sus folios. Néstor se quedó unos segundos en silencio.

—Así es. Me conoce bien —respondió, halagado.

La periodista no replicó, se quedó mirando al entrevistado, sin inmutarse.

—Tenía un cargo importante en una agencia de trabajo temporal en una buena zona de Barcelona —dijo él.

—¿A qué se refiere con una buena zona de Barcelona?

—Pues verás, primero me asignaron una zona de Sant Gervasi. Demasiado pija, demasiada gente de clase media. Hijos de papá que querían trabajos de verano por rascarse la barriga mientras miraban su perfil de Instagram. De locos.

—¿Y pidió traslado?

—Pedí traslado a una zona mejor.

La mujer arrugó el ceño. A Néstor le gustó generar emociones en esa mujer que ya había visto varias veces entre entrevistas preliminares y sesiones de grabación anteriores.

La periodista siempre acudía a sus entrevistas vestida de la misma manera: americana negra y camiseta negra. Sin anillos, sin collares, sin pendientes. Sin ápice de vanidad que pudiera distraer su trabajo.

Valeria Eriksson era la profesional encargada de rodar esa serie para la plataforma.

Rubia y de pelo fino y liso que le llegaba al hombro. Mandíbulas marcadas y labios carnosos con un ligero carmín color carne. Poco maquillaje, lo estrictamente necesario. Nariz pequeña y con la punta un poco hacia arriba. De ojos grandes y azules como un témpano de hielo. De expresión fría, como su carácter, decidido y osado.

Sentada con la espalda recta como su educación nórdica, igual que su origen.

La expresión de sus ojos no daba lugar a dudas; era una mujer segura de sí misma.

—¿A esa zona? —insistió ella.

—El Raval, era mejor.

—¿Mejor?

—Mejor para lo que buscaba.

—¿El Raval era su coto de caza?

Néstor entornó los ojos, las cámaras que lo estaban grabando no se lo perdieron. A los segundos, sonrió.

—Sí, era mi coto de caza, ¡claro!

—¿Y qué buscaba en su coto de caza?

—Presas.

—¿Presas?

—Presas fáciles.

—¿Fáciles?

—Sí, fáciles de embaucar y fáciles de hacerles creer que eso se podía mejorar.

—¿Eso?

—Su vida. Ellas no querían vivir en esas vidas miserables y yo las ayudaba.

—Como un Mesías.

Néstor se tomó unos segundos. La estancia de la penitenciaría de Quatre Camins estaba sumida en un riguroso silencio. Los focos, instalados para la grabación, solo enfocaban a dos

personas: la periodista y Néstor. Era una estancia oscura, lúgubre. Las paredes estaban sin pintar, solo repelladas con cemento y mortero gris que en la oscuridad parecían negras.

—Nunca me había imaginado así...

—No me lo creo —respondió la periodista.

Néstor se quedó inmóvil hasta que la periodista siguió con otra pregunta.

—Señor Néstor Luna, sus habilidades dialécticas han mejorado mucho, enhorabuena. ¿Nos puede explicar cómo lo hace?

—El sistema penitenciario tiene un programa para los presos, para que podamos estudiar aquí dentro una carrera.

—Una carrera. ¿Y cuál está estudiando usted?

—ADE y Derecho.

La periodista echó un vistazo a sus papeles.

—Los ciudadanos con sus impuestos me pagan estas clases —replicó Néstor con tono insolente.

—El juez dictaminó una prisión permanente revisable, eso quiere decir que es probable que usted se quede encerrado de por vida. Y lo condenó a pagar dos millones de euros a las víctimas. Pero como es usted insolente, se quedó en nada. Encima, a la sociedad le cuesta unos veinte mil euros anuales tenerlo encerrado aquí dentro, alimentándolo y educándolo.

Néstor rio a la cámara, como dirigiéndose a toda la población que miraría la serie. A las madres y padres de las víctimas. Luego, regaló una sonrisa cínica, despreocupada, altiva.

—¿Por qué elegía precisamente a esas víctimas y no otras? —insistió ella.

Néstor se rascó un ojo.

—Porque nadie echa de menos a una persona insignificante, a una bala perdida de la sociedad.

—¿Alguna vez ha sentido remordimiento por lo que hacía?

—¡Nunca! Los remordimientos son para los débiles.

—Entonces, usted se considera una persona fuerte.

—Yo soy fuerte, si no, no habría matado a todas las personas que he matado.

—¿A cuántas ha matado?

Néstor rio y se miró las manos.

—Muchas.

—Bueno, ha sido condenado, puede confesar lo que ha prescrito.

—Digamos que a quien he matado está en mi memoria y en las actas del tribunal.

—No quiere decir quién hay además, por qué hay más, ¿verdad?

Néstor miró a la periodista y suspiró.

—¿Ha visto mucha muerte en las guerras? —preguntó él.

—Esto es una entrevista a usted, no está permitido que me haga preguntas a mí. Aquí hablamos del Asesino del Criptograma, no de mí. Esas preguntas son irrelevantes.

—No, no lo son. Valeria Eriksson, corresponsal de guerra en las partes más peligrosas del mundo, Ucrania, Nigeria, Israel. Siempre en primera línea. Tiene que haber visto a muchos como yo.

—Muchos como usted, ¿a qué se refiere?

—Muchos asesinos.

Ella hizo una mueca con la boca, la primera señal de que era humana, en contraste con la inexpresividad que había mostrado hasta ese momento.

—Desde luego, las guerras son los lugares donde hay más violencia y más bondad de la Tierra —dijo la periodista, y esperó un segundo mientras miraba los ojos negros e inexpresivos del entrevistado.

Luego hubo silencio, unos instantes de incomodidad y análisis mutuo.

—Néstor Luna, ¿por qué ha matado usted? —dijo la periodista, sacando una de las preguntas clave de su entrevista y la más esperada por la audiencia, que en unos meses vería ese documental *true crime*.

Néstor bajó la mirada, pestañeó ralentizado y cerró los ojos.

Cuando volvió a abrir los párpados, la miró fijamente.

—Yo vivo porque mato.

3

—¿Qué hace que arranque bien una mañana? —preguntó Álex a Karla.

Ella sonrió.

—A ver.

Álex dio un sorbo al café.

—Esto —dijo, indicando el mejunje que tenía entre las manos.

Ella rio. El Café Sirena estaba a rebosar esa mañana. La cola de clientes que querían llevarse un vaso enorme de café al despacho salía por la puerta. Algunos pretendían desayunar una pasta caliente en alguna de las pocas mesas que seguían libres.

—Hace días que no hablamos... —dijo él.

Karla sonrió, la expresión de sus ojos no podía dar lugar a malos entendidos. Álex sentía que, a pesar de la decisión de seguir con Marcos, Karla seguía sintiendo algo por él.

Ella dio un sorbo al café para alargar el momento, para pensar qué decir.

—¿Qué quieres que te diga, Álex?

—Pues cómo te fueron las vacaciones.

Ella subió los hombros.

—Ya sabes, siempre vienen bien.

—¿Qué tal con Marcos?

—Bueno, está poco en casa, pero ayuda, no te preocupes.

—Claro que me preocupo.

—No pasa nada.

Álex arrugó el ceño y apoyó su mano encima de la de ella.

—Dime, pasa algo, ya sabes que puedes confiar en mí.

—Lo sé, Álex, pero no pasa nada, de verdad, gracias.

—¿Dónde fuiste al final?

—A la Costa Brava, un hotelito rural. Descanso, leer y poco más.

Álex se pasó la mano por la barba de varios días.

—Me alegro —dijo, sin estar muy convencido.

Ella dio otro sorbo al café.

—¿Cómo puedes pedir que te echen leche fría en el café? —preguntó Álex.

—Tengo mucho calor, solo faltaría que esto estuviera caliente —dijo ella, mirando el líquido para llevar que estaba sorbiendo—. Son las ocho de la mañana y ya hace un calor tremendo.

Mientras hablaban, en la televisión estaban dando las noticias. Una ola de calor estaba azotando España y seguiría unos días. Un calor anómalo para la época. Un agosto extremadamente caluroso, el más caluroso de la historia desde que había registros, eso afirmaba el presentador de la televisión.

—Esto solo ha comenzado —dijo Álex, indicando con la cabeza la televisión.

—¿A qué te refieres?

—Al cambio climático. Estas olas de calor solo han comenzado.

En ese momento, entró por la puerta un agente de la policía de investigación. Pasó al lado de la cola y buscó a los dos inspectores.

—Por fin os encuentro —dijo el chico—. El subinspector os está buscando.

Los dos agentes se miraron.

—Pues si hubiese venido, nos habría encontrado aquí, como cada día —respondió Álex.

—Os quiere ver enseguida en su despacho.

—Dile que, en cuanto acabemos el café, subimos.

El agente sacudió la cabeza.

—Dice que ahora. Es muy urgente.

—¿Qué habrá tan urgente? —dijo Álex, mirando al agente—. ¿Sabes algo?

Él se pasó los dedos por los labios, como si fuera a cerrar una cremallera invisible.

—No me quieres decir nada —replicó Álex.

—Venga, Álex, el jefe ya nos ha dado la mañana —dijo ella, se levantó y cogió el café haciendo un gesto con la cabeza—. A ver qué hay tan urgente esta vez.

4

La puerta del despacho estaba entornada. Álex se asomó y, con un nudillo, picó la puerta.

—¿Se puede, jefe?

El subinspector, sin mirar a la puerta, hizo un gesto con la mano. Los dos detectives pasaron.

—Siéntense —ordenó mientras esperaba a que la máquina de cápsulas acabara de verter el líquido negro en la taza.

—Eso lo va a matar, jefe —dijo Álex, refiriéndose al café de cápsulas.

—No tengo tiempo de ir seis veces a la máquina expendedora, ni el dinero. Menos aún, en la cafetería —concluyó, indicando los vasos de cartón que cada uno llevaba.

—¿Qué ha pasado, jefe? —preguntó Karla.

—¿Han oído hablar del caso del pantano de Sau? —dijo Ferrer, cogiendo la taza y sentándose en su sillón.

Allí se quedó mirando a los dos agentes.

—Sí, hemos oído algo, han encontrado un cadáver en el fondo del pantano... —dijo Álex.

El subinspector dio un sorbo y apoyó la taza en la mesa, luego abrió un periódico y lo golpeó con el dedo. La noticia hablaba del cadáver de una mujer metido en una maleta y tirado en el fondo del pantano.

—He ordenado trasladar el cadáver a nuestra morgue. Se les está escapando a los de la zona.

Álex se pasó la mano por la frente, ajustándose los rizos. Esa situación ya la conocía, ya la había vivido.

—¿Qué saben?

Los dos se miraron.

—Pues... —dijo Karla.

—Lo que pone en la prensa, jefe —añadió Álex—. Los periodistas son vampiros de noticias y si no hay, se las fabrican. No tienen nada mejor que hacer y están dándole mucho bombo al

cadáver de una mujer de hace muchos años. Eso que lo resuelvan los forestales de la zona —concluyó.

—El problema no es ese, es que anoche encontraron ese cadáver —dijo el jefe, y dio un sorbo al café—. Y otro, esta madrugada.

—Caramba. Esto tiene mala pinta —comentó Karla.

Álex puso los ojos en blanco, ya sabía lo que venía a continuación.

—¿En serio, jefe? —preguntó Álex—. ¿Con todo lo que tenemos, nos quiere endiñar este muerto?

—Nunca mejor dicho, pero no es uno, son tres.

—¿No pueden los de la zona? —preguntó Álex.

—No. Son ellos los que han pedido ayuda a nuestro departamento. Ambos tienen experiencia en asesinos en serie y a ellos esto les va grande —dijo el jefe—. Tienen que ir a Sau, pregunten por Laura Bertrán. Desde esta mañana, está allí Mario, de la científica. Les está esperando.

—¿Quién es Laura Bertrán?

—Pues es una inspectora de los Mossos d'Esquadra de la zona —explicó, y les dio un mapa—. Está todo vallado, deben entrar por la zona indicada.

—¿Vallado?

—Un radio de varios kilómetros. Parece que esto del turismo del *true crime* está en auge.

—¿Van a visitar el lugar? —preguntó Karla.

—La gente se colaba y no se podía trabajar. Malditos morbosos... —espetó el jefe, y concluyó—. Venga, que tienen un rato hasta allí —dijo, y les hizo una señal para que se movieran.

Los dos detectives se levantaron y cuando estuvieron en el umbral, Ferrer preguntó:

—Álex, ¿cómo va la serie?

Él se dio la vuelta.

—Bien, supongo...

—¿Aún no le han hecho la entrevista?

—No, están con Néstor y otros.

—¿Y su hermana?

Álex encogió los hombros.

—Aún les queda, esto va para largo.

El jefe asintió y dio un sorbo de café mientras Álex cerraba la puerta.

5

La carretera estaba cortada varios kilómetros antes.

«El jefe tenía razón», pensó Álex.

La carretera asfaltada que llegaba habitualmente al pantano desde el norte estaba interrumpida.

Una cinta y un coche de la policía local cortaban el paso justo después de una rotonda. Un agente indicaba a los conductores que tomaran otra vía como un autómatas.

Al lado, una señal anunciaba el pantano y el pueblo de Sant Romà de Sau. Debajo, un cartel señalaba un lugar lúdico de barcas de alquiler y kayaks. Unos metros antes, unas furgonetas de la televisión nacional y regional estaban informando en directo.

El coche de los dos detectives se acercó y el agente pareció enfadado por no hacer caso a sus indicaciones.

Karla enseñó la placa. El Altea camuflado no daba ninguna pista de que fueran *mossos d'esquadra*.

Cuando vio la placa, levantó enseguida la cinta. Álex se detuvo.

—Hola, ¿dónde está ubicada la búsqueda?

El agente hizo el saludo y les dijo dónde tenían que ir.

La carretera se estrechó, de dos carriles a uno sin línea en medio. Cruzaron un bosque de encinas, robles y hayas hasta llegar a una segunda cinta que indicaba que debían dejar el coche allí.

Aparcaron detrás de la furgoneta de la científica y siguieron caminando.

Karla cogió un paraguas para caminar en una sombra que le permitiera respirar y soportar el calor.

Justo a media mañana y con el sol de agosto, el calor era tremendo. Estaban haciendo un recorrido de poco menos de un kilómetro hasta la orilla, un infierno entre árboles.

Cuando la vegetación se acabó, apareció el pantano o, por lo menos, lo que quedaba de él.

Un viejo guerrero en decadencia a punto de extinguirse.

Una extensión marrón de arena y tierra seca con grietas de sequía que marcaban el suelo. Una franja de agua que habitualmente estaba sumergida y ahora estaba expuesta al sol, como una herida abierta.

Álex y Karla caminaron hacia la iglesia en ruinas surgida del fondo del pantano.

A los lejos, un río seguía el mismo recorrido original antes de que el viejo pueblo de Sant Romà de Sau se inundara para formar un pantano como consecuencia de una ley del Generalísimo.

Agentes de la científica, de blanco, investigaban alrededor de la construcción. Un bosque de carpas blancas y policías que vigilaban el espacio.

Al acercarse, un agente les preguntó quiénes eran. Después de presentarse, buscaron a Laura Bertrán.

La encontraron en una de las carpas justo con la otra persona que buscaban: Mario, de la científica.

—Mira quién hay... —dijo Álex a Mario.

—Solo faltabais vosotros —respondió el jefe de la policía científica, mirándose la mano con guantes que no podía estrechar—. Sargento Bertrán, ellos son los de la comisaría, los que le había dicho.

—Venís para nada, ya lo estamos haciendo nosotros —espetó la mujer.

Álex subió las cejas. La mujer, que podía rondar los treinta años, tenía el pelo largo y recogido con una coleta y no demostró estar muy contenta de verlos.

—Nos han ordenado venir a ayudar...

—¿Ayudar? —ladró la mujer—. ¿Qué os pensáis, que los de la ciudad lo sabéis hacer todo y los *mossos* de las zonas rurales no sabemos nada?

—Oye, gallinita, tranquilízate, no teníamos precisamente muchas ganas de venir, ¿sabes? —contestó Karla.

—No hace falta que nos calentemos. Estamos todos en el mismo bando —añadió Mario.

—No, no, aquí no nos hace falta nadie más. Repito, os podéis marchar —insistió Laura.

—Lo siento, sargento, pero solo aceptamos órdenes de nuestro superior, el subinspector Ferrer, y por esto estamos aquí —dijo Álex, y siguió hablando dirigiéndose a Mario, como si la conversación con la compañera del cuerpo estuviera acabada—. ¿Qué tenemos, Mario?

Este tragó saliva.

—Hace dos días, una familia encontró una maleta con el cuerpo descuartizado de una mujer en avanzado estado de descomposición.

—¿Dónde está el cadáver?

—Lo llevaron a la morgue de la zona, pero cuando encontraron la segunda maleta, entonces los llevaron los dos a la morgue de Sabadell.

—¿Segunda maleta? —suspiró Álex—. ¿Otra mujer?

—Un hombre —dijo Mario.

—¿Algo más?

Mario indicó la zona.

Los policías miraron a su alrededor. La zona, que habitualmente estaba sumergida, se asemejaba a un yacimiento arqueológico en busca de huesos y restos prehistóricos. Bajo las carpas, personas de blanco iban escarbando.

Álex se fijó en cómo esas personas en plena labor de búsqueda eran el centro de atención de turistas que, al otro lado del pantano, miraban. Un grupo de personas en un lugar que parecía un mirador estaba concentrado para ver el espectáculo que había montado un asesino al arrojar al fondo maletas con cadáveres.

Karla dio un sorbo de agua y sacó un abanico. Comenzó a darse aire. A pesar de estar debajo de un toldo, la falta de viento hacía de esa ladera un lugar similar a un desierto con la temperatura de un horno.

—Están buscando —añadió Mario—. Pero es difícil, el barro seco es peor que la tierra, parece cemento. Tardamos una hora en sacar la segunda maleta.

—¿Crees que hay más?

—Puede haber más... —espetó Laura.

—La prensa decía que la maleta que encontraron en la iglesia sobresalía... —dijo Álex.

—Solo un asa —respondió, escueta, Laura.

Álex se giró e indicó las ruinas del edificio.

En la parte frontal, al lado del campanario, había un arco de piedra que estaba cerrado por una cadena y un cartel que prohibía el paso. En él, se advertía del peligro de que podía caer la estructura.

—A pesar de estar sellado por la policía, ¿se atrevieron a meterse dentro y cavar? —preguntó Karla, señalando las ruinas.

—La gente es temeraria... —dijo Laura.

—Sobre todo, si piensa que en la maleta puede haber algún tesoro —dijo Mario.

Laura se giró.

—¿Cómo lo sabes?

—Supongo que es por lo que uno se atrevería a meterse en ese lugar, ¿no crees? —respondió casi cohibido Mario.

—¿Hablaste con ellos? —preguntó Karla.

—No.

—¿Cómo han encontrado la segunda maleta? —preguntó Karla.

—Pensamos que podría haber más, así que comenzamos a buscar con un equipo de espeleólogos dentro de la planta de la iglesia y un compañero tropezó.

—¿Tropezó? —dijo Álex, sacudiendo la cabeza—. No entiendo.

—El compañero, buscando cobertura, literalmente, tropezó con la maleta.

—Enséñale la foto —dijo Mario.

La sargento Bertrán bufó, luego cogió el móvil y le mostró la foto. Una esquina de la maleta sobresalía de la tierra. Una minipirámide que surgía de la nada. Una bandera de auxilio de una víctima de antaño que el destino quiso que no quedara sumergida por completo, solo una parte. Se veía una esquina, capaz de llamar la atención de alguien que pudiera desenterrar el secreto del pantano. Después de años y después de que los gritos de las víctimas clamaran venganza.

El móvil que sujetaba la sargento Bertrán demostraba que la verdad siempre sale de las profundidades. Esa maleta debía estar a unos treinta metros, lo que sería un edificio de diez pisos de altura, cuando el pantano estaba en una época normal de su nivel de agua.

La punta de la maleta, que no había sido engullida por completo por el barro del fondo del pantano, sobresalía.

En ese momento, cuando todos estaban mirando el móvil de la sargento, apareció un agente de la comisaría de Travessera de les Corts.

—Mario —dijo el chico de la científica—. Tenemos otra.

Los policías se giraron al unísono a mirar al chico.

—¿Perdona? —preguntó Álex, que lo conocía de otras investigaciones.

—Sí, hemos encontrado otra maleta.

6

Penitenciaria de Quatre Camins.

La periodista seguía sentada frente al protagonista de la serie. Iba vestido con el uniforme de la penitenciaría a pesar de que había solicitado aparecer con una vestimenta de calle, pero el director había ya aceptado demasiadas cosas como para otorgarle también esa.

Exhibirse ante los familiares de las víctimas como si no hubiese sucedido nada, eso no lo toleró.

—¿Qué quiere decir con que usted vive porque mata?

—Señorita Eriksson, ¿por qué no está casada? —preguntó Néstor.

Sin controlar el movimiento, como si el pulgar de la mujer tuviera vida propia, rozó el anular. Involuntario, sin sentido, casi imperceptible.

—Estamos aquí por usted. Ya sé que con la señora Cortés habían comenzado un juego, un tira y afloja de preguntas personales, pero esto no va de mí. Esto va de usted. ¿Qué quiere decir con que usted vive porque mata?

Néstor sacudió la cabeza.

—Se equivoca, esto va de usted mucho más de lo que cree. ¿Por qué ha aceptado esta entrevista? —dijo Néstor, y la periodista se quedó en silencio—. La plataforma de *streaming* podía haber elegido a cualquier otra persona, pero usted se propuso y, junto a otras, ha sido evaluada. Quién mejor que una periodista sin marido, sin hijos, sin compromisos y volcada en los sucesos de asesinatos, ¿verdad?

La mujer se quedó callada, entornando los ojos. No detuvo la grabación, ella ya conocía al personaje que tenía delante. Esperaba que eso pasara. No estaba en el guion, pero era un material tan bueno y veraz como una entrevista espontánea.

—Desde que murió su padre a manos del amante de su madre, se dedica a esto, ¿verdad? —preguntó él.

En la celda de cemento convertida en plató se podía notar el silencio incómodo. Una densa capa de tensión flotaba en el ambiente.

—Veo que está bien informado...

—No solo usted ha hecho los deberes, señorita Eriksson —contestó él con malicia, casi coqueteando.

—¿No cree que es normal?

—¿El qué, señorita Eriksson?

—Que esté interesada en las mentes retorcidas de este planeta.

—¿Considera así mi mente?

—¿Se considera usted normal después de haber matado, violado, mutilado y congelado a casi veinte personas? Eso lo convierte en uno de los asesinos en serie más fructíferos de la historia contemporánea de este país.

—Gracias —respondió él en tono halagado—. Aunque no todas mis víctimas tuvieron ese orden.

—¿A qué se refiere?

—A que no a todas primero las maté y luego violé, mutilé y congelé.

Ella afinó su mirada.

—¿Puede explicarse mejor?

—Claro. A algunas primero las violé. A algunas primero las maté, y a algunas las congelé. Pero a muchas primero las pasé por mi sierra de madera.

—Vaya.

—Sí, es... Bueno, si tengo que ser sincero, los mejores cortes con mi sierra para madera los hacía con los cuerpos congelados. Hacía cortes perfectos, precisos. Parecían mantequilla. ¿Sabe qué es lo bueno de hacerlo así?

Ella seguía seria e hizo un gesto con la cabeza.

—Que cuando el cuerpo está congelado y seccionas un brazo, la sangre, el músculo, el hueso y las fibras, todo se queda intacto y dividido. Es una sección perfecta, como en un dibujo. Como si fuera el tocón de un árbol en el que se ven las vetas —decía mientras se indicaba un brazo.

Luego se calló esperando una respuesta de la periodista que no llegaba. Se quedaron mirándose.

—Pero no quiero aburrirla con tecnicismos de asesinos del tres al cuarto. Dígame por qué el amante de su madre hizo lo que hizo.

Ella negó.

—Dígame usted por qué evade mi pregunta.

—Me encanta que me repitan las cosas.

Ella bufó.

—¿Qué quiere decir con que usted vive porque mata?

—Pues usted vive por estos momentos, para hacer preguntas a asesinos. Al señor detrás de la cámara le gusta hacer esto. Al profesor, enseñar. Al médico, curar. A mí, matar. Sin matar, no habría vida para mí.

—Pero ahora ya no puede matar. Está encerrado. Entonces, ¿qué lo mantiene con vida?

Néstor Luna la miró fijamente, más de lo que ya lo estaba haciendo. Encogió los hombros.

La periodista comprendió que no quería contestar a eso.

Insistió dos veces más, pero el preso no quiso entrar en el tema. La mujer desvió la pregunta desde otro prisma más fácil.

—Si vive porque mata, señor Luna, ¿cómo está usted vivo sin poder hacerlo? Dicen que el asesino en serie no consigue detener su impulso de matar, ¿verdad?

Néstor asintió.

—¿Usted me mataría ahora mismo si no estuviéramos en esta situación?

Néstor no escondió una sonrisa maliciosa. De repente, en el plató se creó una atmósfera de miedo. La ansiedad de todos los que estaban detrás de las cámaras afloró y Néstor lo sintió. Sintió su poder, el terror que provocaba en las masas, en la gente, en los que tenía enfrente.

No los podía tocar con las manos, pero sí doblegar sus almas. Ese momento alimentó su ansia de matar. Fue el líquido que alivió la sed de volver a probar cómo la vida se desaloja de un cuerpo.

Disfrutó mirando ese terror en las caras de las personas. Menos en los ojos de la periodista. En la expresión de esa hermosa criatura delante de él había rabia impresa. No podía demostrarlo, solo no pudo transmitirlo.

La mujer era la más profesional del panorama periodístico, pero la persona estaba dentro. La niña que vio cómo mataban a su padre delante de ella.

Néstor encarnaba en ese instante al amante de su madre.

Había visto muchas veces la mirada de esas chicas que, a punto de morir, se les apaga la fuerza y arden en ira por ser arrebatadas de lo máspreciado: su vida.

Se quedaron callados, hablando en silencio, intercambiando mensajes expresivos. Un choque energético de almas perturbadas.

Néstor entendió por qué ella estaba allí. Entendió que esa mujer era lo más cercano a una víctima. Eso le gustó y no pudo contenerse, se le escapó su naturaleza.

—Me encantaría, pero primero preferiría probarla... Matarla directamente sería un desperdicio. Ya sabe.

Néstor vio cómo apretaba más fuerte el bolígrafo que sujetaba en la mano izquierda y las mandíbulas se le tensaban. Disfrutó viendo esa reacción. Notó odio en su mirada, no de una periodista, sino de una víctima de asesinato. Había venganza en sus ojos.

Eso solo lo podía ver él. La misma expresión de cuando a una persona se le está escapando la vida entre los dedos.

Luego, ella sufrió un golpe de tos y recuperó la concentración.

—Desde que usted afloró en esta sociedad, me ha interesado su caso. Pero creo que nosotros, tanto yo como las personas que nos ven en sus hogares, nos preguntamos si usted es un psicópata.

Néstor se acomodó en la silla. Eso sonó en sus oídos como un cumplido. Un reconocimiento por tanto trabajo, una etiqueta honorífica que había costado conseguir.

Rio y clavó la mirada en la periodista.

—Sí, yo creo que sí.

Ella no esperó ni un segundo.

—¿Por qué cree que sí?

Los cuatro *mossos* siguieron al agente de la científica.

Distanciaba pocas decenas de metros la segunda maleta de la tercera recién encontrada.

La sospecha de que eso podía ser un cementerio se había hecho realidad.

El terreno arenoso y agrietado por la falta de agua daba la sensación de estar en medio de un desierto. Álex siguió al agente hasta un punto fuera de la carpa.

—Aquí, aquí está —dijo el agente, señalando la zona.

En el agujero realizado por un pico, se vislumbraba un lado de una maleta con una cierta facilidad.

Debajo de la arena y barro solidificado, había un objeto marrón del que solo se podía ver una parte del tamaño de una caja de zapatos.

Álex observó el hallazgo.

—¿Cómo la has encontrado?

—Saliendo de la carpa a coger material que necesitaba de la furgoneta, me pareció ver algo entre los terrones, y he comenzado a cavar y... aquí lo tienes.

Karla sujetaba el paraguas desde detrás de la sargento Bertrán, que estaba agachada mirando el objeto.

Laura se giró y, con un tono de «aquí mando yo», dijo:

—Bueno, qué esperáis, tenemos que sacar eso. ¡Ya!

Mario silbó y unos chicos se acercaron a la zona.

—Venga, tenemos que ir sacando esto.

Luego llamó al agente que estaba haciendo fotos y le ordenó documentarlo todo.

Dos agentes cogieron las palas y comenzaron a cavar. Primero, hicieron una zanja alrededor de un metro y medio a la redonda.

Quitaban tierra y la tiraban en otro lado, donde otros dos la cogían y la filtraban por unos paños en busca de restos humanos, de indicios o joyas que el tiempo hubiera conservado.

Una vez hecha la zanja, fueron acercándose al objeto. Seguían el protocolo del FBI que habían estudiado para casos como ese, estadísticamente improbable pero posible.

A la media hora, apareció una estructura que no dejaba dudas, era una maleta. Otra. La tercera.

Tuvieron que poner otra carpa para que los que cavaban no pillaran una insolación.

Al quitar la primera capa de tierra y dejar la parte superior al descubierto, un olor a putrefacción avanzada emergió.

La dimensión de la maleta se parecía más a un baúl.

Cuando estuvo liberado del todo, entre cuatro lo subieron con cuerdas.

Lo apoyaron y fueron a abrirlo, pero los viejos cerrojos estaban oxidados.

Mario cogió una pequeña cizalla y cortó las cerraduras.

Todos los agentes se procuraron una mascarilla, aunque antes se aplicaron pomada mentolada en las fosas nasales para contrarrestar lo que se avecinaba.

En cuanto la maleta se abrió por completo, la imagen del contenido quedó a la vista de los policías.

El baúl había albergado un cadáver por mucho tiempo. Conservado a buen recaudo entre sus paredes de piel de vacuno.

El cadáver estaba cortado y encajado en la maleta.

La cabeza, bocabajo.

El torso, en el fondo.

Encima estaban las cuatro extremidades, que componían un encaje de bolillos para que todo cupiera en el mismo sitio.

Álex se quedó observando el cadáver de forma estoica. Sin embargo, Karla se echó hacia atrás, tosiendo y horrorizada por la imagen y el hedor.

A los pocos segundos, moscas azules *Calliphoridae* escaparon de la carne; después de haber depositado sus huevos, se fueron en miles de direcciones.

El olor nauseabundo no mentía, la carne presentaba un avanzado estado de descomposición. La piel presentaba una capa gris y gelificada que envolvía el cuerpo, como si fuera el huevo de un alien, típico de películas de terror.

Álex fue hacia su compañera.

—¿Estás bien? —preguntó mientras la ayudaba a recuperar la respiración, entrecortada por la tos nerviosa.

—Sí, estoy bien.

—No es propio de ti, con Néstor vimos cosas mucho peores que esto.

—No, estoy bien —aseguró, pausadamente—. Puede que sea causa del embarazo, que me provoca esto.

Álex, al girarse, vio cómo Laura le cambiaba una mirada, para ver qué estaba haciendo el sargento con Karla.

—¿Quieres que te acompañe?

—No. Voy sola, tú acaba con esto. Te espero en el coche —dijo, y sin miramientos se fue caminando en dirección a la entrada del recinto.

Álex se giró y Laura dejó de mirarlo. Regresó a la carpa.

—Mario, ¿qué tenemos?

—Es un varón. Desnudo y sin ningún tipo de tatuaje, o así parece —dijo Laura, pisando al *mosso* de la científica.

Mario se quedó con la boca abierta.

—¿Mario? —insistió Álex.

—Cierto. Poco más que añadir. No creo que este hombre nos pueda decir mucho más. Lo que te diría es que este tío lleva mucho tiempo esperando salir.

—¿Cuánto es mucho? —preguntó Álex.

Mario suspiró.

—Hay que hacer pruebas, pero yo creo que por lo menos diez años. O más —dijo Mario, inspeccionando el cuerpo—. Y la maleta, esto es un objeto de museo. Seguro que tiene mucho más de diez. Puede que sea del siglo pasado.

—¿Del siglo pasado? —espetó Álex.

Mario se encogió de hombros.

—Creo que tenemos que acelerar esto. Si hay más, hay que buscarlos antes de que el efecto del sol acabe con las pocas pistas que podamos encontrar —dijo Álex, mirando a Laura y a Mario—. ¿Alguna idea?

Mario miró a Laura y, viendo que la mujer no decía nada, entonces se atrevió.

—Yo tengo una idea —dijo, abriendo su maletín de trabajo y cogiendo un objeto.

—¿Qué has pensado? —preguntó Álex.

Mario acercó a la cerradura un imán. Este se enganchó.

—¡Bingo!

—¿Qué?

—Detectores de metales —dijo con tono de haber encontrado el cofre del tesoro, y se levantó—. Necesitamos detectores de metales y buscar en el fondo... de todo esto —explicó, mirando a su alrededor.

—¿Todo esto? —espetó Laura.

—Sí —respondió Mario, mirando a Álex.

—Es una muy buena idea. ¿Cuánto tiempo crees que nos podrá llevar?

Mario se rascó la cabeza.

—Bueno, creo que la zona, a simple vista, abarca una superficie de unos setenta mil metros cuadrados, entre este lado de la iglesia y la parte de atrás —dijo, indicando la parte al otro lado—. Que vienen a ser unas siete hectáreas, unos diez campos de fútbol. Con diez hombres y cinco detectores de metales, trabajando ininterrumpidamente, yo creo que podremos rastrear bien la zona en unos cuatro días.

Álex asintió.

—Ahora entiendo por qué estás al mando de tu división —dijo Álex a Mario, que sacó pecho sonriendo y viendo de reojo cómo la sargento Bertrán se estaba fastidiando—. Pero la pregunta clave es la siguiente, Mario, ¿dónde encontramos cinco detectores de metales?

8

Mario y Álex se quedaron mirando. La respuesta de dónde encontrar cinco detectores de metales no era fácil, pero tenían que conseguirlo.

Se repartieron los trabajos mientras Laura no decía nada.

Hasta que a Álex se le ocurrió hacerla partícipe.

—Sargento Bertrán, ¿usted sabe dónde encontrar alguno? —preguntó Álex.

La mujer encogió los hombros.

—No lo sé. Vosotros, en Barcelona, deberíais tener de todo, nosotros, en esta provincia dejada de la mano de Dios, estamos con recursos mínimos —dijo con tono despectivo y casi rencoroso.

Álex asintió y se giró otra vez al cadáver, luego levantó la mirada.

—Mario, si esa gente —dijo, indicando a las personas que estaban en el mirador— tienen prismáticos, yo creo que pueden verlo todo. O peor aún, una cadena de televisión.

Mario asintió y al acto llamó a los agentes que se habían encargado de cavar y que estaban descansando, les dijo que colocaran una mampara para tapar la vista.

—¿Qué más? —preguntó Mario.

—Esto no me gusta, Mario —dijo mientras negaba—. Esto no me gusta un pelo, maldita sea. ¿Quién ha resultado impune de echar cadáveres al fondo de un pantano durante años sin que nadie lo descubriera? —preguntó a Mario, pero era, ni más ni menos, una pregunta a sí mismo.

—Si es de hace tanto tiempo, ¿dónde estará ahora el asesino? —preguntó Mario.

Álex se giró hacia la iglesia.

—¿Y cuántos más puede haber aquí debajo? Al final, ya sabes: si no hay cadáver, no hay delito. Y si no hay delito, no hay culpable —gruñó, y le dio una palmada en el brazo al de la científica—. Nos vemos, Mario, mantenme informado —dijo, marchándose.

A los pocos pasos, Álex se dio la vuelta.

—¿Mario? —preguntó, y este se giró—. ¿Lo enviáis a nuestra morgue?

—La Dama de la Muerte lo está esperando —respondió, y Laura se quedó pensativa sin entender quién era esa persona.

Álex caminó bajo el sol del mediodía. Llegó hasta la orilla del pantano y subió por la carretera, en medio de la vegetación.

Entró en el coche que Karla había aparcado en la sombra.

—¿Novedades? —preguntó ella.

—No. Nos vamos a comer —dijo, y arrancó el coche—. Tienes que alimentar al bebé.

Condujo hacia la salida y cuando encontró al guardia que cortaba el paso, los telediarios lo grabaron con las cámaras.

Aceleró y dejó atrás a los periodistas. Condujo hasta una masía típica de la zona donde había un restaurante; el parquin estaba lleno de coches, no había ni un solo espacio libre.

—Vámonos, Álex. Ya encontraremos otro lugar, o si no, cogeremos un bocadillo en una gasolinera o en Barcelona.

Álex miró el reloj. Era demasiado tarde para volver y comer en Barcelona o vete a saber en qué antro. Ese lugar inspiraba y las reseñas en Google eran buenas.

Consiguió aparcarlo en la carretera a unos metros de distancia, en un lugar poco recomendable.

Al entrar, los atendieron enseguida. La masía tenía vigas de madera en los techos, suelos de terracota y mesas macizas con sillas de enea.

La mesa estaba vestida con un mantel de papel blanco y servilletas de cuadros blancos y rojos. Una aceitera, una tabla de cortar con un fuet, tomates para untar y ajo.

El camarero dejó la carta y encargaron enseguida el menú: ensalada de la casa y pollo a la brasa para los dos.

Los otros comensales los miraban como si fueran los primeros turistas que aparecían en ese lugar recóndito.

A los minutos, el camarero llevó agua, un porrón de vino de la casa y un poco de pan. Karla no tardó ni un minuto en comenzar a picotearlo con el embutido. Álex, en cambio, necesitaba lavarse las manos y la cara para quitarse el olor a alcanfor y a cadáver que siempre le parecía que se le quedaba impregnado en la cara.

Subió por unas escaleras y se fue al servicio.

En el pasillo había una serie de cuadros. Fotos de la masía de la época de cuando se había construido, el lejano 1892.

Fue viendo las fotos de pasada, mirándolas pero sin verlas, pensando en los detectores de metales, en la sargento Bertrán y demás asuntos.

En las fotos se veía la masía con nieve, en blanco y negro. Otra, con colores sepia; otras, en colores de los años setenta. Entró en el lavabo y se lavó las manos. Luego, la cara. Se la secó con papel y luego se quedó helado. Una foto había hecho mella en su retina y después en su inconsciente, la del pantano.

Fue de vuelta a la foto que estaba entre las de la masía. Aparecía el pantano en un año de sequía, su aspecto era muy similar a lo que habían visto pocos minutos atrás. El pantano de Sau con mínimo de agua.

Salía la iglesia e incluso el pueblo de Sant Romà de Sau. Debajo, una placa indicaba lo que era: sequía histórica de 1979.

Eso no era casualidad. El tiempo era cíclico y se había repetido cuarenta años después.

Entonces a Álex se le ocurrió una idea de a quién acudir para obtener más información sobre ese año.

9

La reunión con la periodista Valeria Eriksson se estaba acabando.

Néstor Luna, el Asesino del Criptograma, estaba sentado frente a la mujer. La habitación de cemento pulido y oscuro era el teatro de la entrevista.

La respuesta del preso, en cierto modo, no la sorprendió.

—Sí, yo creo que sí —respondió Néstor a la pregunta de si era un psicópata.

Y ella preguntó por qué estaba tan seguro.

Néstor se lo pensó unos instantes que a Valeria le parecieron una eternidad.

—Porque me he informado y...

—¿Cuándo?

Néstor giró la cabeza.

—¿Cuándo se ha informado?

—Pues aquí, ¿dónde si no? Aquí tienes mucho tiempo para pensar, ver, leer, formarte, ya sabe.

—Siga.

—No tengo empatía. No siento el más mínimo remordimiento por lo que hago.

Valeria lo miró fijamente esperando que siguiera con su propio análisis. Sus ojos inexpresivos no delataban nada, solo una profundidad oscura en su alma que recordaba a un abismo sin retorno.

Una máquina de matar aletargada y encerrada, lista para volver a hacerlo en cuanto tuviera la oportunidad.

En lo que se estaba transformando esa entrevista, sin darse cuenta Valeria, era en una partida de ajedrez que no podía acabar bien. Un pulso entre un asesino en serie y una mujer que estaba jugando con fuego.

Esa situación tenía rasgos de piromanía a pesar de no saberlo Valeria.

—¿Qué haría si pudiera salir de nuevo?

—Yo creo que podría controlar mis impulsos homicidas.

—¿Usted cree?

—Tendría que hacerlo.

—¿Por qué debería?

—Porque sí lo consigo aquí dentro.

—Pero, un momento, si hace un instante me ha dicho que me mataría.

—En un sentido filosófico, claro...

—¿Filosófico?

—Me encantaría, al final, usted es una hermosa mujer, perdone que se lo diga, pero es lo que hubiera hecho si fuera el de antes.

—Me temo que usted está cambiando las cartas. Controlar los impulsos de un homicida es muy complicado...

—Sí lo es, y no lo sabe usted bien. Pero hay casos de asesinos en serie que lo han conseguido.

—Lo sé perfectamente. Pero, claro, ¿quién puede asegurar que usted al salir no volvería a matar?

—Nadie, pero yo dentro de unos años podré salir.

A la periodista le costó no entrar al trapo y dejarse llevar por la situación, pero hubiera dejado de ser ella misma para convertirse en una jueza despiadada y vinculada a su pasado.

—¿Lo considera justo?

—¿El qué, señorita?

—Que a los contribuyentes les cueste más de veinte mil euros al año su encarcelamiento y educación en las universidades.

Néstor estiró la espalda y dio un vistazo a su alrededor a las personas que estaban detrás de la cámara. Impasible.

—Es lo que hay.

La periodista asintió.

—¡Es lo que hay! —repitió ella, y tragó saliva, se quedó un segundo en silencio y formuló una pregunta que se había guardado para el final de ese día—. ¿Por qué decidió dejar criptogramas en las escenas de sus crímenes?

Néstor volvió a sonreír. Más que una pregunta era una caricia a su ego.

—Pues la verdad es que era un juego. Vi, al entonces cabo, Álex Cortés, y me gustó. Era joven, dinámico, con ganas de comerse el mundo. Era el objetivo perfecto. Era la persona

perfecta para hacer un juego, un pulso a las autoridades. Quería demostrar...

—¿Demostrar? ¿Qué quería demostrar?

—Mi superioridad.

La periodista asintió. Néstor no entendió si Valeria estaba compartiendo y entendía que él era superior; con una mente retorcida, pero superior. O solo le seguía la corriente para que hablara.

—Pues ha perdido.

—Yo no he perdido.

La periodista levantó las manos.

—Estamos en una cárcel, le han ganado la partida.

—No, no han ganado nada, yo cometí un error.

—Claro, ellos han ganado y han demostrado que usted no es tan superior.

—Yo lo soy. Cometí un error.

—Es normal cometer un error —dijo ella, y miró sus apuntes—. De hecho, fue Ana Cortés, la criminóloga, que, junto a Álex Cortés, tuvo la idea de que el asesino siempre vuelve a la escena del delito.

—Un error de cálculo.

—Le ganaron y lo metieron entre rejas. Además, se llevó un balazo. —A Néstor no le quedó más que asentir—. Y la policía descifró los criptogramas —insistió Valeria—. Para concluir: ¿qué piensa de Ana Cortés?

—Un cervatillo. Un efecto colateral.

—¿Se refiere a su mano?

La expresión de sus ojos cambió. Hablar de ella era escuchar música celestial.

—Ana es un ser especial.

—¿Por eso le salvó la vida?

—Yo amaré siempre a esa mujer —dijo Néstor, mirando a la cámara—. Siempre.

—Cuando alguien ama a otra persona, no le corta una mano. En ninguna sociedad de este planeta.

Él encogió los hombros.

Entonces la periodista miró su reloj y después de un silencio dijo:

—¡Corten! Por hoy está bien. Nos vemos en unos días, señor Luna. Gracias.

Por detrás de las cámaras, comenzaron a escucharse ruidos. Los técnicos hablaban y sacaban móviles. Una chica se acercó a Néstor y le quitó el micro. Luego se encendieron las luces. Contra

la pared estaban el alcaide y dos guardias de la prisión con un fusil cargado, listos para disparar a cualquier movimiento de Néstor que no estuviera en el guion.

—¿Hubiera tomado conmigo un café? —preguntó Néstor.

La periodista levantó la mirada y se detuvo un instante.

—Nos vemos en unos días, señor Luna —espetó la mujer con distancia y escondiendo de forma educada lo que realmente hubiese contestado.

Luego guardó sus papeles y esperó.

Los guardas esposaron al preso y se lo llevaron.

Al pasar, Néstor desvió la trayectoria para oler a la periodista. La mezcla de perfume y del champú hizo que el Asesino del Criptograma soltara un sonido gutural.

Ella lo siguió con la mirada.

Néstor salió escoltado por los agentes y caminaron hacia una bifurcación.

—¿Qué le ha parecido, alcaide? ¿Estaba bien peinado? —preguntó Néstor.

El director de la cárcel no contestó.

Cuando llegaron al final del pasillo, un agente le indicó una dirección diferente a la de las celdas.

Néstor se extrañó y miró al policía.

—Por allí, Luna; tienes una visita.

Néstor subió una ceja.

10

1979.

Esa fecha se había grabado en la mente de Álex.

Comieron con prisas, sin saborear esa comida casera. No prestaron atención al ambiente rústico y hogareño del restaurante cerca del pantano. Un lugar de familias y de desayunos con cubiertos para motoristas, ciclistas y cazadores de fin de semana.

Comió con la mente puesta en la foto deteriorada por el tiempo. Que se hubieran detenido en ese restaurante no era casualidad, todo tenía un porqué.

Pagaron y se fueron de la masía.

Retomaron la misma carretera para volver a Barcelona. El silencio solo se alteraba por el aire que entraba por la ventanilla bajada de Álex, que le daba en plena cara.

«1979, 1979», se repetía en sus adentros.

—¿Álex? —preguntó Karla sin recibir respuesta—. ¡Álex! —gritó.

Este la miró finalmente cuando consiguió su atención.

—¿Qué demonios te pasa? Llevas así desde la comida.

Él le explicó lo de la foto y lo que había visto.

—Esa foto abre muchas posibilidades —concluyó Álex.

—Todo depende de si en los años setenta hubo mucha sequía.

—En internet solo he podido descubrir tres: en el 90, el 99 y en el 2005.

—¿En el 79 no? ¡Imposible!

—La foto no parece retocada. Hay quien dedica tiempo con algún programa de ordenador para maquillar las fotos así. Pero en esa época no existía el Photoshop.

—Crees que en esa época... —afirmó Karla.

Álex se quedó en silencio por unos instantes, concentrado.

—¿Y si esas muertes fueran de esas épocas? —respondió mientras se giraba un segundo.

Ella se quedó pensando la probabilidad de esa teoría.

—Tenemos que averiguarlo enseguida.

—¿Y qué has pensado, Álex?

—Se me ha ocurrido que podríamos ir al ACA, la Agencia Catalana del Agua, y buscar en sus registros como posesos. Pero el tiempo... No sabemos cuánto tiempo tenemos. También podemos seguir buscando en internet, pero ese es otro lugar en el que te puedes perder y después de un día de búsqueda no has encontrado nada —dijo mientras conducía y hablaba en voz alta como si estuviera razonando—. O incluso mirar los registros del ayuntamiento de Sant Romà de Sau. O hablar con los ancianos de la época, pero todo eso lleva mucho tiempo.

Karla le hizo un ademán para que llegara a la idea definitiva.

—¿Entonces?

Álex se rascó la cabeza y dio una palmada en el volante.

—Iremos a ver a alguien que esto lo tiene a mano desde hace mucho tiempo, nunca mejor dicho.

—¿Entonces quién? —insistió con tono casi mosqueado.

—Ya lo verás.

Karla sacudió la cabeza.

—Álex, no te soporto cuando me haces esto. Dices cosas inconexas, luego sacas una conclusión y no me dices qué vamos a hacer o si te puedo ayudar. No me dices lo que pasa, por todos los demonios.

Álex rio y a Karla no le hizo mucha gracia.

—OK, vamos a ganar tiempo con alguien que sabe de tiempo —dijo, y siguió conduciendo.

A la media hora, el coche camuflado de los dos policías se detuvo delante de la barrera de la garita de acceso a la televisión catalana.

—¿Dónde van? —pregunto el vigilante.

—Queremos hablar con un periodista —dijo Álex mientras enseñaba la placa.

—¿Les puedo ayudar? —dijo el de seguridad mientras asentía.

—Nos apañaremos, gracias —afirmó Álex, y esperó a que la barrera se subiera para pasar.

Aparcaron cerca de la entrada de los estudios televisivos, en un puesto que decía «visitas».

Bajaron del coche y siguieron un camino de cemento entre césped recién cortado. Entraron por la puerta automática acristalada. Un chico con polo blanco detrás de un mostrador los saludó.

—Buenas tardes —dijo mientras los observaba con expresión curiosa y alerta.

Los dos se acercaron al mostrador. Álex apartó la chaqueta de cuero de la cintura, dejando la placa al descubierto.

El chico subió las cejas y tragó saliva.

—Necesitamos hablar con el señor Carles Alastrany —dijo, tajante, Álex.

—¿El señor Alastrany? —preguntó el chico.

—Sí.

—Ehhh, ¿para qué?

Álex se giró hacia Karla y de nuevo hacia el recepcionista.

—Somos policías, ¿crees que vamos a decirte a ti para qué venimos a verlo?

—Entonces, tengo que llamarlo.

Álex se pasó la mano por la cara.

—¿Cuánto llevas aquí?

—Una semana.

—Bien, dime dónde puedo encontrarlo y te dejamos con tus sudokus.

El chico volvió a tragar saliva.

—Mire, primero tienen que pasar esa puerta, seguir el pasillo, bajar una escalera de tres peldaños, luego seguir un pasillo. La tercera puerta de la derecha, luego seguir el pasillo y el segundo pasillo. No el tercero ni el primero, porque son de otros platós. ¿Me han entendido?

—¿No tienes un mapa o algo? —preguntó Karla.

El chico pensó unos segundos.

—Oh, sí. Claro —dijo, y se apartó de la mesa, miró en los estantes inferiores y sacó un plano del laberíntico conjunto de edificios de la televisión—. Tienen que ir aquí, estamos aquí. Ya saben, por este caminito —explicó, marcándolo con un bolígrafo.

Álex lo cogió mientras emitía un sonido gutural.

—Gracias —dijo Karla, y entraron por la primera puerta.

Siguieron las indicaciones y acabaron delante de la puerta con una placa que ponía «Carles Alastrany». Allí estaba la puerta del despacho del famoso meteorólogo de la televisión autonómica de Catalunya. Una eminencia en tiempo y en previsiones meteorológicas.

Álex tocó a la puerta.

—¿Quién es? —gritó el hombre desde el otro lado—. ¡Cuántas veces os tengo que decir que quiero estar solo antes...!

Karla tensó los músculos del cuello y encogió los hombros.

—¿Seguro que es una buena idea? —dijo Karla—. Estás muy mal por acudir a él.

—Perro que ladra no muerde —susurró, y continuó con un tono más alto y serio, típico de un detective de una película americana—. Señor Alastrany, somos de la policía. Necesitamos hablar

con usted.

Hubo silencio.

Se oyeron cerrar unos cajones y luego, el crujir de una silla.

Los dos policías se miraron perplejos.

La puerta se abrió y vieron al mismo señor que veían en la televisión, el hombre del tiempo que tantas veces aparecía en casa, en la pantalla del Café Sirena por la mañana cuando iban a tomar café.

El hombre llevaba el pelo blanco engominado hacia atrás, ojos y boca abiertos de par en par. Las arrugas de la frente se marcaban y la edad del hombre no estaba disimulada por los kilos de maquillaje que se usan en televisión.

—¿Qué ha pasado?—dijo con tono sorprendido.

Álex arrugó el ceño, en el aliento del hombre había una reminiscencia de alcohol. *Brandy*, *whisky*, algo así.

—Señor Alastrany, somos la cabo Ramírez y el sargento Cortés, de la policía de investigación de los Mossos d'Esquadra, grupo de homicidios. Tranquilícese, no ha pasado nada, ¿nos deja pasar? Necesitamos hablar con usted —dijo Álex, enseñando la placa que llevaba pegada al pantalón.

El hombre tardó unos segundos más antes de dejarlos pasar.

—¿Podemos? —insistió Álex.

—Sí, claro, pasen —afirmó el meteorólogo, que podía rozar la edad de jubilación.

El camerino era sencillo: un sofá, una mesa de cristal, un escritorio con papeles y un mueble para el maquillaje con todo tipo de potingues y un espejo iluminado por una fila de bombillas encendidas.

—Por favor, siéntense —dijo, indicando el sofá—. No tengo mucho tiempo, en breve entro en directo.

Álex miró el reloj.

—Claro, será muy rápido —confirmó, y se sentó al lado de Karla—. Si está al corriente de las noticias, que creo que sí, sabrá que se han encontrado unos cadáveres en el pantano de Sau.

El hombre se sentó en la silla del escritorio, girado hacia los policías.

—Sí, he visto las noticias, como cualquier ciudadano. ¿Y?

—Esta mañana hemos encontrado otro cadáver. Llevamos tres y creemos que hay más. Mis compañeros de la científica lo están buscando en el fondo del pantano —explicó Álex, y se detuvo para tragar saliva—. Pero este no es el punto. Venimos para...

—Se equivoca, agente —lo interrumpió—, precisamente, ese es el punto.

Álex arrugó el ceño y se incorporó, sentándose en la punta del cojín del sofá.

—No le entiendo.

Alastrany se levantó, cogió unos papeles y se los acercó.

—El punto es que tienen pocos días. Están a punto de llegar muchas lluvias y se va a volver a cubrir el pantano.

Néstor siguió las indicaciones del guarda carcelario.

El pasillo estaba lleno de puertas. Néstor no dejaba de ser un preso diferente, mediático, conocido. Inevitablemente, el nuevo alcaide le dispensaba un trato especial, le permitía ciertos privilegios que otros huéspedes, criminales de poca monta, no tenían.

Se acordó de su primera reunión con el flamante director del penitenciario. Fue una mañana de domingo. Al salir de la capilla, Néstor fue acompañado a su despacho.

Fue la reunión más corta que tuvo en su vida, sin preámbulos, sin cortesía. Al grano.

El director le dijo:

—Mira, Néstor, esto es muy sencillo. Te vas a pasar aquí toda tu vida. O por lo menos, hasta que un juez considere que tienes una artrosis tan intensa como para que no puedas ni siquiera girar la cabeza por la calle al pasar una chica guapa. ¿Me has pillado?

Néstor pestañeó.

—Te propongo un trato... Tú te portas bien en mi centro y yo te daré ciertos beneficios —dijo el alcaide, y se acercó para estrecharle la mano.

Néstor lo miró a los ojos. Primero, sintió una sensación irrefrenable de cortarle una mano y metérsela por el ano. Luego, seguiría por la cabeza y la congelaría. Pero las probabilidades de conseguirlo eran tan tantas como que él se fuera a la luna.

Le miró la mano y luego, de nuevo a la cara.

Al fin y al cabo, eso era una oportunidad. No todos los reclusos tenían un trato similar.

Se la estrechó y cuando fue a hablar Néstor, concluyó.

—Bien, ya te puedes ir a disfrutar de tu domingo. Yo tengo mucho trabajo.

Se quedó con la palabra en la boca, pero no le importó. Un agente con fusil en mano se lo llevó de nuevo al patio.

Así fue el primer encuentro con el alcaide, el mismo que tenía detrás de él y que había presenciado en silencio la entrevista con la periodista de la serie.

El agente se detuvo delante de la última puerta del pasillo.

Era tarde, eso no era normal. No permitían visitas tan tarde. Néstor se preguntaba quién era. ¿Álex Cortés? ¿A lo mejor Ana? ¿U otra persona?

—Tienes cinco minutos —espetó el guardia, y giró la llave de la puerta de hierro—. Y no puedes tocar a la visita, ¿está claro?

Néstor asintió, sin saber bien qué esperar.

Una mujer de pelo largo estaba sentada en el centro de la estancia.

Néstor no creía a sus ojos. No podía ser ella.

Al primer paso, la joven se giró moviendo su largo pelo como una cortina que baila al son del viento.

Sus ojos se clavaron en él. Lo observó por unos segundos, el tiempo de unos pasos, y bajó la mirada.

Néstor llevaba esposas.

Continuó hasta sentarse en la otra silla, al lado opuesto de la mesa. Era una habitación de visitas controlada con un espejo. Al otro lado tenía que estar el alcaide mirando, incrédulo.

—Hola —dijo la chica mientras se arreglaba el pelo detrás de la oreja derecha.

Néstor no dijo nada, solo la observaba.

—Soy yo, Clara. Clara Martínez —insistió.

—Ni en mis sueños más bizarros te hubiera imaginado tan guapa.

Ella encogió los hombros y apretó las manos que tenía juntas en su regazo.

—Eres un exagerado.

—No, no lo soy —dijo Néstor con un tono de voz tan tierno como inesperado—. ¿Cómo estás?

—Bien.

Hubo silencio.

—¿Cómo has venido?

—En bus, me he cogido una tarde libre para poder venir.

Néstor sonrió.

—Tienes que perdonarme por contestar tan tarde a tus cartas, pero aquí el sistema de correo no funciona del todo bien —dijo, mirando al espejo.

—No te preocupes, yo ya estaba convencida de que no me contestarías. Pensaba que era una tontería y no, míranos, estamos aquí.

—Sí, estamos aquí, quién lo hubiera dicho.

La mujer amagó una sonrisa atreviéndose a mirarlo. Néstor la observaba como si fuera un polígrafo, no se dejaba ni un solo micromovimiento. La estaba estudiando, escaneando, para que cuando ese oasis en el penitenciario de Quatre Camins se acabase, pudiera recordar lo hermosa que era esa criatura.

Clara tendría unos treinta años, es decir, más de diez menos que el Asesino del Criptograma. Tenía el pelo largo y moreno, ligeramente ondulado. La camiseta blanca transparentaba el sujetador, y eso a Néstor le encantaba. Labios marcados y ojos oscuros, de expresión perdida y triste. A un centímetro por encima del labio superior tenía un lunar. Por dentro de la camiseta, a la altura de la clavícula, se podía ver un pequeño tatuaje tribal.

Néstor lo señaló.

—¿Qué es?

La mujer se miró.

—Una tontería.

—No, explícame.

Ella se sonrojó.

—Una noche de borrachera, nos hicimos un tatuaje un amigo y yo.

—¿Amigo?

—Bueno, un noviete —dijo, encogiendo los hombros.

Néstor asintió.

—¿Sigues con él?

—Noo, en absoluto. Estoy soltera desde... —dijo, y se detuvo para pensar—. Desde el juicio, más o menos.

Él sonrió y asintió.

—Es verdad, el juicio. Me lo dijiste, estuviste presente. ¿Qué te pareció?

Ella sonrió, era la primera vez que mostraba una sonrisa auténtica. Su rostro de mil noches perdidas por las calles y malas compañías estiraba las flacas mejillas.

—Muy guapo, estabas muy guapo.

—Gracias. Llevaba traje.

—Sí, lo vi.

—¿Y la actuación?

—Lo hiciste muy bien, el mejor de la sala —dijo, asintiendo y con tono avergonzado.

—No me puedo creer que estuvieras allí.

—Sí, sí. El primer día, en la última fila. El segundo, en la fila cuatro. El tercer día no pude escaquearme del trabajo y lo vi en la tele. El cuarto día, en la quinta fila y el último, en la segunda fila. Sí, sí. Estaba allí.

—Ya te digo, y yo con una caja de cartas y sin saberlo. Pero me alegro de que hayas sido persistente. No es habitual recibir veintitrés cartas de una persona y que, a pesar de no contestarlas, siga escribiendo, ¿no crees?

Ella volvió a reír.

—No sé...

—¿Qué te gusta hacer los domingos?

Ella lo miró de reojo, tímida.

—Pues no sé, depende de con quién esté. Una peli, un paseo en bici. Descansar de las resacas.

—¿Sales mucho?

—Ahora ya no. Estoy más concentrada en escribirte que de fiesta. Esa época ya me pasó.

—¿Y si tuvieras que pasar un domingo conmigo?

Ella abrió los ojos de par en par.

—Con... contigo —tartamudeó ella—. Pues no... no sé.

—Venga, sé sincera, qué te gustaría hacer conmigo... No tenemos mucho tiempo.

Ella se sonrojó aún más.

—No sé, muchas cosas —respondió con un dedo entre los labios y mirada pícaro, de esas que han visto muchas cosas y vivido muchas noches.

—A mí también...

—¿Sí?

—Claro..., estás como un puto tren —dijo, y fingió una tos—. Quiero decir que estás muy..., bueno, muy guapa, sí.

En ese momento se abrió la puerta.

—Luna, tiempo acabado —gritó el guardia—. Vamos.

—Lo siento, preciosa, ¿volverás a verme?

—Claro, en cuanto pueda.

Néstor se levantó y se acercó a ella, con un movimiento rápido, se tiró hacia la chica y le dio un beso en sus labios sexis.

Luego levantó la mirada, le mostró el dedo corazón al espejo detrás de ellos y salió por la puerta.

La visita se había acabado, pero esos cinco minutos cronometrados fueron un soplo de aire fresco para Néstor y abrían un océano de posibilidades.

12

Álex se quedó helado.

La noticia lo dejó sin palabras por unos instantes. Su cerebro pensaba todas las variables y las posibles consecuencias de lo que conllevaría ese efecto meteorológico.

La sequía de ese año estaba a punto de finalizar por las lluvias tan esperadas. La mejor noticia climatológica en mucho tiempo, pero no para él.

Seguramente, para campesinos y para millones de ciudadanos era el fin de una sequía y de restricciones que la ACA había aplicado en la región.

El agua, tan deseada, menos por ellos. La policía se encontraba de repente en una carrera.

De todas las personas que podían recibir esa noticia con los brazos abiertos como si fuera agua de mayo, había una persona, una sola persona que se podía alegrar más que nadie: el asesino del pantano.

Él, allá donde estuviera, habría acogido esa noticia como la mejor de su vida. Todo volvería a ser un secreto, un enigma, un suceso viejo y olvidado. Crímenes escondidos por millones de litros de agua y ayudados por el implacable efecto del tiempo, que todo cura y todo se lo lleva.

—¿Desde cuándo lo sabe? —preguntó Álex, mirando los folios que indicaban la intensidad de la lluvia prevista.

—Pues hace unas horas. El servicio meteorológico de Catalunya, el Meteocat, lo acaba de revelar. Entrará esta borrasca por Galicia y en un par de días estará aquí —dijo, sentándose.

—Solo nos faltaba esto... —dijo Karla.

—Ya. ¿Y lo va a anunciar esta tarde?

—Ahora.

Álex asintió.

—¿Qué has pensado? —preguntó Karla.

—¿Y si la población se entera y el asesino viene a verlo? —susurró Álex—. Sería un buen momento para pillarlo.

—Álex, no va a venir con un cartel en la frente que ponga «soy el asesino del pantano».

Álex suspiró.

Llamaron a la puerta.

—¡Diez minutos! —dijo una voz masculina del otro lado.

—¡Vale! —gritó Carles—. Aquí tienen un problema si no espabilan con lo que tengan que hacer —espetó el hombre—. Pero ¿a qué han venido?

Álex dejó los papeles en la mesa de cristal.

—Esas maletas pueden haberse arrojado desde una barca en medio del pantano y listo —dijo Álex, y entonces le enseñó una foto que tenía en el móvil, en ella aparecía una maleta prácticamente cubierta por tierra—. Este barro, no soy experto en estas cosas, pero creo que toda esta cantidad de tierra o barro no se ha depositado por el simple hecho de soltar la maleta y listo.

El meteorólogo cogió el móvil y miró con detenimiento la foto. Luego la siguiente y sacudió la cabeza.

—No, policía, esto está hecho adrede. Han escarbado un agujero y la han metido dentro.

—Bien.

—Pero le aconsejo que lo vea un geólogo para que lo corrobore.

—De acuerdo, pero si así fuera... ¿me podría indicar cuándo fue la última gran sequía que hubo en el pantano? —dijo Álex.

En ese momento volvieron a tocar a la puerta.

El hombre miró el reloj.

—Adelante, Joan —dijo, y se levantó—. Déjeme recordar, sargento.

Mientras se abría la puerta, se fue acercando al mueble de maquillaje y un chico, que entró con corte de pelo muy estrambótico, lo acompañó.

Carles se sentó frente al espejo y siguió hablando con el policía, siempre mirándolo por el espejo. El chico cogió pañuelos y los puso entre el cuello y la camisa abotonada hasta el último botón con una corbata de color azul con dibujos de bicicletas verdes.

—Miren, en el 2004 o 2005 hubo una. Luego, si vamos atrás, hubo otra en el 99. Y luego hubo otra también, pero hace de eso mucho tiempo... —dijo el hombre, intentando recordar.

En el camerino todos se callaron.

Álex podía escuchar cómo el experto iba abriendo y cerrando los cajones de su memoria, consultando y pasando los recuerdos, como si fueran fichas en viejos archivadores, anteriores a las computadoras. Referencias, ideas, evocaciones, memorias de una vida que el sargento imaginaba que al hombre le podían pasar por delante.

En silencio, estoico, aguantaba la barbilla erguida mientras Joan lo maquillaba. Hasta que rompió el silencio con un chasquido de dedos y se tocó la sien.

—Este viejo cerebro aún funciona —exclamó, orgulloso—. Agosto del 1979.

Al escuchar esas palabras, Karla miró al compañero. Este estaba concentrado en los recuerdos del hombre del tiempo.

—¿Qué pasó? —preguntó Álex.

—Una tremenda sequía que dejó vacíos los caudales del pantano y de los ríos. Arroz y trigo. Sin agua para ducharse casi —dijo el hombre.

—¿Qué más? —insistió Álex como si tuviera que sacar las noticias de un ordenador de una biblioteca.

—El pantano se secó, como ahora o más. Nadie se acuerda, nadie estuvo allí.

—¿Y usted estuvo allí?

—Sí, estuve como reportero. Fuimos a hacer fotos y a estudiar cuánto había bajado el nivel de ese monstruo acuático artificial.

—Muchas gracias, Carles. ¿Se acuerda cuánto tiempo estuvo el pantano tan bajo de agua?

—Psss, pues ahora no me acuerdo bien, debería verlo en mis apuntes, pero duró tiempo...

—Tiempo, ¿cuánto? ¿Unos días, una semana?

El hombre del tiempo tosió y se dio la vuelta. Arqueó las cejas y cambió de tono, adquiriendo un cierto grado de dramatismo.

—El tiempo suficiente para...

—¿Para?

—Enterrar muchos cadáveres —concluyó el hombre.

Al escuchar esas palabras, el maquillador se detuvo y miró al policía, perplejo.

—Sigue, Joan, faltan menos de cinco minutos —insistió el hombre, y el otro continuó.

—¿Cómo recuerda que fue exactamente el año 1979? —preguntó del otro lado del camerino Karla, llamando la atención de los tres hombres.

—Agente..., perdón, cabo —dijo Carles, y volvió a toser—. Ese año nació mi hija, no podría olvidarlo. Cuando te nace un hijo, todo lo que pasa a tu alrededor y lo que pasa en esos años se graba en tu mente como una conexión a esos sucesos. Me fui al pantano de Sau, junto a mi mujer, con mi hija en brazos y estrenando el Seat 131. ¿Cómo podría olvidarlo? —concluyó, y el chico acabó el maquillaje.

—¿Hasta cuándo podemos cavar para buscar cadáveres? —preguntó directo Álex.

El hombre le pidió los papeles que estaban en la mesa de cristal. Álex se los acercó. En ellos, había varias viñetas de movimientos anticiclónicos de nubes. Para quien que no estaba acostumbrado a tratar con eso, eran como jeroglíficos.

El hombre golpeó con el dedo una foto.

—Si estos cálculos son correctos...

—¿Cálculos? Son imágenes —espetó Álex.

—No, son simulaciones, cálculos de lo que puede pasar. Si esto acontece, tiene menos de dos días para conseguir encontrar lo que busca. O lo volveremos a tener sepultado durante... —dijo el hombre, y encogió los hombros—. ¿Un año más, una década, un siglo? Quién sabe.

—Gracias —dijo Álex, ofreciéndole la mano.

El hombre se la estrechó y salieron del camerino.

—¿Qué piensas? —preguntó Karla.

—Pues que tenemos más urgencia en buscar esos detectores de metales de la que nos imaginábamos —dijo Álex, y comenzó a caminar en dirección a la salida.

—¿Adónde vamos?

—Tú te vas a casa, yo, a hablar con Ferrer. Nuestras prioridades han cambiado.

El coche camuflado entró en el aparcamiento subterráneo de la comisaría de los Mossos d'Esquadra de Travessera de les Corts.

Diez horas habían pasado desde que se marcharon con una misión nueva y urgente.

—Vete a casa y descansa, nos vemos mañana en la cafetería —dijo Álex.

Ella miró a su alrededor por si había alguien en el aparcamiento. Solo estaban las cámaras de seguridad, pero eso no le importaba.

Karla lo miró con profundidad. Sus ojos brillaban al ver al sargento.

Le arregló un rizo rebelde que ocupaba el centro de la frente. Luego, otro. Con delicadeza, con amor. Sus cejas, ligeramente encorvadas, decían muchos más que sus labios.

—¿Podrás solo?

Él se dejó arreglar el pelo. En su interior, a pesar de que ella había elegido seguir su embarazo con ese energúmeno, seguía teniendo sentimientos por ella.

Los dos se miraron con intensidad.

Karla se pasó la lengua por los labios. Una vez mojados, centelleaban.

Álex notó como la respiración de ella subía de intensidad. Se fue acercando a la compañera; ninguno entendía ese movimiento casi involuntario, generado por la fuerza magnética que tuvieron desde el primer día en la academia.

Álex estaba a pocos centímetros de los labios de Karla y sintió su aliento. Entonces la puerta de acceso se abrió y salieron dos compañeros de la científica.

El ruido metálico rompió el momento mágico. Al instante, Karla se apartó, sonrojada.

Álex bajó la vista, avergonzado.

—Bueno, nos vemos mañana —dijo, y le acarició el rostro—. Hasta mañana.

Y sin más preámbulos y casi sin volver a mirarla, Álex se giró y desapareció por la puerta que había roto el instante.

Subió las escaleras con el estómago en un puño.

Se preguntó por qué no podía superar eso. Por qué seguía tan enganchado a esa relación y por qué el destino se había metido de por medio.

Saltó los escalones de dos en dos hasta la segunda planta. Se apresuró por el pasillo y, sin tocar a la puerta del subinspector, entró.

El jefe estaba hablando por teléfono.

—¡Cuelgue! Por favor —ordenó Álex al jefe.

Ferrer, sorprendido, se giró hacia un lado.

—Bueno, te llamo luego, que tengo a Cortés que no sé qué le pasa. Adiós, cariño —se despidió, y dejó el móvil en la mesa—. Espero que su maleducada intervención en este despacho valga la pena, porque estaba hablando con mi mujer.

—Me da igual, como si estaba hablando con el presidente de Estados Unidos. ¡Escúcheme bien! ¡Tenemos un problema de narices!

El subinspector arqueó las cejas y levantó las manos.

—¿Sabe?, cuando cogí este cargo, me advirtieron de un tal Cortés que se pasaba las normas por el forro. Cada día entiendo más esa advertencia.

—Bobadas. Escúcheme —dijo Álex, y se sentó en la silla delante del escritorio.

—Sí, por favor, Álex, siéntese. ¿Qué hay tan importante?

—Esta mañana fuimos al pantano.

—Sí, lo sé, han encontrado un cadáver más —respondió el jefe, dándolo por hecho.

—No es todo. Creemos que puede haber más.

—Sí, me dijo Mario que buscásemos detectores de metales para seguir. Sí, es una buena idea, Álex.

—No, no podemos buscarlos. Los necesitamos ya.

—¿Qué dice?

—Necesitamos tenerlos enseguida, los necesitamos esta noche o no los vamos a encontrar nunca.

—Álex, ¿ha cogido una insolación o qué?

—Jefe, he estado en las instalaciones de la televisión de Catalunya. He hablado con Carles Alastrany.

—¿Cómo? ¿En persona?

—Sí, tenemos dos días para encontrar esos cadáveres. No tenemos más tiempo. Se acercan borrascas y tormentas y vienen cargadas de agua. Como no espabilemos...

—¿Dos días?

—¡Sí! —gritó Álex.

—He hablado con la división de Sabadell, con los que tienen detectores de metales del Cuerpo, la Unidad de Desactivación de Explosivos.

—¿Los TEDAX?

—Sí, nos los llevarán la semana que viene. Están de ejercicios y nos los pueden dejar.

—¿La semana que viene? ¡Qué dice! Los necesitamos ya.

El jefe encogió los hombros.

—No tenemos.

—Jefe —insistió Álex, acercándose al escritorio—. Llámelos, es muy importante que nos dejen por lo menos cinco.

—¿Cinco? —ladró el jefe—. ¿Se ha vuelto loco? Nos dejan dos porque he llorado como una mona. ¿Qué dice?

—¿Dos? —respondió Álex con un tono de desolación.

—Claro, ¿por qué necesita diez?, ¿qué barbaridad es esa?

—¿Quién le ha dicho lo del cadáver que se ha encontrado hoy?

—Mario, de la científica.

—Bien. Él es quien me ha dicho que necesitamos cinco detectores de metales, que trabajen día y noche para escanear todo el pantano de Sau. ¿Qué vamos a hacer con dos?

—Bueno, dos los tendríamos. Mario dice cinco, ¿por qué pide diez ahora?

—Mario calculó cinco porque necesitamos diez personas y cuatro días. Si queremos hacerlo en menos de dos días, antes de la tormenta, necesitamos unos diez y veinte personas. ¿Lo comprende?

El jefe se reclinó en su sillón de piel. Al mover los muelles, los tornillos emitieron un chirrido que reclamaba ser engrasados.

—¿Tiene alguna idea? —preguntó, mirando por la ventana.

—No, el jefe es usted. Pero desde luego no tenemos mucho tiempo. Cuanto más tiempo pase, antes llegará la lluvia y perderemos la oportunidad de saber cuántos malditos cadáveres hay en el fondo del pantano. Y eso ya lo sabe, cuantos más podamos sacar, más probabilidades tenemos de coger a ese hijo de perra que hace años que vive a sus anchas sin haber pasado por el banquillo de la justicia —se quejó Álex, apuntándolo, cabreado, como si el jefe fuera el culpable de todo ese caso que le había adjudicado esa misma mañana.

Álex corría por unos senderos de los bosques de Collserola.

Desde que había heredado la casa de Aarón García, el erudito, había cambiado correr por el paseo marítimo de Barcelona por los bosques que delimitaban la ciudad.

Las farolas iluminaban el camino que el ayuntamiento había hecho para los habitantes de la ciudad. Desbordados los domingos, y entre semana estaban desolados.

La música a todo volumen de *rock* de la vieja guardia americana sonaba en sus oídos.

Repasaba todo lo que había acontecido ese día.

Estaba claro que Karla estaba más sensible a los cadáveres y, si hubiese sido su pareja, habría intentado convencerla de que se quedara en casa y cuidara de su bebé. Pero él no era ni el padre ni su pareja.

El pantano de Sau y sus secretos bajo el agua.

«Si fuera un asesino, lo que querría sería deshacerme como fuera de un cadáver. No pensaría en que un día, vete a saber cuándo, el agua se retiraría y emergerían las sorpresas».

¿Quién pensaba en eso?

La voracidad de limpiar la escena del delito y hacer desaparecer un cadáver bajo millones de litros.

Eso era algo excepcional.

Los detalles y las pequeñeces siempre fastidiaban a los asesinos.

Alguien que se olvidaba un objeto y al final la científica lo encontraba. Que por ahorrar algún utensilio, se deterioraba y emergía el cadáver. Cabían miles y miles de variables y, cuanto más experiencia ganaba Álex, más historias absurdas y tremendas llenaban su carrera.

Estaba sudando. Los goterones le bajaban por la frente y acababan empapando la camiseta.

Recordó un caso de la serie de Colombo. Siempre las miraba en verano con su abuelo, ex guardia civil; comentaban los casos y la astucia del detective.

En ese momento se acordó de cuando un constructor quiso esconder el cadáver de su socio en los cimientos de un edificio en construcción. Entró en el solar de noche, con su Mercedes descapotable, y arrojó el cadáver, pero justo cuando se iba, la policía lo pilló.

El plan era perfecto a pesar de que Colombo lo descubriera.

Si le hubiese salido, en la eternidad, nadie habría encontrado ese cuerpo bajo treinta y pico pisos de hormigón.

Eso era lo mismo, ¿quién iba a pensar que volvería a haber una sequía así?

Pero eso pasa, el destino siempre devuelve los casos a la casilla de salida.

Después de más de media hora, regresó a casa. Desconectó la música y vio un mensaje de su hermana.

Necesitaba verlo. Era tarde, pero mejor esa noche que al día siguiente en medio de la investigación del pantano.

Se duchó y volvió a la ciudad con su Mazda descapotable abierto. Pasó por las rondas hasta llegar al rascacielos donde vivía Ana.

En cuanto Javier abrió la puerta, sintió un ambiente diferente en el aire.

—Pasa, tu hermana te espera —dijo el cuñado y exdetective de la policía nacional.

Subió las escaleras y ella estaba en su escritorio.

Se levantó y lo abrazó.

—Siéntate, por favor —dijo ella, indicando el sofá del despacho.

De día, ese sofá miraba hacia el infinito del Mediterráneo.

Esa noche, los cristales solo permitían ver alguna luz en la lejanía y gente paseando por el paseo marítimo.

—¿Qué te pasa?

—Tenía ganas de verte.

Álex la miró de soslayo.

—Venga, qué te pasa.

Ella se levantó y se acercó al cristal de su despacho.

—Nada, es que estoy nerviosa.

—¿Nerviosa? ¿Qué ha pasado?

—Quería decirte que mañana voy a la entrevista con la periodista.

—¿Y?

—La plataforma quiere que la hagamos en la casa.

Álex arrugó el ceño.

—En la casa, ¿qué casa?

Ana se giró y suspiró.

—La casa de los Pirineos.

Álex suspiró.

—¿En serio? ¿Sigue cerrada?

—Está a la venta, pero no la consiguen vender...

—Claro, quién es el sano de mente que se quiere meter en esa casa...

—Está disponible, los herederos del escritor la han alquilado por una semana a la plataforma para grabar varios episodios en ese lugar.

—Se les ha ido la pinza.

—No, está muy bien. Está bien pensado, pero...

—Ya..., te entiendo.

—Me cuesta regresar allí.

—Normal. ¿Quieres que vaya contigo?

—No, tengo que hacerlo sola. Es un mal trago que tengo que saber gestionar y me servirá para ahuyentar las pesadillas que tengo.

—¿Pesadillas?

Ella asintió.

—¿Cada noche?

—Sí. Cada noche, Néstor viene en mis sueños y hace cosas...

—¿Qué cosas?

—Ya sabes, cosas de la tuyas.

Álex dio un puñetazo al sofá.

—¿Cuándo nos dejará del todo ese hijo de perra? Cuando ya estamos en otro momento de nuestra vida, vuelve a arrastrarnos otra vez. Hace meses fui a verlo y dudé, me dejé embaucar como un tonto.

—No digas eso, yo te pedí que te metieras en esto...

—Ya, pero fui allí como si fuéramos dos colegas tomando unas cañas y la pifié por completo.

—Ey, ahora no podemos hacer mucho más. Es lo que tenemos y lo que nos ha tocado vivir. Yo mañana iré a la casa de los horrores de Néstor Luna, pero necesitaba hablar contigo, sentirme arropada, simplemente por eso, ¿sabes?

—Normal, ven aquí —dijo Álex, y la estrechó entre sus brazos.

El achuchón se alargó más de diez segundos, como los que hay que dar siempre. Olió su pelo y se transportó a su infancia, a su adolescencia, cuando eran una piña los tres hermanos Cortés.

—¿Mejor?

—Sí, mucho mejor.

—Siento no ir mañana, tengo un marrón en Sau —dijo con tono desconsolado—. Lo siento, si no lo tuviera, te acompañaría.

—No te preocupes, Javier vendrá conmigo —respondió, y se separó, sentándose en el sofá—. ¿Te han puesto al mando del hallazgo de los tres cadáveres?

—Sí, me han endiñado ese marrón.

—¿Y qué? Cuéntame, por favor.

—Sí, pero...

—¡Que sí, que no puedo decir nada a nadie! Ya lo sé —ladró Ana como si fuera un estribillo de una canción que había escuchado mil veces y tuviera que recordárselo a Álex cada vez.

Él respiró y le explicó lo que había visto en el pantano y las maletas. Luego, lo de los detectores de metales y la tormenta que estaba por llegar.

—¿Conociste a Carles Alastrany? ¿En serio?

—Sí, es un tío muy majo.

—¡Qué fuerte! ¿Tenías cita?

—¿Cita? Yo no tengo tiempo para citas.

Ella sacudió la cabeza.

—Bueno, qué opinas.

—Ese hombre tendrá la edad de nuestro padre. Vete a saber quién es, ¡menudo pájaro! Y sí, puede haber muchos más o no, pero hasta que no levantemos todo eso, no lo sabremos.

—También podemos hacerlo con varias grúas.

—Sí, pero unas grúas grandes lo destrozarían todo y sepultarían en medio de montañas de tierra algo que no saldría jamás. Además, la iglesia de Sant Romà de Sau, con una estructura tan delicada, se puede caer con tanta vibración.

—No lo había pensado, que la iglesia se caiga de repente.

—La grúa no es buena opción. Lo del detector de metales es una idea muy buena, pero hay un pero en todo esto.

Álex arrugó el ceño.

—¿Cuál?

—Que falta una cosa importante.

—¿Cuál es?

—Tienes que hacer un comunicado oficial de lo que has encontrado y de lo que vas a hacer.

Álex se arregló los rizos de la frente.

—¿Por qué?

—Si es público, generará expectación, es algo inédito y todos lo querrán ver —aclaró Ana—. Hace unos años, fui con Alberto al pantano de Sau, cuando éramos novios y nos hicimos la ruta de toda esa zona. Hay miradores donde la gente hace fotos con la punta de la iglesia que sobresale. No quiero ni pensar, ahora todavía más.

—No te sigo.

—La gente quiere ver el espectáculo de buscar los cadáveres. ¿Por qué triunfa tanto el *true crime*? ¿Por qué quieren hacer una serie sobre Néstor? Porque vende. La gente acudirá a ver si estáis sacando muertos y cómo los buscáis.

—Ya, me lo imagino. Acudirán en masa si es que no lo están haciendo ya. Esta mañana ya había gente mirando.

—Perfecto.

—¿Perfecto?

—Sí, si consigues darle el bombo suficiente, puede que el asesino acuda a ver si sacáis más cuerpos. Cada cuerpo más que encontréis, más probabilidades de que lo pilléis.

—¡Ostras!

—Y si encima lo tenéis grabado, entonces blanco y en botella.

—¿Y cómo lo reconoceremos?

—Oye, el sargento de los *mossos* eres tú, no te lo puedo decir todo.

—Claro —dijo, y se rieron—. Pero es muy buena idea.

—Me debes otra.

Álex resopló.

—Te debo muchas, ya he perdido la cuenta.

Los dos se quedaron en silencio mirándose.

—¿Estás mejor? —preguntó Álex.

—Sí —respondió sonriendo—. Mucho mejor, gracias por haber venido.

Álex levantó las manos.

—A tu disposición, hermanita —dijo, y miró el reloj—. Es muy tarde, me voy a casa.

—Sí, claro.

Álex se levantó y le dio otro abrazo. Se fue hacia la puerta y cuando estaba a punto de cruzarla, se giró.

—Mañana, cuando estés nerviosa, piensa que estoy allí contigo. Y, por favor, cuando acabes, llámame.

Ella le guiñó con los dos ojos.

Poco después, Álex iba por la ronda Litoral yendo hacia casa. Daba vueltas a lo que le había dicho Ana. Comunicarlo a la población.

Sí, pero... ¿cómo?

Porque se podía hacer de mil maneras y solo se le ocurrían formas muy forzadas, nada naturales. Y se les podía ver el plumero a la legua.

Mientras recorría el trayecto hacia casa, un cartel publicitario le llamó la atención.

Una playa paradisíaca con aguas cristalinas y unas casas de pescadores. Una chica rubia de espaldas y una frase en el cielo: «Locos por volver a vernos».

Recordó esos días que se iba con Mary a Lloret de Mar y a Platja d'Aro, a Begur, a Sa Riera. Cuando se quedaban hasta la tarde tumbados en la playa, alargando al máximo el domingo.

El recuerdo se convirtió en una posibilidad.

La posibilidad se convirtió en la solución.

Se dio con la mano en la frente.

—¿Cómo no lo he pensado antes? —dijo Álex en voz alta.

Aceleró y aparcó el coche enfrente de su casa.

Sacó el móvil y mandó un mensaje a Karla.

«Tengo una idea. Convoca una rueda de prensa para mañana. Tengo la solución».

A la mañana siguiente, aparcó el pequeño descapotable en el parquin subterráneo.

Fue de los primeros en llegar del departamento.

Karla no había llegado, pero la chica de la central que gestionaba los comunicados a la prensa envió de madrugada la convocatoria.

Salió de la central y cruzó la carretera para entrar en la cafetería. Levantó la mirada, el sol dominaba un cielo azul, sin ni una sola nube.

—¿Quién diría que va a llover en un par de días? —dijo Álex, y entró en el establecimiento.

Pidió un café doble con leche de soja y se sentó en la mesa de al lado de la ventana.

Dio unos sorbos mientras pasaba las páginas del periódico del día. Era la primera persona que lo abría, las hojas aún estaban pegadas entre sí y olía a tinta.

En la segunda página de sucesos, había una foto del pantano. Encuadraban el momento del hallazgo de la segunda maleta. La perspectiva era buena. Era justo el punto donde él había levantado la vista y ordenó poner una mampara.

Se detuvo a leer detenidamente el texto. No aportaba nada nuevo.

Entonces miró hacia la calle mientras daba otro sorbo.

Las furgonetas de los informativos y de las televisiones ya estaban llegando.

Álex sonrió, su plan acababa de arrancar.

Se arregló los rizos y terminó de leer el diario. Dio el último sorbo y cogió dos cafés más para llevar, regresó a la comisaría por la puerta del aparcamiento, evitando a los periodistas.

Subió a la planta del grupo de investigación, en la oficina ya estaban casi todos. Se acercó a Karla y le dio el café.

—¿Cómo estás? —preguntó él.

—Bien, pero preocupada.

—¿Preocupada?

—Sí, de tu plan. Tanto secretismo...

Él hizo una mueca.

—Ya verás, confía en mí.

—Precisamente porque confío en ti, me preocupo.

—¡Exagerada!

Por detrás llegó Montse.

—Todo listo —dijo a los jefes.

—Bien, dejemos cinco minutos de margen y vamos.

—De acuerdo. Toma, esto son los números de teléfono que has solicitado, está todo organizado —dijo la chica, pasando un folletito de papel con un par de número de nueve cifras.

—Perfecto, ¿y los chicos?

—Ya están listos para recibir las llamadas —dijo Montse—. En cuanto acabe la rueda de prensa, si todo ha ido bien, iré yo también a contestar posible llamadas.

—Fantástico.

—Llamadas, números de teléfono, ¿alguien me quiere decir qué pasa aquí? Me siento excluida —espetó Karla.

—Tranquilízate, Karla. Vamos a hacer un comunicado a la población y necesitaremos agentes para atender las solicitudes.

—¿Solicitudes? ¿De qué?

—Ven, ahora lo verás —dijo Álex, y le guiñó el ojo a Karla.

Fueron a la primera planta, donde estaba la sala de las conferencias y las ruedas de prensa.

—Dame, te lo sujeto —dijo Karla, indicando el café para llevar del Sirena.

Álex le devolvió una sonrisa y ella se le acercó a la oreja derecha.

—¿Nervioso?

—No —respondió Álex.

Y entonces ella le dio un beso en la mejilla que nadie pudo ver porque estaban de cara al muro.

Álex contuvo la emoción y se fue hacia el atril. A cada paso que daba hacia el fondo, más periodistas lo veían y dejaban de hablar.

Se colocó detrás del atril y miró a todos los presentes. En la sala no había una silla vacía. Sin embargo, no había tantos como en la última convocatoria, en plena tormenta homicida del Asesino del Criptograma.

Pero Álex se sentía diferente, no porque en la sala hubiera menos periodistas, sino porque se sentía más preparado, más maduro, más acostumbrado.

Dio dos golpecitos a los micros.

—¿Se me oye?

Algunos periodistas levantaron el pulgar.

—Bien, empecemos —dijo, y se aclaró la voz—. Desde la comisaría de los Mossos d'Esquadra de Travessera de les Corts, hemos organizado esta rueda de prensa para hacer un comunicado a la población. El mensaje que queremos lanzar es que necesitamos su ayuda. Como sabrán, los eventos ocurridos hace días han desestabilizado nuestra sociedad. La sequía que está azotando en estos días, sin precedentes, ha hecho rebajar el nivel del pantano de Sau, retirándose las aguas. El domingo pasado, una familia encontró un cadáver y, seguidamente, se han ido encontrando más. Hemos abierto la caja de Pandora. No sabemos cuántos más puede haber —dijo, y se detuvo para beber un trago de agua—. No sabemos cuántas personas han sido enterradas en este hondo lugar, pero lo que no podemos tolerar es que el asesino ande por las calles impune. Los mejores equipos están trabajando día y noche para encontrar más. Pero es como buscar una aguja en un pajar. Además, se ha añadido un factor que no teníamos contemplado y que va en nuestra contra: las previsiones meteorológicas anuncian que hay una altísima probabilidad de lluvias tormentosas en las próximas horas. Así que, necesitamos su ayuda.

»¿Qué ayuda necesitamos? En primer lugar, si saben de personas que desaparecieron a finales de los años setenta y principios de los ochenta, llámennos al primer número que ven ahora en la pantalla detrás de mí. Necesitamos su ayuda. ¡Ya! Hoy mismo. ¡Ahora mismo! No tenemos ni un segundo que perder, porque un amigo, un pariente o un conocido que desapareció hace tiempo puede estar ahí enterrado y, con los medios de la época, no se le pudo rastrear o, simplemente, por falta de información entre las policías o comisarías. Ahora es el momento.

»El segundo número es para que nos contacte toda persona que disponga de un detector de metales móvil, doméstico, militar o lo que sea. Necesitamos que nos ayude. Da igual si se usa para buscar anillos perdidos en la playa o vete a saber qué. Así que, si tienen un detector de metales o si conocen a alguien que lo pueda tener, por favor, infórmenle de lo que estamos buscando. Necesitamos esto. Nada más, solo decirles que el tiempo es determinante y que se pongan en contacto. Necesitamos su ayuda. El asesino de estas personas puede que esté entre nosotros y debe responder por sus hechos y ser juzgado. Gracias —concluyó, y dio un sorbo al vaso de agua—. Ahora damos paso a las preguntas de los periodistas que están en la sala.

Todos levantaron la mano.

—Sí —dijo Álex, indicando a un hombre en la segunda fila.

Este se levantó.

—Javier Portillo, de Televisión Nacional. ¿Cuántos cadáveres estima que puede haber en el pantano? ¿Y cuántos han encontrado ya?

Mientras le estaban haciendo la pregunta, el móvil de Álex vibró.

—Gracias, Javier. No tenemos ni idea, si lo supiéramos, no estaríamos aquí. Lo que sí tenemos es que haya más de los que nosotros creemos. Y referente a la segunda pregunta, hemos encontrado tres cadáveres. Siguiente —dijo, y miró al resto de profesionales que levantaban la mano; indicó a una mujer en una de las filas posteriores.

—Stephanie Smith. CNN España. Perdone le pregunta, pero con este llamamiento a la ciudadanía muy al estilo yanqui, ¿tenemos que entender que el cuerpo de los Mossos d'Esquadra no tiene dotación de detectores de metales? —preguntó la señora.

Álex se rascó un ojo.

—Tenemos, pero no los suficientes como para rastrear un espacio de dimensiones como cuatro campos de fútbol en menos de dos días, ¿comprende? —respondió Álex, y le vibró el móvil otra vez.

Sacó el móvil y era un mensaje de Alba, la forense. Lo leyó y volvió a meter el teléfono en el bolsillo. Era urgente, necesitaba que fuera a verla a la morgue.

—Gracias por su ayuda, les damos las gracias y les iremos informando sobre nuestros avances —concluyó, y bajó a paso acelerado hacia Karla.

Cogió su café y le hizo un gesto para que lo siguiera fuera de la sala.

—¿Qué pasa? —preguntó Karla.

—Nos vamos a Sabadell, la Dama de la Muerte tiene novedades.

En cuanto salieron de la planta para bajar al aparcamiento, se encontraron al subinspector Ferrer. Iba hacia ellos. Con su camisa impoluta y maleta en mano, daba la impresión de que acababa de aterrizar esa mañana a la comisaría.

Su expresión de pocas ganas de negociar no daba lugar a malos entendidos.

—¿Qué demonios han hecho? —espetó el hombre—. ¿Se puede saber por qué han dado una rueda de prensa sin mi permiso?

—Jefe, asumo la responsabilidad.

—¿Ha perdido el juicio o qué?

—Jefe, no tenemos tiempo de preámbulos. Necesitamos los...

—Lo que usted necesita, Cortés, es un poco de mano dura, y puede estar seguro de que se la voy a dar.

—Jefe, pensaba que era buen tío. Después del subinspector Reixach, creía que habíamos tenido un poco de suerte con usted, pero me temo que me lo tendré que replantear.

—¿Replantear? Yo soy el jefe aquí y no se puede hacer esta pantomima sin mi permiso. Nos estamos volviendo locos.

Álex dio un paso adelante y Karla, que lo conocía, lo sujetó por un brazo como diciéndole: «No hagas cosas de las que te vas a arrepentir».

Álex apuntó al pecho del jefe Ferrer con el dedo.

—Usted me ordenó ir al pantano y le estoy sacando las castañas del fuego.

—A su manera, que no es la válida. Hay que seguir el protocolo, eso es lo que vale.

—¿Protocolo? El protocolo ha hecho que en ese pantano haya un puto cementerio y si no nos damos prisa, lo volveremos a enterrar sin redención por vete a saber cuánto tiempo más.

—Voy a llamar al mayor Valls y le explicaré...

—Eso, llame al mayor, pero primero tiene que saber que su puesto me lo ofrecieron a mí y si no fuera porque soy bueno en lo que hago, estaría chupando del bote como muchos funcionarios

con el culo cuadrado. Pero llame a Valls, ¡claro que sí!

El jefe se quedó callado.

—Ahora nos tenemos que ir a la morgue. Seguiremos hablando en otro momento —dijo Álex, tajante, al subdirector, dejándolo sin palabras.

Álex se dio la vuelta y se fue hacia la puerta. Karla, sonrojada, lo siguió. Bajaron las escaleras y se metieron en el coche. En cuanto salieron del parquin, ella estalló.

—¡No creo que el jefe se merezca un comportamiento como el que hemos tenido!

Álex se detuvo en el semáforo y la miró. Se quedó en silencio mirándola.

—Puede..., pero la burocracia es demasiado lenta. La vida es mucho más rápida que los protocolos.

El semáforo se puso en verde y arrancó.

El Seat Altea camuflado cruzó la ciudad en dirección Sabadell.

Los dos policías aguantaron el silencio como si fuera una apnea bajo el agua.

Aparcaron en la central del Cuerpo y entraron por el pasillo de la morgue. Ese lugar, por desgracia, era un lugar que les traían recuerdos de casos y, en consecuencia, de víctimas.

En cuanto estuvieron en el umbral, la doctora Guevara interrumpió su tecleo.

—Vaya, vaya. Aquí tenemos a la pareja de policías del momento. Últimamente, os veo más en la televisión que por aquí.

Álex no dijo nada y Karla se fue hacia ella para abrazarla. La médico se levantó y abrazó a la mujer. Luego se separó para ver su barriga.

—¿Puedo? —dijo, indicando el vientre de la mujer.

Karla asintió.

—¡Cómo está creciendo, madre mía! —dijo Alba, acariciándolo.

Álex se quedó mirando la escena.

Quién lo hubiese dicho de las dos, que acabarían siendo amigas con lo mal que se llevaban al principio.

Luego Álex se acercó y le dio la mano, pero la doctora quiso darle dos besos. Fueron un par de segundos más largos de lo habitual que se da a un compañero de trabajo. De los que se dan besando la mejilla, no al aire.

Después se miraron a los ojos y Álex recordó esa noche en la sala de descanso. Su ropa interior roja pasión y qué pasó al cerrar la puerta.

—Bien. Vamos a lo que nos trae hoy —dijo la mujer, y se dio la vuelta con un aire de coqueteo.

Los dos policías la siguieron.

—¿Qué tenemos en el menú? —preguntó Karla.

—No sé si esto te va a sentar bien... —dijo, preocupado, Álex.

Ella hizo un ademán, dando poca importancia a su comentario.

Alba le dio alcanfor para que se lo colocara debajo de las fosas nasales y dos mascarillas.

—¿Dos?

Alba puso los ojos en blanco y se las colocó las dos.

—Confiad en mí.

Los policías obedecieron.

Luego, Alba sacó la primera mesa de la nevera y abrió la cremallera.

—¿Estáis listos? —dijo la forense con un tono de preocupación que hasta ese momento no había utilizado.

La Dama de la Muerte abrió las dos solapas de la saca negra.

El olor que comenzó a salir del cadáver era espantoso.

Enseguida, el hedor de la putrefacción avanzada entró por las fosas nasales de los policías a pesar de las precauciones.

Karla se puso la mano delante y dio un paso hacia atrás.

Álex afinó los ojos como si una luz lo estuviera deslumbrando.

El cadáver seccionado del hombre encontrado en la maleta, en esa mesa, estaba recompuesto. Daba la impresión de ser la camilla del doctor Frankenstein.

—Bueno. Aquí tenemos el cadáver de un varón que habéis encontrado en la segunda maleta. A trozos y en un avanzado proceso de descomposición —explicó Alba.

El cuerpo segmentado tenía una coloración diferente, nunca vista anteriormente por Álex. Solían tener una tonalidad que tiraba hacia el gris o el marrón. Lo que tenía delante era un verde tirando a turquesa.

—Antes de nada, os tengo que decir que los cuerpos, como sabréis, cuando están en agua, se conservan mejor. A pesar de estar dentro de la maleta desde hace muchos años y en agua, no es como si estuviera fuera, ¿me entendéis?

Los dos policías se miraron.

—Alba, explícalo como si tuvieras delante a un niño de tres años, ¿te parece? —dijo Álex.

Alba se aclaró la voz y siguió.

—Vamos a ver. El agua es un elemento conservador para los cadáveres. No es lo mismo que esté en un desierto, en un bosque, en un glaciar o bajo el agua. Cada uno de estos medios tiene un proceso de putrefacción diferente. OK, vamos por extremos. Imaginad un cadáver tirado en medio de un desierto. Este cuerpo, con el calor y el efecto del sol, de deshidratará y se pudrirá rapidísimo. En el otro extremo, tenemos un cuerpo en un glaciar. Con el frío y la falta de sol, entonces, tendremos un proceso casi de momificación. En cambio, el agua fría es el mejor de los

conservantes. Quiero decir que, en un cadáver en agua, el proceso es muchísimo más lento. Este cuerpo no es de hace dos días, puede llevar un siglo en el agua y estaría prácticamente de la misma manera.

Karla arrugó el ceño en una expresión de asco por el monstruo que tenía delante.

—¿No se puede determinar cuánto tiempo lleva en el agua?

—No. Pueden ser un par de años o cuarenta. No podemos calcularlo. Eso sí, no son ni días ni meses. Este cuerpo lleva mucho tiempo.

—Ya veo —dijo Álex, ajustándose la mascarilla, que le molestaba.

—Lo que sí es una «suerte» —dijo Alba, haciendo la señal de las comillas en el aire con la palabra suerte—, como es un pantano, y estaba dentro de una maleta, no hay peces o fauna marina que puedan lesionar los restos. Eso nos ha ayudado. Otra cosa, volviendo al tiempo que lleva en el agua, por ejemplo, el de la chica lleva menos tiempo.

—El primero que encontraron —dijo Karla.

—Sí, el que encontraron el domingo —confirmó Álex—. ¿Lo tienes aquí?

—Sí, pero os lo enseño el último, porque ese tiene algo más.

Los dos arrugaron el ceño.

—Sigamos —continuó Alba.

—Espera, no entiendo, ¿qué es este color verde del cuerpo?

—Justo quería hablaros de eso —dijo Alba, extendiendo la mano hacia el guapo policía—. Se denomina saponificación.

—¿Cómo?

—Esta capa que tiñe la piel de una textura verdosa se llama saponificación. También es conocida como desdoblamiento hidrológico y es una reacción exotérmica. Del latín *sapo*, *saponis*, que es jabón, y *ficare*, que quiere decir producir. Es decir «producir jabón».

Álex sufrió un golpe de tos e interrumpió a la médico forense.

—Alba, ¿te acuerdas de lo de antes, de explicarlo a un niño de tres años? —especificó—. Pues eso.

—Sí, claro. El jabón no deja de ser una grasa. Un cuerpo sumergido en el agua hace que la grasa de la piel se libere y que se cree una capa en la epidermis, esa misma capa protege la piel del cadáver.

—Parece viscoso, una gelatina —indicó Karla, acercándose a una pierna.

—Sí, es como un gel que envuelve el cuerpo. Lo bueno es que, a pesar de haber pasado muchos años, el agua mantiene el cuerpo intacto y lo conserva, eso hace que las causa de la

muerte y las posibles lesiones o heridas queden a nuestra vista —dijo Alba mientras con una mano enseñaba el cuerpo.

—Está muy claro que las amputaciones quedan a la vista, pero ¿cómo ha muerto?

—De momento no lo sabemos, no hay heridas en el tórax —dijo, señalando la cicatriz en forma de Y que le habían practicado—. En unas horas tendremos los análisis y podremos saber algo más. Pero no aparecen ni livideces de golpes ni nada. El cerebro está intacto, sin lesiones. Y los pulmones no estaban llenos de agua, por lo tanto, no ha sido ahogado —explicó Alba.

Álex escuchó con el ceño fruncido.

—Sin huellas, no podemos ni identificarlo... Maldita sea —dijo, señalando las manos, que tenían los dedos amputados—. Suerte que el cadáver encontrado en la tercera maleta los tiene.

Alba rio y se dio la vuelta.

—Venid —dijo mientras abría la mesa de al lado y sacaba el cadáver de la tercera maleta.

Cuando lo dejó a la vista de los policías, quedaron sorprendidos.

—A este hombre yo lo vi cuando lo sacaron de la maleta y tenía dedos. ¿Por qué ahora no los tiene?

La forense se ajustó la mascarilla en la nariz.

—Se los he cortado yo.

—¿Cómo? ¿Cómo que se los has cortado tú? —dijo Álex sin dar crédito a lo que estaba oyendo.

—Sí, cuando un cuerpo se queda tanto tiempo sumergido en agua, la piel de los dedos se arruga tremendamente. En consecuencia, las huellas quedan conservadas. Eso pasa también con las crestas. Lo que pasa es que quedan demasiado húmedos, por eso los tenemos que cortar y dejar secar un tiempo. Necesitamos que vuelvan al estado inicial con un proceso regenerador. Es decir, dicho para un niño de tres años, se necesita que se sequen.

Los rostros de los dos policías no daban lugar a dudas, estaban asqueados. Las pobres almas de los hombres asesinados hacía muchos años, encima, venían amputados de las yemas de los dedos para ser identificados.

Álex vio una paradoja en todo eso. El agua escondía pero conservaba.

El pantano de Sau, en definitiva, había hecho las funciones de una máquina del tiempo. Era verdad que debajo de millones de litros de agua, el asesino había escondido un cementerio personal, pero, al retirarse las aguas, volvían al mismo estado o muy parecido de cuando se habían sepultado.

El pantano del tiempo, de la impunidad y de la venganza. Al final, el pasado siempre vuelve y lo hace el día menos pensado, en medio de una sequía general.

—¿Y ahora dónde están los dedos? —preguntó Álex.

—¿Quieres verlos? —dijo Alba.

—No, no hace falta, gracias.

—Sí, sí. Venid a verlos —respondió Alba, animando a ver su obra, jactándose de lo que había hecho a los cuerpos.

Los policías insistieron en que no querían, pero a la médico le dio igual. Siguió hacia un armario de aluminio al fondo y sacó unos contenedores que apoyó en una mesa.

Álex pensó en la idea de unos túperes profesionales. Nada doméstico, de algún *catering* para escuelas o para empresas, o incluso para banquetes. Prefirió quedarse con la duda; con todo lo que estaba viendo ese día, no quería preguntar más de lo necesario.

Alba quitó la tapa hermética de silicona. Dentro había arroz, solo eso.

—¿Arroz? —preguntó Álex entre disgustado y sorprendido.

Alba se puso un guante y metió la mano en el tarro.

—Tranquilos, no vamos a hacer una paella con esto —dijo riéndose ella sola, y luego sacó una falange con una yema de dedo; luego, otra y otra.

—Vale, vale. No hace falta que sigas, Alba —exclamó Álex.

—¿Veis?, en el arroz, la deshidratación se realizará más rápidamente. Cada pocas horas, lo que hacemos es aplicar en las yemas una solución de alcohol etílico. Lo iremos tratando durante un mes o dos hasta que la piel se estire y se puedan ver bien las crestas. Luego, ya sabéis, las entintaremos para tomar la huella, meterlo en el sistema y ya será cosa vuestra.

Álex arrugó el ceño, no se creía lo que acababa de oír.

—¿Un mes?

—Sí, o dos. A lo mejor veinte días, pero no sé, no creo que lo podamos hacer antes.

—Pero eso es demasiado tiempo —gritó Álex, luego miró a Karla y enseguida bajó la voz—. Alba, necesitamos saberlo antes.

La médico forense encogió los hombros y comenzó a meter los dedos otra vez en el tarro.

—Yo no hago las normas de la naturaleza. Si querías las huellas para mañana, tenías que haber traído los cuerpos hace un mes por lo menos —respondió, y acabó de meter los dedos de nuevo en el arroz, cerró el túper y lo colocó en el armario.

—Es demasiado tiempo. ¿No hay un método más rápido?

—Si lo hubiera, te lo habría dicho y ya lo estaría haciendo —dijo Alba mientras iba a otra nevera de cadáveres y tiraba de la maneta—. Si tú tienes otro, pues adelante, ven y lo hacemos. Yo estoy siempre abierta a todo —concluyó mientras le guiñaba el ojo contrario a Karla para que ella no lo viera.

Sacó el tercer cadáver e hizo correr la cremallera por la bolsa negra.

—Aquí tenéis el de la chica, os lo he guardado el último porque su grado de descomposición es inferior. Creo que lleva menos tiempo. Pero no por eso os lo enseño al final, sino por este símbolo. Esto es lo que me está preocupando de verdad —dijo, e indicó la cabeza de la mujer.

En la frente, había un tatuaje, un símbolo con forma de flor.

Eso llamó la atención de los dos policías. Se acercaron y, al acto, entendieron que eso daba un giro inesperado a toda la investigación.

La sangre de Álex se detuvo, helada.

No tenía delante un tatuaje terrorífico, era mucho más. No era solo lo que parecía; una bella y joven mujer descuartizada y recompuesta en la mesa del forense. No era solo eso, era un mensaje.

Álex lo entendió enseguida.

Ese cadáver era diferente. Álex pensó que se había abierto otra puerta, un caso dentro de un caso.

¿Cómo podía tener esa mujer ese símbolo de muerte en la frente?

Una flor.

Una flor con una serie de líneas en su interior.

La forense siguió hablando, pero Álex quedó imbuido en esa firma de muerte.

Se giró, miró los otros dos cadáveres que habían visto antes. Estaban en la misma posición. La chica y los dos hombres. Los tres mutilados y recompuestos, iguales pero diferentes.

—Álex. —Escuchó desde lejos.

El policía se giró.

—¿Álex, estás bien? —preguntó Karla.

—¿Has encontrado este símbolo en los otros cadáveres?

—No, no hay este símbolo en estos cadáveres.

Álex se acercó al que tenía más cerca y fue a coger un brazo para levantarlo.

—¡Álex! —gritó la forense—. No puedes. No lo toques, no me lo contamines.

Él se detuvo a un centímetro de cogerlo.

—Estoy segura, esos no llevan el mismo tatuaje. Te lo prometo. Por favor, no los toques —afirmó con tono tajante.

Álex regresó a la mesa de la chica.

—¿Qué es esto? —espetó, indicando la frente—. ¿Te das cuenta? Maldita sea, esto es un maldito mensaje, una maldita señal, una maldita firma del jodido asesino —dijo Álex, conmovido por lo que podía percibir en el horizonte.

—Tranquilo, Álex, vamos por pasos, primero tenemos esto. Son muchas cosas. Vamos con esos primero —dijo Karla mientras le indicaba los otros cuerpos—. ¿Te parece?

—Se nos está yendo de las manos este tema.

—Estoy de acuerdo, ¡centrémonos!

Álex asintió mientras Karla lo cogía de los dos brazos y lo miraba fijamente a los ojos.

—Una cosa después de otra. Empecemos con los hombres; luego, la mujer, recuerda que tenemos que volver a la central por el tema de los detectores de metales y tenemos que sacar los cuerpos que pueda haber antes de la tormenta —afirmó Karla.

—Sí —respondió Álex, forzando una sonrisa y respirando—. Tenemos que ir a la central, es verdad.

—No, esperad, os tengo que explicar otra cosa —dijo Alba.

—Sí, ¿pero antes puedo hacer una foto a este símbolo? —preguntó Álex mientras sacaba el móvil.

La Dama de la Muerte puso los ojos en blanco.

—¿Por quién me tomas? Te he hecho una foto en alta resolución y con la luz adecuada. La tienes en el dossier que os he preparado —afirmó la forense.

Se acercó a la mesa ubicada junto a la vidriera que recorría el pasillo que conectaba la morgue con el parquin, y se detuvo al lado.

Álex miró el móvil, tenía mensajes de la comisaría, las líneas de teléfono estaban que ardían. Necesitaban que regresaran. Era previsible, pero no tanto como estaban avisando los compañeros; era tremendo.

—Falta que veáis esto. También os he hecho fotos, pero os tengo que explicar lo que hay aquí. Las maletas donde han encontrado los cadáveres —afirmó la forense, y siguió—. Esta es la de la mujer del domingo. Como puedes ver, es moderna.

La maleta, que en origen era plateada, había sido limpiada seguramente con agua a presión, y el efecto del barro y del tiempo se había infiltrado en las fibras de la maleta.

—Es una maleta de la marca Samsonite. No sé de qué año ni qué modelo, pero se ve actual. En cambio estas... —Señaló las otras dos con las cerraduras cortadas y que se veían obsoletas—. Estas son viejas. Me acuerdo que mi padre las tenía en su garaje. Aquí tenéis una labor más para conseguir datos y pistas.

—¿Nada más? —preguntó Álex.

—¿Te parece poco?

—No, Alba, solo que nos reclaman en la central —dijo, y Alba no pudo esconder la cara de desilusión porque los dos policías se fueran tan deprisa. Sobre todo él.

La Dama de la Muerte se acercó a su escritorio y les pasó una carpeta de un par de dedos de grosor.

—Espero que os ayude.

—Seguro. Muchas gracias. Por favor, mantennos informados de las analíticas y de las huellas de los dedos —dijo Álex, y salió.

Cuando ya habían rebasado la puerta, Álex se detuvo.

—¿Seguro que no hay un método más rápido de conseguir esas malditas huellas antes? —preguntó de nuevo—. ¿Estás segura?

Alba puso los ojos en blanco.

—Vámonos, Álex —instó Karla, y se lo llevó al aparcamiento.

* * *

Entraron en la sala de *briefing*, allí estaban los agentes del grupo de investigación, Montse, Iván, Baldiri y otros. Los estaban esperando en silencio, leyendo unas hojas.

—Jefes —dijo Montse—. Por fin.

—¿Qué ha pasado? ¿Hemos tenido suerte?

—Siguen llegando llamadas, tenemos casi trescientas personas voluntarias con detectores de metales móviles dispuestas a venir a ayudarnos con la búsqueda —dijo, indicando una pila de hojas que estaban encima de una de las mesas de la sala.

Álex levantó las cejas.

—¿Tantos? —dijo sonriendo el sargento con un tono incrédulo.

—La respuesta ha sido masiva y siguen llamando. Hemos dicho que estamos desbordados y que ya los estamos poniendo en lista de espera.

—Madre mía, no me lo puedo creer. Fantástico.

—Enhorabuena, Álex, has tenido una extraordinaria idea —dijo Iván, y se acercó a estrecharle la mano.

Álex se la estrechó, pero la alegría duró poco.

—¿Y las llamadas de los desaparecidos?

Montse miró a Iván.

—Solo una.

Álex arrugó el ceño.

—¿Solo una? ¡No me lo creo!

Álex no daba crédito a que solo hubieran recibido una sola llamada, para él eso era imposible.

—¿Habéis controlado que el número no se haya divulgado erróneamente? ¿O que haya problemas con la línea?

—Sí, jefe. Lo hemos comprobado varias veces, pero la línea es correcta y funciona —dijo Iván, encogiéndose de hombros—. La línea funciona, el problema es que no hay ni una llamada. No sé qué decirte, jefe.

El rostro de Álex se entristeció.

—Ya llamarán, eso no es tan fácil. Confía en ello, hemos hecho lo correcto —dijo Karla, apoyando una mano en su hombro—. De eso hace cuarenta años y está claro que la gente necesita recordar y atreverse a llamar. No es fácil.

Álex apoyó a su vez sus manos en ella.

—Gracias. Sí, se necesita más tiempo. Desde 1979 hace mucho tiempo —dijo, resignado, Álex—. De momento, ya tenemos bastante trabajo. Lo importante es que se sigan recibiendo todas las llamadas.

—Tenemos varios compañeros que apuntan todo lo que están recibiendo —confirmó Montse.

—Bien. Venid, tenemos mucho trabajo —dijo Álex, y se acercó a la pizarra.

Detrás de él estaba su equipo, observándolo.

—Tenemos estas tareas importantes y hay que dividir las para aprovechar el tiempo. Con Mario, nos iremos con los detectores de metales al pantano. Necesitamos comenzar ya la búsqueda y organizarla. Además, tendremos que grabar con fotografías y drones a toda la gente que se acerque al pantano para identificar a un posible asesino, que es muy probable que lo haga, que vaya a curiosear, para ver si sacamos todos los cuerpos. Entonces, con las personas desaparecidas y las fotos de él, a ver si lo podemos pillar. Luego... —dijo, mirando a los demás—, tareas que haremos en paralelo. Karla, te encargas del símbolo de la primera víctima encontrada. El símbolo que tiene en la frente es muy peculiar y diferente. Eso es un mensaje

como una catedral. Tenemos que comenzar a trabajar en ello. Te encargarás de ello hoy —dijo, apuntando a Karla.

La expresión de ella revelaba que no le apetecía quedarse en la oficina, ella quería marcha, quedarse al lado de Álex.

—Montse —dijo, y la chica levantó la mirada de los papeles que tenían en la mano—. Necesito que averigües todo sobre las maletas. Origen, año, material, de dónde vienen, cuándo han sido fabricadas, todo, absolutamente todo. ¿Está claro? —dijo, y ella asintió sin objeciones—. Bien, por último y no menos importante, tenemos que ir hoy mismo a hablar con la persona que ha llamado por el desaparecido. Iván y Baldiri, iréis vosotros. Necesitamos saber si es un farol, una broma o si es algo de verdad. Si creéis que es cierto, quiero saber quién era, qué hacía, dónde vivía, número de zapatos, qué comía, si se acuerdan los parientes o quien sea. Todo, absolutamente todo. En cuanto acabéis con la persona que ha llamado, os iréis a buscar más información para corroborarla y ampliarla. Y si... —dijo, Álex y se giró hacia Montse—, si llaman con más desaparecidos, se los vas enviando y que se vayan hacia ello.

Álex se quedó mirando a los componentes de su grupo de investigación. Había distribuido los trabajos y todos sabían lo que tenían que hacer.

—¿Preguntas? —preguntó Álex.

Todos se quedaron callados.

—Bien. Entonces, al trabajo, tenemos poco tiempo —confirmó, chocando las manos—. Montse, nos quedamos aquí a elegir a los voluntarios con los detectores de metales, pero primero tengo que hablar con Mario —dijo, y se fue al piso superior a buscarlo.

Alex subió de la planta del grupo de investigación a la de la científica.

Al entrar, vio a Mario, que estaba en su escritorio. Le dio la impresión de que estaba imbuido en lo que estaba leyendo en la pantalla de su ordenador.

—Suponía que estarías aquí —dijo Álex—. Nos tenemos que marchar.

—Acabo de llegar, están allí mis chicos.

—Da igual, tenemos que irnos —insistió, y Mario se quedó con una expresión perpleja.

Álex le explicó lo que le había dicho Ana, de la posibilidad de que volviera el asesino. Necesitaban documentarlo y seguir la búsqueda con los detectores.

—... y lo peor es que no tenemos tiempo, llegan tormentas.

Mario se reclinó en el asiento esperando que fuera una broma de mal gusto o una exageración del sargento.

—¿Entonces?

—¿En serio?

—Ya tardas. Prepara el material y comienza a bajarlo a tu coche, nos vamos en diez minutos —dijo Álex.

—¿¡Es necesario que vaya!? ¿En serio? —respondió Mario cuando Álex ya iba hacia las escaleras.

—Ya estás perdiendo un tiempo importante. Venga, diez minutos —repitió Álex, y en ese momento se detuvo, esperó un segundo y retrocedió hacia Mario—. Espera, tengo una idea.

El compañero de la científica no dijo nada, solo se incrementó el nivel de preocupación en su rostro.

—En cuanto llegues, tienes que desmontar todas las carpas y paralizar toda la búsqueda hasta que llegue yo —dijo con una sonrisa pícara.

Mario meneó la cabeza.

—¿Qué me dices? ¿Qué mosca te ha picado?

—Confía en mí, en cuanto llegue, te lo explicaré. Tengo que pararme en otro sitio antes.

—¿Y Laura Bertrán? Está ella al cargo de la investigación en el pantano.

Álex sonrió.

—Ya no, confía en mí. Si te pone pegas, dile que me llame —dijo, y salió.

Bajó las escaleras saltando los escalones de dos en dos.

Entró en la sala de *briefing* otra vez. Montse seguía sentada en la mesa, esperándolo.

—Bien, vamos a ver a nuestros candidatos —propuso Álex mientras se sentaba al lado de la agente—. Espera, esa pila no era tan alta —dijo, indicando el montón de folios que tenía delante.

—He han dado más, unos cuantos más. Fui a buscar un café para ti y uno para mí. Luego pasé a ver cómo iban las llamadas y estas seguían. Unos treinta candidatos más para ir al pantano.

Álex se pasó la mano por la frente, revolviéndose los rizos. Luego cogió un café.

—Gracias —dijo, levantándolo hacia la chica.

—¿Cómo hacemos la selección?

—Dame unos cuantos. Empezamos por la gente más cercana del pantano, que no les cueste mucho dinero desplazarse y que sean lo más jóvenes posibles porque estarán muchas horas de pie.

—OK.

—Seleccionamos treinta...

—¿No eran veinte?

—Sí, veinte, pero seleccionamos treinta. Veinte activos y diez de repuesto. Los llamas y les dices que están en espera por si fallan los seleccionados —dijo Álex, y dio otro sorbo al café mientras la agente asentía al mismo tiempo que apuntaba lo que tenía que hacer—. Después los repasamos uno por uno con la base de datos de delincuentes. Si tienen antecedentes, los descartamos, ¿te parece? —dijo Álex, y ella asintió.

Comenzaron a dividir a los voluntarios. En el formulario que habían preparado había varias secciones. Nombre, apellidos, número de DNI, motivo por el cual tenían un detector de metales, dónde vivían, a qué se dedicaban y disponibilidad.

Hicieron dos montones, en un radio de treinta kilómetros y más lejos. En el primer grupo solo había dos personas. La mayor parte de los ciudadanos con detector de metales vivían en zonas de playa.

Al final, seleccionaron un grupo y Montse comprobó los antecedentes con el encargo posterior de llamarlos y de convocarlos al pantano de Sau.

Salieron de la puerta del *briefing* y Álex se dirigió hacia su escritorio.

Karla estaba en su mesa, al lado de la del sargento. Este cogió las llaves del Altea camuflado y se acercó a la compañera.

—No me digas nada —espetó ella.

—¿Por qué?

—Estoy cabreada contigo.

—¿Y por qué estás cabreada?

—¿Eso me preguntas? —respondió ella—. ¿Me dejas aquí en la oficina como una secretaria y me preguntas por qué estoy cabreada?

—Es mejor que descanses. Creo que deberías cuidar de tu bebé y no ir a ese desierto de barro —dijo Álex—. Creo que es mejor así, ¿sabes?

—Es la excusa más barata que he escuchado salir de esa boca.

—Es verdad. Creo que es mejor que te quedes en la comisaría y es muy importante que descubras qué representa ese símbolo —dijo, se acercó y le acarició el rostro.

Karla enseguida se apartó, pero, al insistir Álex, dejó que la tocara.

—Mañana veremos, pero hoy seguro que volveré muy tarde.

—Me da igual —ladró de vuelta.

Álex se acercó a la oreja y le susurró:

—¿Sabes que estás muy sexi cuando te enfadas?

Ella se quedó un instante en silencio, pensando en lo que le acababa de decir Álex.

—¡Vete al cuerno! —respondió mientras lo empujaba.

—Lo digo en serio —insistió Álex.

—Sal de mi vista, mentiroso.

—Me voy porque me tengo que ir, pero no porque me lo digas tú, ¿me has entendido? —replicó Álex, y se dio la vuelta.

Bajó las escaleras hasta el parquin. Arrancó el Altea. La furgoneta de la científica de Mario ya no estaba, le llevaba un rato. Se fue hacia el pantano, pero antes tenía que desviarse a buscar una cosa; se le había ocurrido una idea.

Eran las tres de la tarde pasadas. La tarde en los Pirineos era fresca. La brisa movía el pelo de la criminóloga y el de la periodista.

Desde la cámara, parecía que estaban solas en un campo verde, caminando hacia una casa, pero no era así, las seguía mucha gente. La plataforma de *streaming* para grabar un episodio de Néstor en la casa de los horrores había movilizado a más de una treintena de personas.

Caminaban todos detrás, grabando y sin perder ni un detalle de la entrevista.

La escritora superventas hablaba con la periodista.

Parecía más una charla entre amigas que algo profesional y organizado.

Pero, colado entre el reparto, las acompañaba el rastro de almas que había dejado Néstor en esa casa.

—Era de noche. Acababa de llegar de trabajar y la nani se había marchado. Estaba sola en casa con mi hijo Christian y nos fuimos a la cocina para preparar la cena. Lo dejé en la cuna y... luego se hizo todo negro —dijo Ana Cortés, y se arregló el pelo, que le bailaba al son del viento—. Me desperté aquí.

—¿No recuerdas nada más? —preguntó Valeria Eriksson.

—No, me desperté allí dentro.

Las dos mujeres se fueron acercando, seguidas por el equipo, caminando por el césped hasta que este se acabó.

—Bien, Ana, en otro momento te preguntaré por Néstor. Pero ahora quiero que nos centremos en lo que sucedió en esta casa, que bautizaron como La Casa de los Horrores de Puigcerdà.

Ana asintió.

—Bien, aquí hay algo importante, ¿verdad? —preguntó la periodista, indicando el suelo.

—Sí, aquí hay un agujero enorme en el que estaba yo metida. Néstor me enterró ahí durante más de un día a la merced del destino.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que si llegaba Álex o alguien de la policía, me salvaría, pero si no... —dijo, y se calló.

—Te habrías muerto.

—Sí, exacto.

—Además, estaba lloviendo a cántaros ese día, si no te hubieran encontrado, te habrías muerto ahogada porque eso es un viejo aljibe.

—Sí, y encima, por si fuera poco, había dejado un viejo tractor encima para camuflarlo.

La periodista, con las dos cejas enarcadas, empatizando con la mujer, siguió con el guion.

—¿Qué sentiste allí dentro?

—Miedo, solo miedo, y ganas de salir a abrazar otra vez a mi hijo.

—¿A tu marido no?

Ana cambió de expresión.

—No, a mi marido no. Bueno, en aquel instante sí, pero luego me enteré de que en lugar de estar en casa protegiendo a su familia, Alberto estaba con su amante.

—Bueno, más adelante hablaremos de él. Si te parece, nos quedamos aquí en la casa y continuamos.

Ana asintió y siguió a la periodista. Entraron por la puerta principal, que aún estaba sellada por una cinta policial.

—Este es el acceso, Ana, ¿te acuerdas de haber entrado en este lugar? ¿Te acuerdas de este espacio?

—No, solo lo vi después. Ahora no me acuerdo de nada. No tengo este recuerdo en la mente —dijo mientras se giraba por ese espacio.

—De acuerdo, Ana, entonces, podemos ir abajo por las escaleras —dijo la periodista, y fue bajando por los escalones que estaban pegados a la pared del garaje.

Ana, al poner un pie en ese espacio, se detuvo. Los recuerdos afloraron de golpe.

—¿Estás bien?

—Sí, solo es que no había venido desde... ya sabes.

—Claro, si necesitas un momento, me lo dices y...

La criminóloga negó y tragó saliva.

—Seguimos.

Las dos mujeres continuaron hasta el final de los escalones.

—¿Nos explicas un poco? —dijo la periodista, indicando los artilugios que había en esa estancia.

—Néstor es un psicópata, no cabe duda.

—¿Estás segura?

—Segurísima.

—Bien, sigue, por favor.

—Como tal, es muy inteligente. Los cuerpos congelados, duros, los sujetaba con esta máquina que originariamente era un elevador de motores de coches —dijo mientras señalaba la estructura de metal rojo en forma de triángulo—. Luego los apoyaba en la sierra eléctrica para cortar madera y los cortaba como si fueran mantequilla.

—Interesante. ¿Esto es algún patrón que se repite en otros asesinos en serie?

—¿Cuál?

—Esta técnica.

—No, cada cual tiene las suyas. Hay quien les pone una bolsa en la cabeza para no verles la cara y viceversa, para que no lo vean a él. Otros los desmiembran con otros utensilios. Unos se los comen. Otros, en cambio, se ponen la ropa de la víctimas, se hacen fotos con ellas. Luego las violan. En fin, cada asesino tiene su pasado y su *modus operandi* y... —dijo mientras inspiraba y se tapaba la boca con la mano.

Hubo unos segundos de silencio.

—¿Estás bien? ¿Qué te pasa, Ana? —preguntó la periodista, y miró a su alrededor. Ese silencio la había incomodado, casi asustado.

—Acabo de recordar algo, Valeria —confesó Ana, asustada.

—¿Quieres... compartirlo?

Ana tragó saliva.

—Mi mente lo había borrado, venir aquí me lo ha despertado.

—¿Y qué es?

Entonces Ana miró hacia la cámara de congelación donde Néstor guardaba los cadáveres. Se acercó y se giró.

—Yo estaba allí. En un colchón en el suelo. Luego...

—¿Qué más, Ana?, ¿qué pasó después? —dijo la periodista con un tono de psicoanalista.

—Gritos.

—¿Gritos de quién?

—De una mujer.

—¿Qué mujer?

—No sé, pedía auxilio.

—Cómo era.

—Rubia.

—¿Qué más?

—Ojos azules.

La periodista se calló unos instantes.

—Puede que sea...

—Sí, era ella. La estaba matando y yo estaba allí, sedada. Es verdad, no me acordaba. Era Mary. Mary pedía ayuda y yo no la escuchaba.

—Estabas narcotizada.

—Ya, pero pedía ayuda.

—¿Y luego?

—Y luego silencio, se calló, y entonces...

—Entonces murió.

—Sí, la mató a ella también.

En el espacio se quedaron en silencio. Ana bajó la cabeza con las cejas enarcadas y con la tristeza en el cuerpo y en el rostro. Eso no le había gustado, revivirlo y descubrir ese detalle borrado.

Ana se preguntó por qué se había acordado de eso justo en ese momento.

Fue una pregunta que seguramente la atormentaría por mucho tiempo.

Pero la serie tenía que continuar y con ella, las grabaciones.

—¿Puedes?

Ana asintió.

—¿Qué piensas de Néstor Luna?

Ana afinó los ojos y apretó las mandíbulas.

—Que es un hijo de perra y merece pudrirse en la cárcel.

Iván levantó la cabeza. Del edificio de siete plantas que tenía delante salía olor a cebolla refrita y tomate. La ropa volteaba, colgada de las ventanas.

Era un edificio gris, como las esperanzas de una zona azotada por los problemas de un barrio marginal.

Por la calle pasaban motos con tubos de escape rotos o modificados.

—¿Cómo pueden pasar la ITV esas motos? —preguntó Baldiri.

Iván esperó a que el ruido se perdiera detrás de otro edificio.

—Dudo que esa moto la tenga pasada y que tenga seguro —dijo, y cruzó la calle.

El portón de hierro y cristal opaco cerraban el edificio modesto. Se acercaron al portero automático. Veintiún botones con nombres desteñidos por el tiempo o salpicados por la lluvia.

—¿Cómo se llamaba? ¿Blanco? —preguntó Baldiri.

—Sí, Mercedes Blanco. Número 45, puerta 2 C —dijo Iván, mirando el papel.

El compañero observó la consola y encontró el timbre. Apretó y la señora contestó. Al identificarse, los dejó pasar.

Subieron los dos pisos caminando por la escalera estrecha. Iván olió en la primera planta un aroma a ajo que difería mucho del olor a tomate que salía de alguna ventana de la calle.

El rellano de la segunda planta era tan pequeño que un seiscientos de la época no hubiera aparcado en ese espacio.

Miraron las puertas y tocaron en la c.

La puerta se abrió enseguida. Se quedó abierta solo una fisura de un par de dedos. Una cadena la sujetaba por dentro.

—Señora, somos *mossos*, venimos por ...

—¿Lleváis placa? —preguntó la mujer.

—Claro —dijo Iván.

Sacó la suya y se la enseñó.

—Más cerca —espetó la señora.

Iván obedeció.

—¿Y él? —dijo de Baldiri.

—Claro —repitió Iván, dándole un codazo.

Baldiri sacó la suya y la enseñó.

Entonces la señora gruñó y abrió del todo.

—Entrad y cerrad. Esa mierda de vecinos han robado hasta el felpudo —espetó la señora mientras ya se dirigía hacia el interior.

Los dos *mossos* obedecieron. La señora fue cojeando hasta el sofá y, sujeta a su bastón, se sentó.

Iván avanzó lentamente, curioso y analítico. El minúsculo piso le llamó la atención por el popurrí de objetos que tenía. Desde una colección de muñecas de porcelana y abanicos en la pared a centenares de figuritas variadas de todo tipo.

En el ambiente reinaba un aroma vetusto y a polvo. Por la ventana que daba a la calle, entraban unos rayos de sol que cruzaban primero una cortina de color vainilla, fruto de haber pasado tantas veces por la lavadora.

—Llegáis a ser la Guardia Civil y no os abro —dijo, y apagó la televisión usando el mando a distancia—. Sentaos —ordenó a los policías.

Baldiri lo hizo primero con una cierta velocidad, despreocupado y, al apoyar su cuerpo en el sofá, una nube de polvo se levantó.

Al verlo, Iván lo hizo con más cuidado, evitando empeorar la situación.

—¿Por qué, señora Blanco, qué pasa con nuestros compañeros de la Guardia Civil?

—Son todos unos corruptos.

Los dos *mossos* se miraron a la cara.

—Perdone, pero discrepo —replicó Iván—. Nuestros compañeros de la Guardia Civil son honrados como cualquier cuerpo hasta probar lo contrario.

—¿Tú has estado en la Guardia Civil?

—No —respondió Iván.

—Entonces, ¿qué mierda me dices? —dijo la señora, cabreada—. Qué vas a saber tú, que eres un pipiolo.

—Pipio... ¿qué? —preguntó Baldiri.

La mujer se tapó la cara. Sus manos eran como una ciruela deshidratada, la piel estaba arrugada por la acción del tiempo y del trabajo que tenía que haber soportado.

—¡No sé por qué os he llamado! —susurró.

—Señora Blanco, ¿por qué nos ha llamado?

—Viuda Blanco —puntualizó.

Podía rozar los ochenta años y vestía con un batín a pesar del calor que hacía en ese piso cerrado en el que no entraba ni un poco de aire.

Iván miró los papeles.

—Aquí usted no aparece como viuda.

—Porque mi marido, oficialmente, se ha escapado a Brasil. Así dicen.

—Entiendo que no es así, ¿verdad?

—No. Mi marido era un honrado delincuente. Pero nunca me faltó el respeto y nunca..., ¿me oyes?, nunca se habría escapado a Brasil sin mí —dijo, y se giró hacia una mesita que tenía un vaso de agua y un abanico cerrado, y sobre la que había una foto en blanco y negro—. Nunca se habría ido sin mí mi querido Alfonso.

—¿Alfonso Blanco?

—Sí. Mi Alfonso me lo han matado. Lo quisieron matar porque no querían que hablara.

—¿Qué le hace pensar que lo han matado?

—Porque nunca se habría escapado ni se habría ido sin decirme nada. Y luego, ¿con qué dinero? —dijo, y sonrió—. Era un buen hombre en el fondo, pero se metía en más líos de los que podía salir. Le gustaba la vida y el juego.

—¿Y las mujeres?

—Sexo, drogas y *rock and roll*. Así dijeron los policías que vinieron a hacer el paripé a las semanas de desaparecer.

—¿Paripé?

—Cuando denuncié la desaparición de mi marido, vinieron los de la Guardia Civil para hacerme creer que era un bala perdida mi marido y que creían que se había fugado. En definitiva, desestimaron el caso. Pero mi pobre Alfonso nunca volvió ni dio señales de vida.

—¡Y no se había fugado! —dijo Iván, sin cuestionar, solo anotaba—. ¿En qué año fue, señora?

—En el 1979.

—Ya. ¿Cuántos años tenía usted?

—Yo tenía unos treinta y tantos años, joven. Llevaba con Alfonso desde los trece. Nos conocimos en la calle. En la época no íbamos al colegio. La gente se conocía en la calle, jugando

o porque tus padres eran amigos. No había nada de discotecas o tonterías de ahora —dijo la señora, mirando al policía, que iba apuntando.

—Bueno, ¿y qué pasó en los días, semanas o meses antes?, ¿qué pudo pasar para que a Alfonso lo hubiesen hecho desaparecer?

Ella se lo pensó un instante.

—Llevo años, no, ¿qué digo?, décadas preguntándomelo. He llegado a la conclusión de que fue cuando fue a la cárcel por última vez. Cuando salió, me dijo que había conocido a un tipo en la trena. Un tipo que había hecho cosas malas. En los días siguientes, mi Alfonso fue diferente —dijo la señora con un tono cambiado, más temeroso, más introspectivo y no tan enfadada con la vida.

Álex consideraba que Montse era una de las más eficientes del grupo de investigación.

No hacía falta decirlo. Todas las tareas de investigación y coordinación interna en la comisaría se las encargaban a ella.

Entre las manos, sentada en su escritorio, tenía la carpeta de la forense Guevara.

Fotos, informes, consideraciones y el resto del material que la mujer había preparado para los dos policías.

Entre ello, las maletas. Una vez que había acabado de listar a los voluntarios del detector de metales, pasó al siguiente punto.

Dos de vieja cuña y una moderna. Los dos modelos no tenían ninguna coherencia, ningún parecido. Un huevo y una castaña.

La mujer comenzó a buscar por las más viejas. Metió la foto en Google. Era una simple maleta sin nombre, sin marca, sin ningún tipo de referencia. La típica que había visto en los desvanes y largometrajes de la época cuando un campesino se mudaba a la ciudad e iba con una maleta como esa y una pequeña jaula con una gallina.

Hizo averiguaciones sobre el material. El asesino había procurado que esa maleta no fuera solo de cartón. Si así hubiese sido, a los pocos años se habría desintegrado y liberado su macabro contenido.

En cambio, dentro de la tecnología que se podía disponer en los años setenta, fue astuto. No empleó una maleta de material simple, sino combinado.

Montse hizo llamadas a expertos y a comercios de objetos *vintage*. De gama intermedia, ni solo de cuero ni solo de cartón. Eran de cartón duro cubierto con una capa de vinilo y tela. Eso le confería un refuerzo que, a la larga, hizo que aguantara su contenido.

Sin embargo, la sorpresa vino con la maleta moderna.

Tecnología de finales del 2010. Marca Samsonite. Plateada, de plástico ABS, con forro interno y cerradura con combinación. Nada que ver con lo anterior.

Pero el asesino esa vez cometió un error, uno tremendo, uno que podía ser fatal.

Una de las fotos que la forense había realizado llevaba una etiqueta. En el interior de la maleta rígida había un forro que separaba la estructura del contenido. Para acceder a ese espacio, una cremallera la partía en dos. Dentro había una sorpresa.

La foto enseñaba una etiqueta con un premio: el código y la referencia de producción de esa maleta.

Un número de serie.

Eso era como tener un coche calcinado y recurrir al número del chasis. Pero con la diferencia de que en tráfico no hay un registro de quién compra una simple maleta.

Lo que sí podía hacer era averiguar dónde se había vendido.

No se lo pensó dos veces. Agarró el teléfono y llamó a la central de Madrid.

Desde Italia, el departamento de Samsonite de números de serie, por desgracia, no era la primera vez que recibían llamadas así. En el mundo, la gente corta y transporta cadáveres más a menudo de lo que uno se piensa. Probablemente por eso, la marca tenía un departamento de registro.

Comenzaron a buscarlo.

No necesitaron ni orden judicial ni otros permisos, era gente que iba al grano.

Al cabo de unos minutos, la maleta que se había encontrado en el fondo del pantano en la iglesia había tenido la siguiente historia: había pasado por El Corte Inglés y se había vendido en la tienda del centro comercial en Barcelona, en Diagonal. Todo cuadraba.

El problema era que llevaba cinco años vendida y, en consecuencia, las cámaras y el registro de factura ya no se podían rastrear.

Montse pensó que con esa distancia de años, el asesino podía haberla comprado en una aplicación o tienda de segunda mano.

La información era importante, pero no sustancial.

Tenía que seguir buscando.

Redactó un mensaje de texto para Álex y se lo mandó.

Álex se acordó de un lugar antes de llegar al pantano, en el que quiso detenerse.

Se le encendió una idea genial justo cuando estaba hablando con Mario. Habían encontrado los detectores de metal y a los voluntarios. Tenían todo el plan montado menos una cosa: ¿cómo organizar un maremágnum parecido?

Entonces, justo cuando estaban hablando, le vino una imagen, una secuencia de recuerdos.

Cuando era niño, su abuelo se lo llevaba a todas partes. Un verano, aburrido en casa, lo acompañó a un partido de tenis. Estuvo jugando con la arena roja en un lado de la cancha. La ropa blanca con la que salió regresó tintada de una tonalidad rojiza. Su madre se enfadó, pero eso fue lo de menos. Cuando estuvo en la pista, antes de que comenzaran a jugar, el abuelo pasó con una máquina de yeso. La rueda avanzaba y dejaba una línea blanca en la tierra.

Esa imagen se le presentó y tuvo la idea de cómo organizar una búsqueda masiva y rápida.

Aparcó el Altea en el club de tenis. Cuando entró en las instalaciones, los sordos golpes de las raquetas a las bolas lo transportaron al pasado cuando, después de ese episodio, su abuelo lo adentró en el deporte. Nunca fue un buen jugador, ya que solo acudía a los campamentos de verano, sin mayor interés.

Abrió la puerta y con rápidas y decididas zancadas llegó a la recepción.

—Hola —dijo la joven y guapa recepcionista al ver a Álex arreglarse el pelo—. ¿Quiere inscribirse?

Álex sonrió.

—Necesito vuestra máquina de líneas.

La mujer cambió de expresión.

—¿Perdón? —espetó.

—Digo que... —dijo, y se detuvo, luego apartó su cazadora de piel y enseñó la placa— necesito vuestra máquina unas horas. Es de suma importancia.

La mujer no acababa de entender.

—Soy de los Mossos d'Esquadra y estamos en el pantano en una operación delicada; necesitaría...

—¿Está usted con ese rollo de los cadáveres? —dijo la chica, acercándose al mostrador y apoyando los codos en él—. ¡Qué interesante!

—No es interesante, señorita, es urgente —respondió, tajante, Álex—. ¿Me puede ayudar? Ella sonrió pícara.

—Claro, ¿qué necesita?

—La máquina y un saco de yeso.

La chica miró a su alrededor y sacó la radio.

—Juan, ven a recepción, tienes que sustituirme —dijo, y miró a Álex—. Sígueme.

La chica cogió unas llaves y abrió camino. Bajaron unas escaleras, al final, encendió la luz.

—¿Juegas a tenis? —preguntó Álex, siguiendo a la chica sin quitar la mirada de la faldita que escondía un trasero respingón que ella meneaba a posta.

—Soy la hija del director de este chiringuito. ¿Por? —dijo, mirándolo de soslayo—. ¿Tú juegas?

—De pequeño, pero era muy malo.

La mujer se detuvo en la puerta, introdujo la llave y abrió el espacio.

—Aquí está. Es algo que ya no se usa. Ahora están impresas en la pista o se usan tiras de nailon —explicó, y cerró la puerta.

Álex, que había dado un paso al interior de ese almacén que parecía más un cementerio de los objetos rotos, se giró de golpe.

—¿Tienes prisa, agente?

Álex tragó saliva.

—¿Tienes que marcharte enseguida? —insistió la mujer, deshaciéndose la coleta de un finísimo pelo rubio y meneando la cabeza.

La mujer se aproximó a un palmo de la cara del policía mirándole los labios con su boca abierta. Sus labios carnosos esperaban a que él diese un paso y la leona del tenis se le echaría encima.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Álex a la chica, a quien podía rebasar quince años perfectamente.

—Lola.

—Muy apropiado.

—¿Qué quieres decir? —respondió la chica, y se acercó aún más.

—Que de pequeña tenías que ser la tremenda Lolita.

—¿Solo de pequeña?

—¡Ya! —replicó Álex, y tragó saliva—. ¿Sabes qué pasa..., Lola?

—¿Qué pasa? —repitió, y comenzó a recorrer con su yema los pectorales por encima de la camiseta que sobresalía de la chaqueta de cuero abierta.

—Que tengo mucha prisa.

—Será más rápido de lo que crees.

—No me gustan este tipo de acercamientos.

—A mí me chiflan —dijo, y se mordisqueó un labio.

—Te has equivocado de tío, lo siento.

Entonces la chica le abrió las solapas de la cazadora y él le detuvo las manos cogiéndola enérgicamente de las muñecas.

Se contuvo observando sus ojos claros.

—Necesito la máquina y te la devolveré dentro de unos días. Cuando llueva.

—Parece el título de una película —dijo ella sonriendo—. Me gustan traviesos. ¿Volverás tú mismo a devolver la máquina?

—Si es lo que quieres.

—Sí, pero con más tiempo.

—Eso no te lo puedo asegurar.

—Entonces no hay máquina... —respondió con el mismo tono de traviesa.

—Te la devolveré en perfecto estado.

—No, prefiero que me la devuelvas rota.

Álex arrugó el ceño.

—¿Rota? No, te la cuidaré.

—Prefiero rota, así tendré que castigarte y me deberás una noche de leones.

—¿Otro título de película? —dijo él sin reírse—. Te voy a soltar y me llevaré la máquina. Te la devolveré intacta, te lo aseguro.

—Qué soso eres, pensaba que eras más avisado con esos rizos y esos ojos verdes que me flipan.

Álex tragó saliva y la dejó. Acto seguido, cogió la máquina y un viejo saco de yeso que estaba al lado.

—Gracias —dijo mientras sostenía su botín.

Ella sonrió y, aprovechándose de la imposibilidad de defenderse, le dio un pico al mismo tiempo que le acariciaba los genitales.

—De nada —susurró, y salió del almacén.

* * *

Álex cerró el maletero. Luego giró la cabeza hacia el club de tenis y se pasó la lengua por los labios.

«Frambuesa —dijo en sus adentros—. Me encanta la frambuesa».

Arrancó el coche y acabó de recorrer los pocos kilómetros que faltaban hasta el pantano.

Cuando llegó, el lugar difería mucho de la última vez que había ido, es decir, unas horas antes.

Karla estaba en su escritorio.

Echaba de menos la acción, estar con Álex, protegerlo, mirarle la espalda, frenarlo y, a veces, incluso tirarle de las orejas.

Pero estaba sentada buscando el significado de un dibujo. Un logo, un símbolo que según Álex guardaba un secreto o un mensaje.

Karla miraba la foto con recelo. Algo le decía que era solo un acto de un loco que se había inventado un conjunto de circunferencias tan absurdas como raras.

Karla quería estar en el pantano, cavando y ayudando en pleno corazón de la acción, no allí, desterrada del centro de la investigación por un hijo que en el fondo de su corazón no quería tener con el hombre que lo había engendrado.

Unas semicircunferencias que se repetían alrededor de un círculo. En el medio, una serie de líneas que formaban un laberinto.

Comenzó a buscar por internet un experto en símbolos. En Barcelona había varios, pero el que tenía mejor reputación era un hombre de la Universidad Autónoma de Barcelona.

Llamó al número de la universidad.

La persona que contestó le dijo que el profesor solo recibía visitas concertadas y que ese día estaba de clase en clase. Según ella, era imposible que la atendiera. Luego le indicó un correo electrónico para que le enviara un *mail* y que, cuando tuviera tiempo, la llamaría.

Karla colgó.

Por un momento sintió su voz interna que decía que eso era lo normal. La gente está ocupada y atiende por agenda y por mensaje electrónico.

Resopló y abrió el programa de correo.

Luego se acomodó en la silla.

Detrás de la oreja escuchó una vocecita, como si Álex le estuviera hablando. Esa actitud de romper esquemas y pasarse lo convencional por el forro se le había contagiado.

Se negó a enviar un *mail* al profesor. Se negó a hacer lo establecido. La tormenta se acercaba y las víctimas estaban debajo del agua, olvidadas desde hacía demasiado tiempo. Álex la habría arrastrado fuera de ese despacho, y sería precisamente lo que haría.

Dejó el escritorio y cogió la carpeta.

Bajó al aparcamiento, cogió un coche camuflado del Cuerpo y condujo hasta el campus de Bellaterra, en Barcelona.

Aparcó el coche y, con un dolor de espalda que cada día se hacía más fuerte, salió.

Buscó el edificio de Psicología, Historia del Arte y de Humanidades. Luego, el aula del profesor Leopoldo Lafebre. Subió unas escaleras y entró en la sala donde estaba dando una clase de simbología.

Se sentó en las últimas sillas, en silencio, escuchando, y esperó a que acabara.

—La humanidad está llena de símbolos, como sabemos. Todas las civilizaciones, culturas, tribus urbanas y rurales tienen sus iconogramas. Todo es símbolo y comunicación. Sin la comunicación y los símbolos, no habría civilización y, en consecuencia, sentimiento de pertenencia —decía a lo lejos el profesor.

Karla escuchaba interesada. Recordaba sus clases en la academia y los años que había estado en las primeras filas. Aprendía y soportaba las pelotitas de papel de un molesto cadete de nombre Álex Cortés.

Las sillas del aula estaban ubicadas en forma de U alrededor de un escritorio y una pizarra. El hombre era alto y flaco; la camisa se le veía poco rellena. Llevaba el pelo recogido en una coleta y una americana de pana marrón, estilo profesor años setenta.

—Todos los líderes y las culturas tienen sus símbolos. Desde Hitler a los egipcios. Desde los *hippies* a los fieles de Apple. Desde Drácula hasta Buda. Todos. De forma transversal, las culturas lo tienen. Otra cosa es el contexto; la contextualización de la época y la temática determinan cómo se puede encajar con un significado u otro.

Entonces la campana sonó y los alumnos se levantaron.

—Quiero que estudiéis las páginas del capítulo ocho, desde la ciento treinta y dos a la ciento cincuenta y tres para la próxima clase —gritó para que lo escucharan.

En pocos segundos, seguramente más rápidos que en un aviso de incendio, todos desaparecieron.

Karla se quedó quieta viendo al profesor. Este metía libros en una mochila apoyada en la silla.

—¿Qué se le ha perdido? —dijo el hombre desde su cátedra.

Karla se giró y solo pudo confirmar que hablaba con ella, no había nadie más.

—Sí, con usted, ¿qué necesita? ¿Un autógrafo? —dijo, desganado—. Si es así, hable con la secretaria y pida hora —espetó, y continuó susurrando—. En este lugar no te puedes tirar un pedo si no pides hora a la secretaria.

Karla se levantó y se fue acercando.

—¿Es de alguna revista o algún blog de internet? Si es periodista o pseudoperiodista, también vale lo mismo, tiene que pedir hora.

—No hay tiempo.

Karla enseñó la placa.

—Vaya, la policía. ¿Me he pasado un semáforo en rojo, agente? —dijo con tono sarcástico, y se detuvo, apoyándose en la mesa—. Un momento, ¿para qué no hay tiempo?

Karla comprobó una vez más que estuvieran solos en la sala.

—Soy la cabo Ramírez de los Mossos d'Esquadra, del grupo de homicidios —dijo mientras guardaba la placa—. Necesito cinco minutos de su tiempo para enseñarle una cosa.

—Tiene un minuto, agente, tengo que entrar en... —dijo, y se miró el reloj subiéndose la larga manga de la americana.

Karla le enseñó el símbolo que tenía en la frente la primera víctima. No le dio la foto, no podía, tenía que ser precavida. Le alargó un dibujo hecho con bolígrafo, calcado en una hoja de papel blanca apoyada en el cristal de una ventana.

El profesor se lo aproximó como si acabara de recibir un boleto de la lotería o un mapa del tesoro.

—¿Dónde lo han encontrado? —dijo con los ojos salidos de las órbitas.

Leopoldo lo miraba con pasión.

Ese atisbo de júbilo fue el primero que demostró en los minutos que había estado en clase.

Se sentó y sacó de su mochila una lupa. Se inclinó sobre el dibujo. Lo miraba con recelo. A Karla le dio la impresión de que el hombre podía tener unos cincuenta años mal llevados y con una carrera vivida entre libros, clases y aventuras por el mundo descifrando símbolos en los reportes arqueológicos.

Después de unos instantes en silencio, observándolo con una lupa, el hombre levantó la vista.

Miró a la policía afinando los ojos y preguntó:

—¿Dónde han encontrado este símbolo?

La señora lo miraba fijamente.

Iván había apuntado lo que representaba, según él, el dato más importante de la conversación hasta ese momento.

Alfonso Blanco, poco antes de desaparecer, había pasado por la cárcel. Y más importante aún, cuando salió, había cambiado. La pregunta siguiente hubiera sido: ¿en qué había cambiado? Entre otras preguntas que también se le ocurrían a Iván.

—Señora Blanco —dijo Iván, y le dirigió la pregunta—. ¿Qué pasó, qué vio en su marido diferente cuando volvió de la cárcel?

—Ha pasado mucho tiempo, pero sí que me acuerdo que actuaba diferente. Ojos perdidos, pensando. Mirando las musarañas con cara de asustado. ¿Sabes cuando los hombres volvían de la Guerra Civil? Tenían sueños, recuerdos que los atormentaban. Pues así. Alfonso tenía las mismas cosas. Gritaba en sueños. Se quedaba en blanco...

—¿Un trauma de trastorno por estrés postraumático? —preguntó Iván.

—Esas palabras modernas..., no lo sé. Pero es lo que pasaba.

—Entiendo que le pasó algo en la cárcel que no le dijo nunca.

—No. Incluso creo que ni siquiera quiso confesárselo a sí mismo. Y le costaba recordarlo.

—¿Qué le pudo pasar? —preguntó Baldiri.

La mujer encogió los hombros.

—No lo sabremos nunca, pero luego desapareció.

—¿Después de cuántos días?

Ella lo pensó.

—Una semana, más o menos.

Iván lo apuntó y luego la miró con perplejidad.

—¿Qué hizo su marido para acabar en prisión?

—Nada.

Iván arrugó el ceño y miró a la señora con intensidad.

—Bueno..., pequeños hurtos, no sé, lo justo para comer. Éramos muy pobres.

—¿Y usted no trabajaba?

Ella suspiró.

—Yo limpiaba casas. No podía hacer mucho más, ¿no crees?

Iván no contestó.

—¿Recuerda quién lo metió en la cárcel, el caso o algún dato más? —preguntó Iván.

Ella negó.

—Y el compañero de celda, ¿lo recuerda?

—Nunca lo dijo. ¡Sois policías, os tenéis que ocupar vosotros! ¿No crees?

—Sí, claro, señora. Una última pregunta —dijo Iván, mirando sus apuntes—. ¿En qué cárcel estuvo Alfonso?

—En La Modelo.

—¿En La Modelo? —repitió Iván, y se giró hacia Baldiri—. La Modelo está cerrada.

—¿Y qué pasa con eso?

—Pues que será más complicado encontrar los archivos.

—Espabilad. Si en su momento se hubiera hecho el trabajo, ahora no estaríamos aquí —ladró la mujer.

—Una última cosa, señora, ¿nos dejaría una foto o si lo conserva, un cepillo de pelo de su Alfonso?

La mujer se levantó.

—Esperadme aquí —espetó, y se fue a otra estancia.

Desapareció cojeando. De la puerta entornada se podía ver el dormitorio, decorado con el mismo estilo que el resto del piso.

Cuando volvió, Iván apartó la vista rápidamente.

—Aquí lo tienes. Me imaginaba que me lo ibas a preguntar. Prométeme por lo menos que lo trataréis bien y me lo devolveréis —dijo, indicando lo que le estaba dando.

Iván abrió la mano y la señora apoyó un cepillo de dientes, un peine y una foto de ambos el día de su boda.

—Se lo devolveré en persona —respondió Iván—. Ahora nos tenemos que marchar, tenemos mucho trabajo. Gracias por su colaboración.

Entonces los dos policías se levantaron y se fueron hacia la puerta.

—Oye... —dijo la mujer antes de que salieran, y los dos policías se giraron—. ¿Crees que mi Alfonso es uno de los muertos del pantano?

—Lo veremos, señora, le aseguro que, si es uno de ellos, será una de las primeras en saberlo —dijo Iván—. Se lo aseguro.

Cerraron la puerta del piso y bajaron las escaleras. En cuanto estuvieron en la calle, Iván llamó a Montse.

—¿Qué tal ha ido la visita? —preguntó ella.

—Bien, tenemos una pista —respondió Iván, caminando hacia el coche—. ¿Tenemos alguna pista más?

—No, por ahora, nadie más ha llamado —respondió Montse—. ¿Qué pista tenéis?

—Tenemos que averiguar a quién tuvo de compañero de celda en La Modelo y quién metió en la cárcel a su marido.

—Pues suerte, chicos, porque La Modelo hace varios años que está cerrada.

—Ya, eso es lo complicado —dijo Iván delante del coche camuflado—. Te voy contando. Adiós.

Y entraron en el coche hacia su nuevo destino.

¿Cómo podía haber cambiado tanto ese lugar en tan poco tiempo?

El coche pasó en medio de la muchedumbre de curiosos. En los laterales de la carretera de acceso al pantano, había furgonetas de la televisión mezcladas con coches particulares, autocaravanas y quioscos de comida ambulantes.

La gente iba y venía, apartándose por la llegada del sargento que no reconocían. Personas con cámaras de fotos al cuello. Personas vestidas con ropa militar y chalecos reflectantes. Motoristas, curiosos.

Se había convertido en una atracción de feria a cielo abierto.

Personas que caminaban en dirección al pantano con su detector de metales. El circo del pantano había congregado a gente de todo tipo, pero, sobre todo, curiosos y ambulantes que querían sacar tajada de la situación.

En el puesto de bloque, donde la policía detenía el tráfico, Mario había puesto un furgón de atestados para controlar con una lista a las personas que habían llamado y que Montse y Álex habían seleccionado.

En ese punto, las identificaban y las hacían pasar.

Álex bajó la ventanilla y enseñó la placa.

—¿Cuánto hace de esto? —dijo al agente de la policía local que colaboraba.

Este se giró a ver el panorama.

—Yo calculo que una hora después de su rueda de prensa.

—Menudo circo se ha montado.

—Y no paran de llegar...

—¿Puedo pasar?

—Claro, sargento, pase —dijo, y levantó la cinta.

Álex recorrió la calle que ya llegaba hacia el pantano casi desaparecido.

Al final de la carretera asfaltada, había un grupito de gente. Al acercarse, vio que eran los voluntarios con su detector de metales cada uno, bajo un sol del mediodía que apretaba.

Aparcó y levantó la vista; en el cielo no había ni una sola nube, esa era una buena señal.

En cuanto lo vieron, Mario fue al coche.

—¿Dónde demonios te habías metido? ¿Has visto la que has organizado? —espetó el *mosso* de la científica.

—¿Quién se lo hubiera imaginado? —respondió mientras miraba hacia la salida.

—Sí, mira allí y allí... —dijo Mario hacia los miradores que daban al embalse artificial.

A lo lejos, se podía ver a simple vista una masa de gente de varios colores, como si fuera una foto pixelada o de poca definición y todos fueran una mancha de puntitos de diferentes colores.

—Mario, esto es perfecto —dijo Álex, dándole una palmada—. ¿Has empezado a grabar?

—Sí, mis chicos están en ello.

Álex se quedó un instante en silencio a mirar la escena.

—Allí, me apuesto lo que quieras a que vendrá nuestro protagonista.

—Ojalá tengas razón.

—Venga, ayúdame con esto —dijo Álex, ya abriendo el maletero.

—¿Qué demonio es esto?

—Ahora te lo explico.

Mientras bajaban el artilugio del club de tenis, apareció la sargento Laura Bertrán.

—Sargento Cortés, ¿ha visto lo que ha conseguido? —ladró la mujer—. Como pase algo, será responsable directo.

Álex, una vez cerrado el maletero, se giró hacia la mujer.

—No me hace falta un incordio más en mi vida, se lo aseguro. Ya tengo que soportar a mi jefe, que es más pesado que usted y con más rango. Así que, si no tiene ganas colaborar, mire, lo mejor que puede hacer es marcharse y dejarnos trabajar, porque tenemos mucho que hacer y poco tiempo.

La mujer se quedó callada y la coloración de su cara fue cambiando, incrementando en intensidad por segundos.

Álex dejó atrás a la mujer y llegó hasta el inicio de la tierra árida.

La inmensidad de lo que tenían delante era espeluznante. La distancia de la orilla hasta la iglesia podía ser medio kilómetro hacia dentro. La colina bajaba en una suave pendiente. Al fondo, la iglesia estaba erguida, esperando a que los hombres empezaran con el plan que habían maquinado.

El día anterior, carpas blancas desperdigadas sin orden sobresalían del panorama casi lunar.

El aire llevaba tierra y arena consigo, como en los desiertos de Medio Oriente.

El sol no perdonaba, los rayos calentaban sus rizos.

En ese momento se preguntó si lo que estaba haciendo estaba bien. Si, como en otras ocasiones, se había dejado llevar por sus impulsos latinos y pasionales.

¿Podía tener razón el famoso meteorólogo?

¿Podía comenzar en pocas horas o días el temporal que cerraba por ese año tanta sequía en la región?

Confió en sus instintos y siguió caminando hacia la orilla.

—Es un carro trazalíneas —dijo Mario.

Álex lo apuntó con el dedo.

—Exacto, yo ya no sabía ni cómo se llamaba.

—Esto es una reliquia.

—OK, Mario, este es el plan —dijo, y Laura se acercó para escucharlo—. Coge a uno de tus hombres y que comience a dividir toda esta área en cuadrículas de unos veinte metros por veinte. Luego cogemos una hoja y apuntamos los cuadrados. ¿Has traído las bombonas?

—Allí las tienes —dijo, indicando una saca llena.

—Bien, hacemos turnos de seis horas y que cada grupo de dos personas tenga un número. El primer recuadro, el A1; luego, el A2; así sucesivamente hasta cubrir y asignar toda esta superficie.

Mario se giró para ver la extensión y se quedó en silencio.

—¿Te das cuenta?

—No te lías, Mario, si lo piensas, no arrancamos. Tenemos que comenzar, venga.

La mujer se quedó mirando.

—¿Y yo qué hago?

—Lo que ya está haciendo, ayúdenos a coordinar los turnos y a escribir las celdas. Necesitamos rapidez y efectividad, ¿sí? —dijo Álex mientras la mujer asentía—. Venga, vamos.

Mario y Laura empezaron a coordinar a los agentes que dividirían la superficie, luego la asignación y todo el resto.

Mientras estaban organizando, Álex se alejó. Caminó hasta la iglesia de Sant Romá de Sau. Un esqueleto de color del mismo barro. Del mismo tono cromático, como si de la tierra hubiera salido esculpida. Como si un niño se hubiese dedicado a jugar y lo hubiese construido con arcilla y arena.

A Álex, ese estilo le recordaba el románico. No estaba seguro, porque hacía años que lo había estudiado en el instituto.

Se acercó a la iglesia. Estaba compuesta por una sola nave y un campanario que estaba apoyado sobre ella, tocándose. Resguardados por el frío del tiempo y de las aguas.

Pensar que eso estaría debajo de millones de litros de agua era imponente, casi tuvo vértigo.

Una placa en una cadena indicaba a los curiosos que no entraran. Claramente, aquello distanciaba mucho de ser un lugar seguro.

Otra placa, esta de la Generalitat de Catalunya, pegada al muro, indicaba que en el 1999 se habían realizado trabajos para sujetar la estructura y que perduraría allí por muchos años más.

Al horizonte, el plan de Álex cobraba forma y cada vez más sentido. Ya era demasiado tarde para echarse atrás, eso arrancaba y lo hacía a toda velocidad.

Su concentración fue interrumpida por un mensaje; era Montse, lo informaba de las maletas. La búsqueda que había realizado la agente no les llevaba muy lejos, aparentemente. Pero eso solo el tiempo lo diría.

Álex contestó que siguiera buscando. Que a pesar de parecer un callejón sin salida, necesitaban seguir tirando del hilo. Las maletas podían ser un punto importante.



A la pregunta del profesor universitario, Karla se sorprendió.

Se tomó un momento para pensarlo. Se quedó mirando los ojos del hombre, pequeños y ayudados a enfocar con unas pequeñas lentes redondas. Unas gafas de montura fina, casi minimalista.

Estuvo dudando en la interpretación de esa pregunta: mentir o decir la verdad.

El factor tiempo no estaba de su lado. Podía equivocarse, eso estaba claro.

La existencia de ese símbolo lo sabían pocas personas y desvelarlo a alguien externo al núcleo duro de la policía podía abrir un abanico de posibilidades; la menos problemática: que acabara en los periódicos.

Al final, tomó la decisión.

Karla suspiró y sacó la foto de la forense, sin dársela aún.

—¿No tenía pocos minutos?

El profesor se aclaró la voz.

—Tengo clase en otra aula, pero son unos vagos, una clase menos no les supondrá nada —dijo, y alargó la mano para que le diera la foto y saciar su sed de curiosidad—. Por favor...

—Es confidencial. Me tiene que prometer que no va a salir de aquí y no puede usted hablar con nadie de esto —dijo Karla con un tono tajante—. ¿Está claro?

El hombre asintió.

—Me lo tiene que jurar.

—Claro que sí, puede confiar en mí —dijo el hombre.

Entonces se la acercó. La foto era de la mujer mutilada metida en la maleta moderna. Se encontraba recompuesta en la mesa de la morgue. En la frente, ese tatuaje grabado a fuego en un fondo de piel de una tonalidad grisácea.

El profesor la cogió con suma delicadeza. La apoyó en la mesa y enseguida fue a verla con una lupa.

—Fascinante...

Karla arrugó las cejas.

—¿Cómo dice?

—Esto es fascinante. Es un símbolo nuevo, nunca lo había visto, y le aseguro que he visto muchos.

Karla dio un manotazo en la mesa.

El profesor se asustó y casi saltó de su sillón. Al segundo de haberlo hecho, Karla se arrepintió. Había hecho lo mismo que le recriminaba a Álex.

—Perdón. Pero de fascinante no tiene nada esto... —dijo, indicando la foto—. Ha muerto una mujer, ¿no lo ve? Y puede que mueran más por culpa de este asesino que ha dibujado este maldito... símbolo en la piel de la chica —espetó, y se quedó un segundo mirando al profesor—. Por favor, hable con más respeto.

El hombre no pidió disculpas, solo arrugó las cejas y volvió a mirarlo con la lupa, con la misma atención y avidez para poder interpretarlo.

—Un laberinto. Y estos semicírculos que sobresalen... —dijo Leopoldo con perplejidad.

—¿Qué puede ser?

El profesor, sin levantar la cabeza, soltó un gruñido y luego suspiró.

—Es difícil saber qué quiere decir.

—Sí, pero el asesino quiere darnos un mensaje, ¿no?

—Es muy probable, sí.

—¿Y qué quiere decir?

—¿Dónde lo habéis encontrado?

Karla no contestó. Entonces el profesor levantó la mirada.

—Si no me lo dice todo, no podré ayudarla.

—Este es el primer cadáver del pantano.

El hombre arrugó las cejas canosas.

—¿El pantano de Sau? ¿Los de las maletas?

—Sí.

—¿Qué más me tiene que decir?

—Nada más importante, solo esto. Este cuerpo estaba seccionado en varios puntos.

—¿Y los otros cadáveres también tenían este símbolo?

Ella negó.

—¿Solo este?... Ya. Interesante —dijo, regresando a la foto, y suspiró otra vez.

—¿Qué piensa?

—Verá, cabo Ramírez. Un hombre y una tribu. Si ha escuchado antes mi clase, tienen la necesidad de pertenencia. Necesitan ser de algo, sentirse de una comunidad, de un club de fútbol, de un partido político, de una nación. Pero esto es diferente, claro. Cada asesino es diferente, su mensaje y su razón son diferentes —dijo, y se aclaró la voz.

Cogió una botella del cajón del escritorio y dio un trago.

—¿Quiere sentarse?

Karla cogió una silla y se sentó en ella, escuchándolo atentamente.

—Lo que le decía, un asesino puede hacer esto por dejar una marca personal. Puede ser una firma, para declarar un acto, incluso una autoría de los hechos. No es una muerte cualquiera, esta muerte es mía.

—Lo puede hacer porque vendrán más, ¿no cree?

—Es probable. Si no, no tendría sentido que hubiese firmado el cadáver con esto. Pero volvamos al hecho de hacerlo. Puede ser un mensaje.

—Eso decía Álex.

—¿Álex?

—El sargento Álex Cortés.

Él emitió un sonido gutural.

—Puede ser un desafío. Un mensaje que quiere que descifremos para que lo cojáis. Quiere daros pistas. Esta es la primera o la única. Quién sabe. Os está provocando para ponerlos en evidencia si no lográis entenderlo. En definitiva, es un juego entre vosotros dos, el asesino y la policía.

Karla apretó el puño, eso la comenzaba a cabrear más de lo que pensaba.

—¿Qué más?

—Esto es control. Es poder. Él lleva la partida y se está burlando de vosotros. Pero también es identidad: él es y está detrás de este símbolo. Me temo que será su ritual, su firma, incluso un juego psicológico.

—¿Cómo?

—Sí, un juego psicológico. Verá, esto puede ser parte de un juego que acaba de comenzar. Incluso puede ser todo lo contrario a lo que estamos pensando, está hecho para confundir, para distraer, para manipular a la policía, a los medios de comunicación y a la opinión pública. ¿Me sigue?

—Me temo que sí.

—Pero eso, cabo, solo lo dirá el tiempo...

Karla se quedó mirando al hombre en un mutismo incómodo. El absoluto silencio del aula convertía el ambiente en surrealista y casi de miedo.

—¿Qué considera que es el laberinto?

El profesor levantó las cejas.

—Uff —gruñó casi con un tono abrumado—. Pueden ser muchas cosas. Puede ser un viaje de autoconocimiento. El laberinto es un viaje hacia el interior, hacia el crecimiento personal incluso. Acuérdesse en el minotauro de la mitología griega; Dédalo construyó un laberinto para meterlo dentro, ¿se acuerda?

Karla asintió.

—Puede que el asesino quiera que lo conozcan. O al revés, puede que sea para que quiera que se conozcan ustedes mismos —dijo, y se quedó un momento para pensar algo más—. Pero un laberinto es también complejidad.

—¿Complejidad?

—Sí, una vida compleja. Que caminamos por la vida con decisiones difíciles.

Karla se apoyó en el respaldo y se tocó la frente.

—¿Se encuentra bien?

—No me imaginaba que esto podía tener tantas interpretaciones.

El hombre se ajustó las gafas.

—Es el maravilloso mundo de los símbolos —dijo con suma felicidad y admiración a lo que había dedicado su vida, y se aclaró la voz otra vez antes de continuar—. Por acabar con esto, también podría ser transformación y renacimiento. El punto central del laberinto puede representar el renacimiento. Colocado encima de una joven, puede que esté dirigido a ella, el renacer, no un mensaje a la policía, sino una manera de revivir, de dar una segunda oportunidad a esta vida. ¿A qué se dedicaba esta chica?

Ella se quedó en silencio.

—Aún no lo sabemos —confesó, y anotó ese detalle.

—Pues quizá tenía una mala vida y el asesino le dio la posibilidad de una redención —dijo Leopoldo, y encogió los hombros—. Pero ¿ve lo extraordinario de los símbolos? —preguntó con un cambio de tono, como más jovial y renovado—, si no fuera por este contexto, podría ser un símbolo de protección y de misterio. Alejando fuerzas negativas y confundiendo espíritus malignos.

Karla sacudió la cabeza, aquello se estaba complicando más de lo debido. El hombre que disfrutaba de su sabiduría parecía que se la estaba ampliando solo por el mero hecho de hacerla sentir inferior y de no entender nada de lo que le explicaba.

—Espere, se está yendo por las ramas. Por favor, centrémonos. Este símbolo, ¿para usted qué representa?

Leopoldo suspiró.

—No lo sé, necesito tiempo para estudiarlo.

—No —dijo negando—. No tenemos tiempo, necesito saber ahora lo que piensa.

El hombre bufó.

—Pues... —dijo, y regresó con la lupa sobre la foto del cadáver—. Si eliminamos el sentido místico que hemos dicho antes, creo que podemos seccionarlo por completo. Al final, tenemos un diseño central que es el laberinto y unos cuatro círculos interceptando. Esto puede simbolizar la unidad, la interconexión entre elementos... o personas.

—¿Personas?

—Sí, personas. Personas que están unidas, víctimas entre sí, la policía y el asesino —dijo, y negó—. Puede haber muchas conexiones aquí. O, simplemente, es un mandala.

—¿Un mandala para colorear?

El hombre encogió los hombros.

—No creo que un asesino mate y dibuje un mandala para colorear en sus víctimas.

—Bien, descartada. Por último, se me ocurre un símbolo celta.

—¡Un símbolo celta! Interesante.

—Un símbolo intrincado y entrelazado podría ser arte celta. A menudo usaban nudos y patrones interconectados. Simbolizaría el ciclo de la vida y de la muerte y más cosas, pero no creo que este camino sea el que nos interesa.

—No creo.

Entonces el profesor levantó las manos y miró a la policía.

—No creo que pueda ayudar más ahora. Pero si me deja el símbolo, lo puedo estudiar con más profundidad en los próximos días. ¿Qué le parece?

Karla no dijo nada enseguida. Solo al cabo de unos segundos cogió la foto y, con las manos tapó el rostro de la víctima, dejando solo visible el tatuaje.

—Haga una foto a esto.

El profesor sacó un móvil y realizó la foto.

—Este es mi número —dijo Karla, acercando una tarjeta de visita—. Cuando tenga algo nuevo, estaré encantada de saber qué opina.

Él hizo un ademán con la mano.

—Gracias por su tiempo, nos ha ayudado muchísimo —dijo, y se levantó de la silla.

Karla entró en el coche y mandó un mensaje a Álex sobre lo que había averiguado. Poco concreto y confuso.

Volvió a la comisaría. Tenía hambre y fue a la cafetería Sirena para comer algo. Justo antes de entrar, vio cómo el cordón de una zapatilla estaba desligado. Se agachó a atárselo. En ese tiempo, de una forma automática casi sin percatarse, se quedó mirando fijamente el suelo.

Se detuvo, sin aliento.

—¡Que me parta un rayo...! —dijo con absoluto asombro.

Sacó el dibujo que había realizado a contraluz y suspiró.

—No me puedo creer que esto coincida.



Álex miraba cómo el plan había cobrado vida, como un truco de magia.

Mario estaba al lado. Discutían de detalles y de cómo avanzar con esa búsqueda.

—La que has liado, chaval —comentó Mario.

—No te creas, tienes bastante culpa tú también, y Ferrer.

—¿Ferrer?

—Si no me hubiera enviado aquí, ahora no estaríamos con esto —dijo Álex.

—Ya, si por él fuera, habría vuelto a llover y habríamos perdido otros meses antes de sacar más cadáveres.

—¿Sabes, Mario? Espero equivocarme.

—¿En qué sentido? —preguntó Mario mientras el sol de la tarde le daba en plena cara.

—Espero que todo este circo que hemos montado sea para nada. Que no haya más muertos.

Mario subió las cejas.

—Ya. Me lo imagino, pero algo me dice...

—¡Ya! Veremos —dijo Álex—. Por cierto, ¿llegaron los focos?

—Protección Civil me ha asegurado que llegarán para cuando comience a bajar el sol.

—Sin esos focos, no podremos avanzar de noche y todo habrá servido para nada...

—Lo sé —respondió Mario—. Se lo he dicho y me han asegurado que llegarán. Los traerán en una autocaravana para nosotros y las cenas, en túperes.

—Excelente —dijo Álex mientras le daba una palmada—. Gracias.

—Es mi trabajo —respondió Mario.

Los dos policías estaban en la orilla del pantano o, mejor dicho, cuando había agua, ese punto era donde acababa el barro del fondo y comenzaba la vegetación de los bosques.

El terreno descubierto por las aguas se había convertido en un inmenso tablero de ajedrez. La tierra era una enorme cuadrícula que dividía el espacio y, en cada una, un hombre con un

detector de metales sondeaba el terreno con unos auriculares, en búsqueda de algún objeto que se hubiera hundido en el barro o tragado el tiempo.

Justo al lado de donde estaban los dos policías, había un comercio que en ese momento estaba cerrado. Una cabaña de madera con un muelle flotante, pero que, a causa de la sequía, estaba apoyado en una extensión de barro seco y agrietado. El alquiler de kayaks y de pádel surf, sin agua, se había estancado por completo, dando paso al turismo que visitaba las ruinas del viejo pueblo de Sant Romà de Sau.

De repente, desde una zona cercana a donde estaban los dos policías se escuchó un pitido. Un sonido metálico que se difundió con más velocidad cuando, al primer tono, la gente se calló para saber de dónde provenía.

Un hombre vestido de militar había encontrado algo. Levantó la mano sonriendo. Con la misma felicidad de cuando alguien encuentra un objeto de valor hundido en la arena.

—Aquí, aquí —dijo, meneando la mano—. ¡He encontrado algo! —gritó con tono alegre y de satisfacción.

Mario y Álex se miraron y acudieron hacia allí. Cuando llegaron, junto a ellos, había varios policías más.

—Es aquí, he encontrado algo, seguro —replicó el hombre mientras basculaba el detector de metales por la superficie que provocaba el pitido.

—Está bien, aquí —dijo Mario, e hizo una señal con el spray—. ¿Pueden apartarse?

Mientras lo decía, unos agentes de la científica acotaron el espacio con unas mamparas para que no se pudiera ver lo que sacaban de allí.

Comenzaron a cavar en el punto donde el detector de metales se había empeñado en decir que había un objeto de metal.

Álex levantó la mirada, distanciaba unos doscientos metros desde donde sacaron los otros dos cuerpos. Luego levantó la mirada hasta el mirador, se podía intuir cómo las personas que estaban mirando se movían para ver lo que estaba sucediendo.

El dron estaba en sus cabezas, grabando quién había y qué hacían, como un ojo de un Gran Hermano, silencioso y que casi pasaba desapercibido.

Hacía una hora que habían salido de la central de la Guardia Civil de Barcelona.

Iván y Baldiri habían pedido informes sobre el caso de Alfonso Blanco. El lejano 1979 era complicado, pero los registros de La Modelo estaban en otro lugar. Habían solicitado verlos. La praxis era que el subinspector tenía que reclamar el acceso al juez. Cuando tuvieran luz verde, podrían consultarlos.

De momento solo tenían un nombre, Miguel Ángel Cameo. Aún vivía, según el registro de la Hacienda Pública, en la Calle de los Herreros, 33 de Badalona. El guardia civil que había enviado a la prisión a Alfonso Blanco.

El coche de los dos policías estaba aparcado justo delante.

Era una calle de las afueras. Casitas pequeñas y adosadas, detrás se podía entrever un poco de huerto, lejos del ajetreo y del estrés de la gran ciudad.

Cerraron el coche en la calle ajardinada y llamaron al timbre.

Apareció en la ventana una señora con un delantal.

—¿Quién es?

Iván dudó si contestar, ya que se enteraría todo el barrio, pero la señora no le dio alternativa.

—Somos de los Mossos d'Esquadra, señora, venimos a ver al exinspector Cameo —gritó desde fuera de la cancela.

La señora no se lo esperaba y cerró la ventana.

A los segundos, la puertecita que daba acceso al jardín se abrió a distancia. Pasaron y la puerta de entrada se abrió. En ella, se personó un hombre.

Bigote negro, sin una cana, obviamente tintado, y pelo también negro. Un palmo más alto que Iván y con un barrigón cervecero.

—Buenas tardes —dijo el hombre.

—¿Exinspector Cameo?

—Yo mismo.

Iván enseñó la placa mientras se presentaba.

—¿Podemos entrar? Serán cinco minutos, pero necesitamos hablar con usted.

El hombre movió el labio superior sacudiendo el bigote como si fuera una pequeña escoba de chimenea.

—Claro, pasen —accedió, y los acompañó al sofá del salón de la casa—. ¿Les apetece algo?

—No, gracias —dijo Baldiri.

—¿A qué debo su visita? —preguntó con una voz ronca.

—Alfonso Blanco —dijo Iván—. ¿Qué me puede decir?

El expolicía arrugó el ceño. Tuvo que tomarse unos segundos antes de contestar.

—No recuerdo, tengo fallos de memoria. ¿Tiene más datos?

A Iván, al principio, le dio la impresión de que estaban allí para perder el tiempo o, simplemente, el hombre, por alguna razón que aún no comprendía, no quería contestar. De hecho, solo un juez podía exprimirlo bajo juramento.

—Aquí tiene una foto —dijo mientras se la acercaba—. La viuda nos la dio.

—¿De qué año estamos hablando?

—1979.

El exinspector bufó.

—Casi nada. Hace una vida.

—Lo sabemos, si no fuera porque hace tanto tiempo, no habríamos venido a pedirle ayuda.

—Déjeme recordar un segundo.

—En el cuartel de la Guardia Civil nos han informado de que fue usted quien lo detuvo por hurtos. No sabemos más. Lo metieron en La Modelo y luego desapareció.

—Maldito hijo de perra, claro que sí, Alfonsito. Para los de la calle, Sito. Claro, Sito. ¡Hombre, pobre chaval!

—¿Sito? La mujer no nos dio ese nombre.

—Lo llamaban Sito o el Cloaca, porque se lo bebía todo. Era el más borracho de toda Barcelona. Pero tenía una peculiaridad: solo de día. De noche trabajaba robando y no estaba nunca ebrio —dijo, y se rascó los bigotes mirando la foto—. Era dos personas diferentes. Quien lo conocía de noche, no sabía del Cloaca. Quien lo conocía de día, ebrio, no se podía imaginar que de noche era uno de los ladrones más efectivos y trapicheros más reconocidos.

Los dos *mossos*, sentados en el sofá, escuchaban con atención. Iván tomaba notas en un folio.

—Espere, ha dicho pobre chaval. ¿Por qué?

—Porque se lo engulló una noche.

—Una noche.

—Sí, de la noche al día desapareció.

—¿Y no se le buscó?

—Claro que lo buscamos, ¿qué se piensa que éramos? No teníamos toda esta tecnología que tenéis ahora, claro —dijo, alargando el brazo, señalándolos—, pero hacíamos bien nuestro trabajo.

—No estamos aquí para discutir ni para evaluar, solo estamos buscando un rastro.

—¿Por qué ahora?

Los dos *mossos* se miraron.

—¿El pantano?

Iván arrugó el ceño.

—¿Cómo lo sabe?

El viejo inspector se rio.

—Era policía antes que tú, chaval —espetó con tono fanfarrón.

—Ya, bueno. Lo que usted diga.

—¿Puede que sea uno de las maletas?

—No lo damos por cierto todavía, solo estamos evaluando hipótesis y siguiendo pistas. ¿Por qué lo metieron en la cárcel?

—¿Cuál de las veces que fue a La Modelo?

—La última. Hemos estado con la viuda Blanco y nos ha contado que cuando salió, estaba diferente, había cambiado.

—Entró por mercado negro de no me acuerdo qué. No creo que fuera importante. Lo importante es que siempre entraba y salía. Cuando lo veíamos, teníamos una broma de apostarnos con qué cargos lo enviaríamos la próxima vez.

—Me interesa saber por qué entró esa vez.

El exinspector se volvió a rascar los bigotes y lo miró serio.

—¿Cree que me acuerdo exactamente por qué trapicheo entró ese cabronazo en la trena ese día? ¿En serio? ¿Cincuenta años después?

Iván se lo quedó mirando, sin decir nada.

—No me acuerdo, *mosso* —dijo, levantando las manos—. Yo qué sé. Busque en el cuartel y vayan a ver los informes.

—Lo hemos hecho, pero solo dice que el caso lo llevó usted y desapareció el resto de la información.

—¿Y qué han dicho los compañeros que están ahora?

—Atribuyen a que en esos años puede que, entre los traslados y el archivo de los casos, se haya perdido documentación.

El hombre movió el labio superior, luego encogió los hombros.

—¿Qué más puedo hacer por vosotros?

Iván miró los apuntes. El exinspector Cameo le devolvió la fotografía de Alfonso Blanco.

—Necesitaría saber unas cosas más. ¿Recuerda quién era el compañero de celda de Alfonso?

El hombre se lo pensó un rato, se tomó unos instantes y se rascó los bigotes, como si fuera una forma de quitar el polvo a los recuerdos.

—Pues da la casualidad de que sí.

—¿Quién?

—Juan Pérez Gómez, alias el Pera.

Iván lo anotó.

—De acuerdo. ¿Cómo es que lo recuerda?

—Lo recuerdo porque lo visité por un caso de un tío que podía conocer, intenté sacarle información, pero creo que no sabía nada.

—De acuerdo, gracias, señor Cameo. Gracias por la ayuda.

Iván se fue a levantar, pero se detuvo.

—Por cierto, cuando buscó a Alfonso Blanco, ¿recuerda si encontró o descubrió algo sobre su paradero?

El hombre negó.

—Tragado por la tierra —dijo, y se pasó un dedo por el bigote—. Una cosa sí, se decía que se había escapado con una brasileña al país carioca. Una fuga por amor, así decían. No sé quién lo había difundido...

—¿Pero? —preguntó Iván.

—Pero no. Por lo que conocía yo al Cloaca, no se habría escapado. Estaba muy enamorado de su mujer, y les diré más..., ella lo había salvado de muchas como para escaparse.

Iván asintió y se levantó. Baldiri, detrás de él.

—Muchas gracias por su ayuda —dijo, y estrechó la mano del expolicía, que a su vez se había levantado.

—Un placer.

Iván le aguantó la mano que, en tamaño, era una mano y media de la del *mosso*.

—Por último, ¿se acuerda si en ese año...?

—¿El 1979?

—Sí. ¿Hubo más desapariciones?

—Que yo sepa no, pero si me deja un teléfono, lo llamaré si me acuerdo de algo más.

Iván asintió y le dio una tarjeta de visita. Luego salió por la puerta con Baldiri y se marcharon.

Entraron en el coche y, en cuanto se sentaron, Baldiri le preguntó:

—¿Qué opinas?

Iván se lo pensó.

—Hay algo en este tío que no me convence...

—Ya.

—¿Y a ti?

—Parece un viejo zorro con más secretos que el Pentágono.

—Ya, pero tenemos un nombre: Juan Pérez Gómez, alias el Pera. Ahora tenemos que buscar a este individuo si aún está vivo —dijo Iván mientras giraba la llave y arrancaba el coche para volver a Barcelona, en busca del siguiente hilo que el destino había dejado al descubierto para tirar de él.

Karla seguía agachada.

Una banalidad la había llevado a que encontrara una similitud. No en una universidad, ni con un superexperto en símbolos, sino, simplemente, en el suelo.

¿Una coincidencia?

Karla acabó de atarse el cordón y se levantó. Después de unos instantes mirándolo, pensó que tenía visión reticular. Cuando estás embarazada, solo ves mujeres embarazadas. Cuando necesitas una farmacia, solo ves farmacias. Cuando te compras un coche, parece que el mundo se haya confabulado y que todos compren el mismo.

Karla respiró.

Luego entró en la cafetería y compró unos bocadillos y un café para llevar.

Regresó a su despacho, encendió el ordenador y comenzó a dar generosos mordiscos a los bocadillos.

Entró en Google y buscó qué era. No había dudas, eran lo mismo.

Barcelona estaba llena de ese logo, en todas las aceras.

¿Cómo no lo había visto antes?

La ciudad tiene su propia baldosa, particular, y todas las aceras están compuestas por ella. El buscador mostraba la foto y el nombre: *panot* de flor. También llamada flor de Barcelona o rosa de Barcelona.

Karla dio otro bocado al bocadillo y se acercó más a la pantalla. Sacó la foto de la forense. Al principio tenían parecido, pero con el paso de los minutos a Karla se le fueron las dudas.

Eran iguales.

Dio otro mordisco al bocadillo y siguió leyendo.

La baldosa fue diseñada por el arquitecto modernista Josep Puig i Cadafalch en el lejano 1906. La baldosa que recubría las aceras medía veinte por veinte centímetros.

Karla dio el último mordisco al bocadillo. Tiró el papel que lo envolvía y cogió otro de la bolsa.

Luego siguió leyendo. Originalmente, ese dibujo modernista había sido diseñado solo para la entrada de la Casa Amatller, en el Passeig de Gràcia, pero gustó tanto que su uso se extendió. El buscador decía que en la actualidad se usaba para la pavimentación de toda la ciudad. Eso hacía que se hubiera convertido en el símbolo de Barcelona.

—El símbolo de Barcelona... —susurró Karla.

La forma era la misma. El símbolo del asesino de la última víctima se formaba por dos elementos, un laberinto encapsulado en la flor de Barcelona.

Suspiró. Se sintió aliviada por haber conseguido una respuesta. Era un paso hacia adelante muy importante. Se lo tenía que decir a Álex.

Lo llamó, pero no contestó.

Mientras terminaba de comer, no podía parar de ver la frente de la mujer con ese símbolo tatuado.

—Barcelona y un laberinto —murmuró Karla.

No era un caso aislado. Encontrar el cuerpo de una chica en el pantano de Sau con ese símbolo no daba a malos entendidos. Tenía razón Álex: era una firma y no sería el único cadáver.

Karla volvió a llamarlo, pero tampoco contestó.

Entonces llamó a Montse. Esta dejó lo que estaba haciendo y acudió.

Le enseñó el símbolo y le explicó lo que había conseguido averiguar. El laberinto y la flor de la ciudad. La joven agente de homicidios se quedó boquiabierta, por la frialdad y por lo macabro del mensaje del asesino.

—Lo que quiero decirte, Montse —dijo Karla— es ¿qué hace el cuerpo de esta chica en el pantano con un símbolo de Barcelona en la frente?

La agente se lo pensó por unos instantes.

—No lo sé.

Karla dio un trago al café.

Cuando fue a hablar, Montse suspiró.

—Claro. No es de Sau, es de Barcelona.

Karla asintió.

—Estamos buscando una chica de Sau o de la zona, en lugar de Barcelona.

—Claro, es cierto.

—Tenemos que buscar aquí.

—¿Cómo se te ha ocurrido? —preguntó Montse.

—Me lo preguntó un profesor de la universidad que fui a ver esta mañana para saber qué interpretación podía darnos, y me preguntó el contexto.

—¿El contexto? ¿En qué sentido?

—Pues que dónde haya sido aplicado o dependiendo de dónde lo hubiéramos encontrado, podía tener una interpretación u otra. Así que le dije que no sabíamos de dónde era la chica —respondió Karla, y siguió—. Claro, ahora lo entiendo. La mujer es de Barcelona.

Montse asintió. En sus ojos, Karla vio la fascinación del principiante, de cuando trabajas los primeros casos con cadáveres, muerte e investigación, y todo es absolutamente fascinante y emocionante. Luego entiendes que detrás hay vidas rotas, hay futuros interrumpidos y sueños esfumados. Hay familias destrozadas y funerales multitudinarios.

—Montse, saca el listado de las desaparecidas de Barcelona de los últimos meses. Allí tendremos la respuesta —dijo Karla con un halo triste, porque nadie debería estar en esa lista, menos, una chica joven.

Los agentes de la científica cavaron media hora.

Por el tamaño del agujero, daba más impresión de que estuvieran buscando petróleo que un objeto metido en esa laguna seca.

El sol comenzaba a amenazar con esconderse detrás de las montañas. Los agentes se quejaban de que la tierra era tan dura que parecía cemento. A pesar de las quejas, la búsqueda fue un fiasco.

En el primer punto indicado por un detector de metales, no había nada.

Álex se pasó una mano por la frente y la cabeza. Los rizos rebeldes se movieron en el rostro. Luego dio un paso adelante.

—Parad. Ya está bien, estamos perdiendo demasiado tiempo —gruñó contra los agentes—. Quietos, llevamos un metro de agujero y esto no puede ser —dijo, y salió del lugar separado por mamparas para ir hacia el dueño del detector de metales—. ¿Está usted seguro de que ese trasto funciona?

El hombre se sorprendió.

—Martín funciona superbién —espetó, ofendido, el hombre.

Álex lo miró perplejo.

—¿Martín, quién demonios es Martín? —gritó Álex.

El voluntario acarició el instrumento que aún tenía colgado al cuello.

—Martín es mi compañero de aventuras y búsquedas —respondió, seco.

Álex arrugó el ceño.

«Este tío está como un cencerro», pensó.

—En fin, ¿está seguro?

—Lo calibro todos los días.

—¡Lo calibra! ¿Qué quiere decir? —preguntó Álex.

—Es una cuestión de magnetismo, más sensible o no a la distancia. Más es de cerca y poco de lejos, pero más fiable. O viceversa.

Álex sacudió la cabeza. Luego sacó una moneda, la tiró al suelo y la pisó.

—¿La detectaría así?

El voluntario pisó a su vez el pie de Álex y pasó el detector. En cuanto estuvo encima, sonó.

—Claro, pero esto es fácil para Martín. Lo que sí le digo es lo siguiente, él nunca me falla. No es de última generación como algunos que hay por aquí —dijo, indicando a los otros voluntarios que seguían desperdigados escaneando—. Pero le aseguro que nunca falla.

Álex lo miró fijamente a los ojos, lo había convencido.

—Venga conmigo —ordenó, y el voluntario lo siguió.

Álex lo hizo entrar en el rectángulo de mamparas reservado a los policías.

—Dejadlo pasar —dijo Álex a los compañeros.

Entonces cogió una pala y se fue directo al cúmulo de tierra cavada.

—Pase de nuevo el detector por la zona.

El voluntario lo hizo y no hubo pitido. El hombre negó con la cabeza.

—¿No? —preguntó Álex a su lado.

—No, ahora ya no hay nada.

Álex se cruzó las manos por encima de la cabeza, ese podía ser el error más grande de su carrera. Toda esa operación era lo más disparatado que se le podía haber ocurrido y comenzaba a oler a tiro por la culata.

Entonces, justo cuando Álex miraba hacia otro lado, se escuchó el pitido. Se dio la vuelta rápidamente. El voluntario estaba con el detector encima de la montaña de tierra cavada.

—Está aquí —dijo con tono satisfecho.

Álex cogió una pala y esparció la tierra. Detrás iba el hombre con el detector para averiguar si había algo allí.

Estuvieron casi un cuarto de hora esparciendo con otro agente el cúmulo hasta que el sonido volvió a escucharse.

Álex se puso unos guantes de látex y cavó con las manos hasta que encontró el objeto que pitaba. Lo sacó; era un tornillo largo, de cuatro dedos, oxidado.

Lo levantó con una sensación controvertida, por un lado, de victoria porque no había sido una falsa alarma y por el otro lado, de decepción por no ser una maleta.

—Un clavo —dijo Álex.

—La verdad es que no sé si alegrarme o desesperarme —dijo Mario dentro del cuadrado de mamparas.

—Tal vez sea bueno y tal vez no lo sea. Veremos, amigo mío, veremos... —respondió Álex, y suspiró.

Dio una palmada en la espalda del voluntario.

—Gracias —dijo, y luego continuó con los otros agentes—. Cerrad el agujero y que le den el cambio, tienen que seguir por este rectángulo.

Los agentes asintieron y Álex y Mario salieron.

—¿Nos tomamos un café? —preguntó Álex.

—Buena idea —respondió Mario.

Justo cuando empezaron a caminar, desde lejos se escuchó un ruido parecido. Un pitido metálico. Los dos policías se giraron a mirar. Levantaron la vista. Un hombre detrás de la iglesia levantaba la mano. Había encontrado algo.

Mario consultó el plano.

—Ese debería ser el sector H2.

—Vamos —dijo Álex.

De repente, todos los voluntarios se detuvieron mirando al hombre que zarandeaba la mano.

—He encontrado algo aquí, aquí —gritaba.

Del otro lado del agua del reducido pantano, los turistas hacían fotos del evento.

El tiempo que tardaron en llegar y desde otra dirección, se escuchó otro pitido. Dos voluntarios habían encontrado alguna cosa de metal, podía ser un clavo, una matrícula vieja u otra maleta.

Mario miró el mapa.

—Ese es el sector C —dijo Mario.

—Tenemos solo un equipo de excavación. Tenemos que hacer lo siguiente —dijo Álex—. En el sector C hacemos una marca y que sigan. Nosotros comenzamos por este —indicó, ya en el punto del hallazgo.

Álex miró al voluntario.

—¿Cómo se llama?

—Josep.

—¿Y su cacharro? —preguntó Álex.

Este lo miró mal.

—¿Qué dice?

—Nada, pensaba que todos llamaban por un nombre cursi a su artilugio.

—¿Qué dice este? ¿Está loco? —dijo Josep, mirando a Mario.

—Déjelo, creo que es el efecto de una insolación —aseguró Mario.

El voluntario se apartó mientras le seguía el rollo a Mario.

Enseguida llegaron los agentes y acordonaron la zona con las mamparas. Josep salió a causa de una estricta norma que había implantado Álex.

Comenzó primero el agente con el pico para reblandecer el duro y solidificado barro. Luego, dio paso al segundo agente con la pala.

Quitaron tres palas de tierra y encontraron algo duro. Se detuvieron y lo enseñaron a Álex.

Este suspiró, parecía que habían encontrado algo.

Se agachó y con los guantes fue sacando la tierra. Tenían razón, algo duro y grande estaba en ese punto, y lo habían encontrado.

Karla empezaba a marearse.

La cabeza le daba vueltas y las náuseas eran más intensas. Se estaba haciendo complicado soportar ese embarazo en la comisaría, trabajando. Habían comenzado cuando veía cadáveres y se fueron extendiendo. Karla pensó en la posibilidad de que al bebé que crecía en su interior no le gustara su trabajo. Pero ¿a quién le gustaba ver cadáveres mutilados o quemados?

Mientras Montse buscaba en los archivos, bajó al comedor. Se sentó en el sofá, tomó un poco de agua fría y respiró con fuerza de un viejo bote de vinagre que había aterrizado antes que ellas en ese lugar.

Respiró a pleno pulmón y se apoyó en el respaldo.

Nadie la vio, la sala estaba vacía. El olor ácido le entró por las vías respiratorias e hizo su efecto. El mareo, como por arte de magia, se estaba yendo, pero Karla sabía que eso era engañarse, era solo temporal.

Como una yonqui con su dosis diaria para rebajar el mono. O, simplemente, como los asmáticos, una vaporizada de Ventolín y a seguir con su vida.

Esperó un rato más y regresó a la mesa de Montse.

—¿Qué has encontrado?

—Según las indicaciones que me has dado, no ha habido muchos casos de desaparición, por suerte —dijo Montse con un tono de sosiego—. Tenemos estas —acabó indicando unas cuantas hojas, un buen fajo.

—¿Todo eso? —respondió Karla.

—Sí. Ya he eliminado a los hombres.

—Bien —dijo Karla, y se sentó a su lado—. Empecemos —afirmó, y tosió un par de veces.

—María Melania Roldes Vázquez, doce años. Originaria de Ecuador, vive en...

—No, es pequeña. Sigue —interrumpió, le quitó el folio de las manos y lo dejó en un lado. Montse tragó saliva.

—Juana Fernández Soto, cincuenta y cinco. Residente en...

—No —exclamó, y le arrancó la hoja colocándola en el mismo lugar que la de la niña. Luego emitió otros dos golpes de tos a ver la foto de la señora desaparecida—. Sigue.

—Abril Cuenca Puertos —dijo, y se detuvo girándose—. ¿Estás bien?

Karla se lo pensó, estuvo a punto de decirle lo que le pasaba.

—Sí, sigue —respondió, rotunda.

Montse se giró de nuevo.

—Abril Cuenca Puertos, veinticinco años. Residente en el Raval.

—Sí —dijo, le arrancó la hoja y la puso en otro montón—. Sigue.

—Ramona Almeida Lugaz, cuarenta y cinco. Residente...

—No —dijo de nuevo, y dejó el papel en el montón de las personas descartadas.

La criba siguió hasta que Montse acabó las hojas. Quedaron unas pocas en un montón y casi todas en el otro.

Montse se giró hacia Karla.

—Bien, ¿y ahora? —preguntó Montse.

Karla cogió las fotos de las mujeres desaparecidas en Barcelona y las repasó. Se quedó en silencio, mirándolas. Sintió tristeza. No sabía si una de esas chicas podía ser una de las víctimas de la maleta. La misma que habían encontrado con la frente tatuada. Al final, a Karla le daba igual, todas esas mujeres jóvenes habían desaparecido. Y cuando pasan más de cinco días de una desaparición, eso suele finalizar muy mal.

Puso al lado la foto de la forense, la chica de la maleta y las cuatro fotos de las otras chicas que podían encajar con el perfil del cadáver.

Las fotos no daban muchas pistas, ya que el rostro del cadáver había sido sumergido en agua por largo tiempo y, posteriormente, comido por las larvas de la mosca azul de la carne.

—¿Qué piensas, jefa?

Karla se quedó callada.

El silencio de la cabo era debido a las náuseas, que regresaban.

—Busca a las familias de estas chicas, necesitamos más fotos y el ADN. Ya sabes, cepillos de diente, peines y demás —dijo, y se levantó.

—Sí, jefa. ¿Estás bien?

—Sí, pero me voy a casa. Por hoy ya he visto bastantes muertos.

Karla bajó al coche y salió del parquin. Fue directa a casa, la fatiga y los mareos habían vuelto. Sentía la necesidad de acostarse y descansar.

Cuando llegó a casa, no le dio tiempo a tumbarse: recibió una llamada de Álex.

Se tumbó en la cama y contestó.

—Estoy en casa, si no hubieses sido tú, no habría contestado —dijo, cerrando los ojos—.

Dime, ¿qué ha pasado en el pantano?

Álex cavó a mano. Se añadieron dos agentes, también a mano. Si era lo que pensaban, no podían reventarlo antes de sacarlo.

La tierra parecía que no se acababa, pero cuanto más quitaban, más daba la impresión de que era lo que estaban buscando.

Álex se levantó cuando ya se podía ver con claridad.

Era una maleta.

Mario le dio una palmada en la espalda.

—Enhorabuena. Sin esto, no la habríamos encontrado nunca —dijo Mario.

—Esperemos a abrirla a ver qué hay dentro, que no sea ropa interior y cuatro revistas de algún perverso —espetó Álex.

—Siempre tan exigente y optimista.

Álex, en su mente, escuchó la voz de Karla contestando por él, y lo habría hecho con un rotundo «siempre».

Los agentes terminaron de quitar la tierra que quedaba alrededor. Luego, entre cuatro, y sujeta por una cuerda, sacaron la maleta del agujero.

El sol se había escondido detrás de las montañas. El día había pasado rápido. En la otra orilla, seguían los turistas del *true crime*, curiosos de lo macabro acudidos en masa para ver no sé qué se pudieran imaginar.

La maleta residía encima de la tierra firme, llena de polvo e incógnitas del pasado.

Mario se agachó y con un pincel quitó la tierra y arena restantes. Luego se colocó unas gafas transparentes. Se colocó un poco de pomada mentolada y una mascarilla.

Sacó la pequeña radial y cortó los cerrojos.

A simple vista, parecía una maleta exactamente igual a las otras dos de cuero viejo encontradas fuera de la iglesia.

La radial se detuvo y Mario la guardó de nuevo en el maletín.

Levantó la mirada a Álex y este le indicó que siguiera.

El de la científica abrió el equipaje. Dentro había una masa irregular. De repente, Mario se echó hacia atrás, como si una fuerza invisible lo hubiera apartado.

El olor era insoportable.

Respiró un momento y regresó a abrir la bolsa.

Apareció una avalancha de pequeños gusanos blancos que salieron en masa. En medio de ese ejército, sobresalieron unos dedos. Las uñas tenían un color rojo desteñido, todo apuntaba a que era una mujer. El asesino había matado a otra mujer.

El horror por la situación se convirtió en asco y rabia. Álex no podía justificar la muerte de hombres, pero de mujeres menos aún.

Ordenó cerrar la maleta y que fuera una furgoneta de la morgue. Tenían que llevar enseguida en una cámara frigorífica ese cadáver antes de que el grado de putrefacción siguiera avanzando.

Álex y Mario se apartaron. Respiraron aire puro y no infectado por la podredumbre del cuerpo.

No dio tiempo a que saliera la furgoneta antes de que el equipo de excavación fuera al sector C a cavar en el segundo punto en el que un objeto había hecho saltar el detector de metales.

El vehículo salió en medio de fotos de los periodistas y de los curiosos que habían acudido.

La noche estaba bajando.

A pesar de ser un día entre semana y de lo lejos que estaba ese lugar, la gente asistía como si fuera un concierto o hubiesen encontrado un ovni.

Rodearon el espacio donde habían dejado la marca y procedieron a cavar el siguiente agujero.

Álex tuvo un momento de relajación y de alivio; al final, todo el circo que había montado estaba dando sus frutos.

Pero una pregunta estaba en su mente desde el principio y martilleaba su conciencia: ¿cuántas maletas podrían encontrar allí debajo?

La respuesta lo asustaba. Esa respuesta podría asustar a todo detective de la policía enfrentado a un caso tan maquiavélico y controvertido, donde la naturaleza devolvía a la justicia los cadáveres de un asesino que había permanecido en silencio por tantos años.

Álex optó por irse al coche. Había dejado a Mario al mando. Este le había insistido ir a descansar unas horas y luego intercambiarse.

En principio, Álex no quiso, pero cedió. Le vendrían bien unas horas de tregua.

Se fue hacia la carretera asfaltada que llevaba al pantano. Allí, lejos de los *flashes* de periodistas y curiosos, los de Protección Civil habían montado un puesto para alimentar a los policías y a los voluntarios.

Cogió unos túperes de aluminio con comida caliente y entró en la caravana para la policía. Se sentó en la mesa y comenzó a comer.

El vehículo aún olía a nuevo. El mismo olor de las pieles de los coches sin estrenar. Estaba aparcada justo al final de la carretera. Desde la ventana, donde estaba sentado Álex, se podían ver los focos alimentados por los generadores y los equipos de voluntarios.

Cuando llevaba la mitad de la comida, sacó el móvil y llamó a Karla.

Al tercer tono, ella contestó.

—Estoy en casa, si no hubieses sido tú, no habría contestado. Dime, ¿qué ha pasado en el pantano?

Álex tragó.

—Estoy cenando en una autocaravana de Protección Civil.

—Ostras, cómo te cuidan —dijo ella mientras se incorporaba en la cama y se apoyaba en el cabezal.

—¿Está Marcos?

—Qué va, está en no sé qué misión, no sé dónde —dijo, y bufó.

—¡Ya! ¿Cómo te encuentras?

—Bien —mintió—. Álex, ¿la caravana es como la que usamos en el viaje a Asturias?

Álex rio.

—¿Por qué te ríes?

—Porque eso no era una caravana, ese engendro era una furgoneta habilitada para que seres humanos pudieran estar. Esa furgo de tu pariente olía a truenos y estaba llena de pelos de su perro —dijo, y se estiró en el cómodo asiento del sofá—. Esto, la verdad, es un lujazo.

—Y bien que nos lo pasamos, ¿te acuerdas? —dijo ella, también acomodándose en la cama—. Fuimos hasta Asturias, luego por los lagos de Covadonga y de vuelta por Andorra.

—Sí, me acuerdo. Cuando en la autopista por esa lluvia torrencial, que no se veía a cinco metros, nos paramos y...

Ella calló.

Álex también.

—¿Sí?... ¿Y qué pasó? No me acuerdo —dijo ella con tono pícaro.

—¿Cómo que no te acuerdas? —dijo él cuando entró otro policía y preguntó con un gesto si se podía sentar al otro lado de la mesa para comer.

Álex hizo un ademán para que se sentara.

—No, no me acuerdo. ¿Qué pasó?

Álex dejó escapar un golpe de tos.

—Da igual, ya hablaremos otro día.

—No, no, lo que se comienza se acaba.

—¿Te importa que acabemos de recordar otro día esa anécdota?

—No entiendo por qué no quieres recordarla, ¿te da vergüenza? —dijo ella, sabiendo que había otra persona.

—En fin, te llamaba porque necesito un favor.

—Álex, estoy en la cama, embarazada y con un mareo del copón. Como no me digas qué pasó esa noche, te voy a colgar y apagaré el móvil.

Álex resopló.

—Te odio tanto cuando haces eso.

Ella rio.

—Me encanta ponerte en apuros. Te hace muy sexi cuando te sonrojas, con tus rizos, te queda superbién, ¿sabes?

Él suspiró y se levantó. Se fue hacia la parte trasera, intentando que no se oyera del todo.

—Aparcamos e hicimos el amor —espetó Álex—. ¿Estás contenta?

—Sí, aunque te hayas movido de delante del otro hombre. Ha perdido su gracia, pero me vale —respondió, y se puso a reír de nuevo.

—Por cierto, esa noche, en el parquin de la autopista, hicimos un dos a uno.

—¿Qué? —preguntó ella.

—Sí, tú llegaste dos veces —susurró Álex.

—Me encantan esos detalles... —respondió ella—. Teníamos las hormonas disparadas.

—... y pocos euros en los bolsillos.

—Ya, qué momentos.

Álex se quedó unos segundos en silencio y volvió a toser.

—Karla, necesito que me hagas un favor.

—Tengo que recordarte que estoy en la cama...

Álex le preguntó cómo estaba y ella le explicó cómo se había sentido durante el día.

—¿Cuántas personas han llamado para denunciar personas desaparecidas en el 1979?

Ella se quedó unos instantes en silencio y suspiró.

—Nadie más.

—Maldita sea —espetó Álex—. Karla, convoca a tu equipo y que llamen a las cadenas de televisión, necesitamos que emitan un nuevo comunicado a la población.

—¿A qué te refieres?

—La rueda de prensa de esta mañana, necesitamos que vuelvan a emitirla.

—¿Cuándo?

Álex miró el reloj.

—En *prime time*, en las primeras noticias del telediario de esta noche.

—¿Estás bien? Faltan pocos minutos para que comiencen —dijo Karla, mirando el reloj, que marcaba las veinte cincuenta.

—Haz lo que puedas.

Karla resopló.

—Dame un rato. Veré lo que puedo hacer.

—Eres la mejor.

—Y tú, el más pelota de la comisaría —dijo, y colgó.

Álex hizo una mueca y regresó a la mesa donde el otro policía lo esperaba junto al túper con la mitad de la lasaña, que ya estaba fría.

—¿Su novia, sargento?

—No, lo fue en otro momento —aclaró, y se sentó.

Mientras estaba comiendo, Álex no dejaba de mirar fuera de la ventana. Era un ir y venir de los voluntarios con sus detectores de metal en brazos.

Cuando terminó de comer, dio un sorbo a una botella y sus ojos acabaron en el techo de esa caravana lujosa. Colgaba una televisión plana de última generación.

Buscó el mando y la encendió. En el primer canal, el telediario había comenzado, la primera noticia era una cumbre de políticos en alguna isla perdida de Inglaterra.

Entonces sonó el móvil, era Karla.

—Dime.

—No lo van a emitir.

—¿Por qué? —gritó Álex.

—Porque lo emitieron al mediodía y no quieren volver a hacerlo. No me han explicado por qué.

—A lo mejor porque quieren aprovechar a sus periodistas, que están aquí al acecho.

—Puede ser..., pero he llamado a mis contactos y Montse ha llamado a los suyos y no hemos conseguido ese espacio.

Mientras hablaban, la televisión terminó el servicio de la cumbre. La imagen cambió y la presentadora del telediario, una señorita muy mona y arreglada, anunció la noticia siguiente.

—Seguimos con el caso de los últimos días. Un caso que está dejando sin aliento a la población de Barcelona, en concreto, en la comarca de Osona, donde se encuentra el pantano de Sau, como bien sabemos. Hace menos de una semana, se encontró un cadáver en una maleta y desde hace unas horas un equipo de voluntarios y policías está buscando a marchas forzadas más cadáveres.

La imagen se alejó de la conductora de ojos oscuros y traje caro y se vio cómo al lado de la pantalla aparecía un periodista con un micrófono.

—Karla... —dijo Álex por el móvil—. Pon la uno. Voy a salir en directo —afirmó.

—No hagas locuras... —respondió, pero la comunicación se interrumpió porque el sargento colgó.

Álex salió corriendo de la caravana. Corrió por la carretera asfaltada de acceso al pantano de Sau. Fue tan rápido como pudo para subir esa cuesta de casi un kilómetro y llegar al cordón de la policía que impedía el acceso a los periodistas.

En cuanto llegó, todos comenzaron a hacerle fotos. Pasó por debajo de la cinta policial y buscó al mismo reportero que había visto hacía pocos instantes en la televisión.

Tardó unos segundos, pero lo reconoció; un chico con una camisa a cuadros rojos e iluminado por un foco instalado en la cámara.

Volvió a correr hacia el hombre mientras él ya se había percatado de Álex.

El reportero se quedó anonadado porque el sargento de la policía que llevaba el caso fuera directo hacia él.

Cuando lo alcanzó, Álex le arrancó el micrófono.

—Soy el sargento de la policía y tengo algo importante que contaros esta noche.

Álex se quedó deslumbrado por el foco de la cámara de televisión. El reportero que tenía al lado, a pesar de demostrar una cierta experiencia, se vio arrollado.

Todos los otros periodistas y curiosos que rondaban por los alrededores se fueron acercando. La breve conexión informativa se había convertido en un comunicado de prensa inesperado y, por supuesto, forzado.

—Esta mañana en la comisaría de Travessera de les Corts, hemos hecho un llamamiento a la población. Les confirmo desde aquí que ha sido un éxito. Más de trescientas solicitudes de ciudadanos concienciados y dispuestos a dedicar su tiempo y tecnología particular para el bien común de nuestra región. En este momento, más de treinta están rastreando el fondo del pantano. Os confirmo —dijo, e hizo un segundo de silencio, como los grandes comunicadores, y se dio cuenta de que otras televisiones lo grababan—, que hemos encontrado dos cadáveres más. Eso quiere decir que puede haber más víctimas en el fondo de ese pantano. Pero la noticia no es esta, lo que necesitamos ahora es que nos ayudéis a recordar. Todas las personas que conozcan a alguien que haya desaparecido alrededor del año 79. Gente que haya podido ser secuestrada, habladurías o voces de barra de cafetería. Algo que hayan podido escuchar o una anécdota, cualquier cosa, necesitamos eso. Eso y todo. Todo detalle o noticia nos ayudará a descubrir la identidad de la víctima. Necesitamos ahora de vuestra ayuda —dijo, y se quedó en silencio mirando fijamente a la cámara.

No pasaron más de dos segundos hasta que el reportero recuperó el micro con elegancia.

—Gracias, sargento, así que nos confirma que han encontrado más cadáveres, ¿de la misma época que el primero? —preguntó, mirando a la cámara y, acto seguido, miró al policía, apuntándole el micro.

—Ya lo he dicho. Necesitamos saber quién desapareció en la época —espetó Álex.

—¿Eso quiere decir que la policía no sabe dónde buscar? —dijo, mirando de soslayo la cámara.

—En el 1979 ni siquiera había registro de sequías ni de temperaturas, o casi. Todos los registros son analógicos y lentos de recopilar. Si la población nos ayuda, tardaremos mucho menos —dijo Álex, y se giró hacia el periodista con un tono más hostil—. ¿Me comprende?

El reportero tragó saliva, pero teniendo el micrófono aún puesto sobre el policía no se escuchó en la emisión. Luego se acercó el micrófono y, antes que fuera a decir nada, Álex se lo aproximó de nuevo.

—No vayas por ahí. La policía de Barcelona es eficiente, competente y rígida con los tiempos. Lo demostramos con el Asesino del Criptograma. Pero aquí es una cuestión de tiempo y agilidad, no de incompetencia. Y vosotros, los periodistas, sois los ases en descontextualizar las cosas.

El reportero se acercó de nuevo el micrófono y se tocó la oreja.

—Bueno, me dicen del estudio que quieren de vuelta la línea —dijo, y se giró hacia el policía—. Gracias al sargento de policía Álex Cortés; por hoy es todo desde el pantano de Sau, Miguel San Román, TV Uno —dijo, y se apagó la luz roja de la cámara.

Entonces el reportero se giró de repente hacia el policía.

—Tío, ha sido una pasada —dijo a Álex—. Eres grande. Cómo me ha gustado tu intervención. Joder, cómo ha molado. Te lo agradezco por la exclusiva, amigo.

En la cabeza de Álex resonó la palabra «exclusiva», que era sinónimo de primicia y de dinero. Muy lejos de los principios y las prioridades que él tenía.

Hizo un gesto hacia el reportero. Milímetros. Involuntario, pero que consiguió paralizar enseguida. Muchas más personas lo estaban viendo.

Si no hubiese conseguido detener al Álex visceral y nervioso, habría acabado en el despacho de Ferrer con una copia de algún periódico de larga tirada, en portada, retratado con el periodista cogido por la camisa.

Respiró y en medio de las preguntas de los otros periodistas y focos de cámaras se dio la vuelta y regresó a la zona vallada.

El agente subió la cinta policial a su paso y desapareció en la oscuridad de la carretera asfaltada.

En cuanto entró en la caravana, le sonó el móvil.

—Oye, jefe, lo has hecho muy bien —dijo el policía que estaba comiendo con él cuando encendió la televisión de la caravana.

Álex rio y descolgó la llamada.

—Karla, si me llamas para halagos, te has equivocado.

—Eh, qué mosca te ha picado.

Álex bufó.

—Perdona, es igual —dijo, y se sentó en la caravana—. ¿Por qué me llamas?

—Te conozco como mis bolsillos, algo que no se ha visto en la tele te ha fastidiado.

—Karla, ¿quieres un consejo?

Ella se lo pensó.

—A ver...

—Quédate en casa, pide la baja por embarazo de riesgo. A veces pienso que luchar para esto no vale la pena.

—Claro que vale la pena, Álex. ¿Y si fuera tu padre el que está metido en esa maleta y por fin lo habéis encontrado? ¿No te parece?

—A veces dudo si todo esto vale la pena. En una sociedad egoísta y que mira solo el dinero.

—Te equivocas, Álex. Mira tu pantano, cuanta gente voluntaria que quiere ayudar, ¿lo ves?

Álex se giró. Miró cómo los voluntarios, a pesar de ser hora tardía, seguían buscando.

—Todas esas personas demuestran que luchamos para algo, Álex. Aunque solo busques el error, la vida es mucho más, la sociedad se merece que sigamos luchando.

—Yo que tú me cogía la baja —insistió Álex.

Ella suspiró.

—Y yo que tú descansarías. Cuando estás tan insoportable, es porque estás muy cansado.

—Yo no estoy cansado —espetó—. Te llamo mañana —dijo, y colgó.

Guardó el móvil y se cruzó de brazos. Se quedó mirando por la ventanilla.

A los pocos minutos y después de varios bostezos, los ojos, como si tuvieran vida propia, se fueron cerrando, sin preaviso.

Álex cayó dormido.

La noche avanzó en medio de hallazgos de los voluntarios. La entrada en escena de la noche trajo muchas señalizaciones de los detectores.

Mario y los agentes de la científica a duras penas conseguían excavar al ritmo de búsqueda de los detectores.

Las vibraciones del móvil despertaron a Álex.

Afuera de la caravana, aún se oía un siseo externo provocado por los generadores eléctricos. Aún era de noche. Se había dormido unas horas.

Se incorporó de golpe, había dormido más de lo que pensaba. Ver que la noche aún tenía absorbido al pantano lo tranquilizó, se había dormido solo unas horas. Pero se equivocaba. El

dolor de cuello que tenía por haber dormido en esa silla auspiciaba que había pasado más tiempo.

Miró la pantalla. Un número largo que no conocía aparecía en la pantalla.

—Cortés.

—Soy Carles Alastrany, el hombre del tiempo de TV3. ¿Le despierto?

Álex se incorporó aún más en la silla.

—No, estoy de servicio —dijo mientras se rascaba los ojos.

—¿Sigue en el pantano, sargento?

—Sí —respondió—. Estamos aquí buscando.

—Lo vi anoche.

—¿Anoche?

—Sí, salió en el telediario y fue *trending topic*.

—¿Anoche, qué hora es?

El hombre se quedó callado por unos segundos.

—Las seis de la mañana, sargento.

—Mierda, me he dormido —espetó Álex mientras se levantaba.

—Lo siento si lo he despertado, pero era importante.

—No, ha hecho bien, gracias —dijo mientras se acercaba a la puerta y giraba la maneta para salir, pero al final no la abrió—. ¿Importante, señor Carles, qué pasa?

La eminencia del tiempo carraspeó.

—Lo siento, sargento, pero hay un cambio. Le dije que tendría dos días, pero las condiciones han cambiado...

—Entiendo que, si me llama a las seis de la mañana, no es para darme buenas noticias...

—En efecto.

—¿Entonces?

—No tiene dos días. Según los últimos cálculos predictivos... —dijo el hombre del tiempo y alargó preocupantemente el silencio—, tiene pocas horas.

Álex no daba crédito a lo que estaba escuchando. Estaba dormido, aún con los ojos entreabiertos. Su cuerpo, al mismo tiempo que estaba muy descansado por haberse dormido, pedía a gritos una taza de café.

—Perdón, Carles. Pocas horas para qué —dijo, rascándose un ojo.

—Para que empiece a llover. Para que empiece el temporal.

Álex se pasó una mano por la frente y por los rizos. Esa era la peor noticia que podía recibir esa mañana.

—Me está diciendo que nos quedan solo horas para desenterrar lo que buscamos.

—Como no os espabilen, a mediodía vendrá una tormenta parecida a la gota fría de Valencia —dijo el meteorólogo—. Siento no darle buenas noticias, pero es lo que acabo de ver.

—¿Acaba de ver? ¿Está seguro?

—Mire, yo por la mañana me tomo un café en mi despacho mientras reviso los cálculos que nos envían. En cuanto he visto esto, he entendido lo que iba a suceder. Es la primera persona a la que llamo y que sabe esta información. Las nubes han cambiado de dirección y van directas hacia ustedes.

—Maldita sea. Solo nos faltaba esto. ¿Tiene una hora precisa?

—A las once y media, aproximadamente, debería estar encima. Y van cargadas las nubes, sargento, doscientos litros por metro cuadrado. Sí, me imagino lo que estará pensando, meses de sequía y ahora todo de golpe; se llama cambio climático.

—En fin, gracias por llamarme, necesito una taza de café, hablar con mi equipo y acelerar el proceso de excavación, aunque el orden de estas tres cosas aún no lo tengo claro.

—¿Han conseguido encontrar algo más?

—No lo sé, me ha despertado usted. ¿Me puede llamar en unas horas para volver a informarme si hay cambios?

—Descuide —dijo, y colgó el teléfono.

Álex guardó el teléfono y salió por la puerta de la caravana.

El aire fresco del valle embistió al sargento. El olor a humedad y a rocío fluctuaba en el ambiente. A los pocos pasos de dirigirse hacia la carpa de excavación de Mario, se dio cuenta de que detrás de las montañas aparecía un ligero claro, el amanecer estaba en el horizonte.

Aceleró el paso. Bajó una ladera y se puso al lado del agua del estanque.

—Mario, me dormí, lo siento —afirmó Álex mientras pasaba la mampara de la policía científica—. Discúlpame.

Mario estaba esperando que un agente acabase con la pala. Cuando se levantó, le dio una palmada en el hombro.

—Fui a la caravana, pero estabas durmiendo como una princesa y preferí que alguien de los dos durmiese. Total, para trabajar ya estaba yo.

—Maldita sea, Mario, ¿por qué no me has despertado? —espetó Álex—. ¿Qué ha pasado?

—Pues mira, ellos siguen allí —afirmó Mario, indicando con un movimiento de cuello el mirador al otro lado del pantano—. Fue marcharte y esto ser un continuo de pitidos. Tenemos más de diez puntos con señales de objetos metálicos.

—¿Habéis encontrado algo?

—Por eso iba a despertarte, hemos encontrado otra maleta, ya está en la morgue.

Álex arrugó el ceño.

—¿Qué había dentro?

—Un hombre, como los otros, y muchas falsas alarmas.

—¿Qué quieres decir?

—Pues... —dijo Mario, y comenzó a contar con los dedos—. Una matrícula, un martillo, una cartera, una sombrilla..., toda basura que la gente ha tirado o se le ha caído, o la corriente ha traído.

Álex asintió e hizo un gesto con la mano para que acelerara.

—¿Pero habéis encontrado más maletas?

—No, solo una maleta —respondió Mario—. ¿Por qué no te vas a tomar un café?

Álex miró a su alrededor.

—Sí, iré ahora. Tengo una mala noticia, el temporal se ha adelantado. La climatología otra vez juega a favor del asesino. Tenemos que apresurarnos —dijo Álex, pasándose las manos por la cabeza.

Mario bufó con intensidad.

—¿Cuánto de adelanto?

—Demasiado, tenemos horas.

—¿Horas? —gritó, llamando la atención de muchos de los hombres que estaban alrededor—. ¿En serio?

Álex se giró hacia el compañero de la científica.

—Por desgracia, estoy dormido, pero no bromeo, me acaba de llamar Alastrany.

Mario se acercó a la mampara que hacía de barrera visual para que los curiosos e incluso los voluntarios no vieran lo que sacaban de las excavaciones.

—Ven... —dijo Mario, saliendo de la carpa.

Y cogió una linterna para iluminar el suelo del pantano. El agrietado y seco barro estaba diseminado de X hechas con spray. El compañero iluminaba cerca y lejos, buscando las señales que aparecían como setas.

—¿Ves todas estas señales?, son positivos. A cada señal del detector de metales, hemos hecho una marca.

—¿Todo esto? —dijo Álex mientras miraba con las manos cruzadas detrás de la cabeza—. ¿Todo esto tenemos que escarbar? —espetó con un tono desconsolado—. ¿Esto es lo que habéis descubierto mientras dormía? —gritó, acabando con una tono enfadado hacia sí mismo.

Mario asintió.

—No damos abasto. Tardamos mucho más tiempo en cavar que en localizar con los detectores.

Álex se quedó mirando las X que había por el fondo del pantano. Señales que parecían cicatrices. Potenciales tatuajes que marcaban un pasado de la historia del pantano de Sau. Objetos sin valor, descuidados o tirados. Escondidos debajo de miles de millones de litros de agua. Un fondo acuífero y un lugar con agua turbia en el que nadie buscaría nada. Un lugar donde tirar cosas, a favor del tiempo, a favor del olvido. Todo lo que el pantano tragaba allí se quedaba, en un fondo viscoso y deslizante que engullía. Menos cuando la naturaleza sabía, en sus ciclos de la vida, daba un respiro a la tierra y volvía a ser ladera y arena. Entonces las X afloraban a la luz de la verdad.

Delante de Álex no había indicaciones para cavar, delante de Álex había la coyuntura de devolver al mundo una esperanza y una segunda oportunidad. De encarcelar a un asesino y un funeral digno a las víctimas que estaban enterradas en ese cementerio de fango seco.

Solo había un problema, el tiempo.

La cantidad de señales era increíble.

¿Cómo conseguirían desenterrar todo lo que había allí? La hazaña que tenía delante era mucho más titánica de lo que se pensaba.

—Bueno, creo que tengo una idea —dijo Álex con esperanza—. Necesito una taza de café y una ayuda que creo saber dónde conseguir.

Entonces se giró hacia Mario.

—Más vale que sea buena esta ayuda.

—Pocas alternativas tenemos, solo nos queda esta mañana.

—Tráeme una taza de café con la idea, a ver si me alegras la mañana... —respondió Mario, y regresó a la carpa para seguir su labor de excavación, mientras que Álex se dirigía hacia la salida, donde estaba la caravana de Protección Civil.

Esa mañana habían quedado pronto.

Un café para Iván, unos churros calientes con cortado para Baldiri en una cafetería de barrio y al tajo.

Iván estaba acostumbrado a madrugar, sobre todo, desde que Laura había ido a vivir a su casa. La camarera del restaurante del polígono industrial cerca de la zona Franca, que había conocido con el caso de los cadáveres incendiados.

Ella había cambiado de vida e Iván también.

Cambio de pareja, de piso, de trabajo. Ella encontró un puesto como cajera y reponedora en un supermercado del barrio de Iván. Los dos se levantaban pronto y se iban a correr juntos. Ducha rápida. Bueno, a veces, cuando la hacían juntos, se alargaba un poco, y desayuno.

Esa mañana, Iván había pasado del ejercicio físico, tenían que irse pronto a ver el señor Juan Pérez Gómez, alias el Pera.

Subieron al coche de paisano y se dirigieron al centro de ancianos donde resultaba que estaba ingresado.

1979.

Más de cuarenta años habían pasado y aún tenían la posibilidad de poder hablar con ese hombre, era casi un milagro. Que recordase qué pasó en el período que estuvo detenido en La Modelo sería como ganar la lotería.

El coche recorrió la autopista dirección Zaragoza y se desvió hacia Lleida. El Pera estaba en el centro de una población del interior de Cataluña con un nombre difícil de recordar y que nunca habían oído antes.

Condujeron por un par de horas y llegaron justo cuando el horario de visitas comenzaba.

Aparcaron frente al edificio de color vainilla. Las pisadas hacia la entrada sobre la gravilla le recordaron a Iván la casa de sus abuelos. En las verdes jardineras, resaltaban plantas de margaritas y geranios cuidados y en flor que regalaban un sinfín de perfumes al aire.

Los dos policías se identificaron en recepción.

—No tenían concertada la visita, ¿verdad? —dijo amablemente la mujer de ojos profundos y risueños.

—No, es por una investigación policial y es muy importante que hablemos con él.

La mujer emitió un sonido gutural que a Iván ni le gustó ni lo convenció.

Baldiri se acercó al cristal que los separaba de la mujer para verle mejor el escote que guardaba dos pechos abundantes. El compañero se dio cuenta.

—¿Por qué, qué pasa? —preguntó Iván.

—El señor Pérez Gómez sufre de demencia senil. No siempre se encuentra en situación de recordar.

Algo en el interior de Iván sintió que se había materializado lo que pensaba. Su expresión lo delataba.

—Miren, si pueden esperar en esas sillas, veremos qué podemos hacer —dijo la recepcionista, indicando unas sillas de mimbre.

Los policías asintieron y se sentaron.

Al minuto, Baldiri se acercó a la oreja del compañero.

—¿Has visto qué pedazo de mujer y que...? —dijo sin acabar la frase, haciendo un gesto apreciativo sobre la delantera de la recepcionista.

Iván negó y puso los ojos en blanco a la vez.

Se quedaron de brazos cruzados por más de media hora cuando, de repente, la misma mujer de ojos risueños y con un deje característico local que los había atendido les dijo que la siguieran.

Recorrieron un pasillo y subieron las escaleras.

El ambiente de la primera planta olía a lavanda, no por las plantas que podían estar en algún lugar del centro, sino por algún ambientador en un enchufe.

Cruzaron una puerta y entraron en una salita donde un señor en una silla a ruedas los estaba esperando. A su lado, un chico joven.

—Buenos días, pasen, por favor —dijo el chico, e indicó un sofá donde podían sentarse los dos hombres—. Me llamo Andrés. Me han dicho que son de la policía y que querían hablar con Juan, ¿verdad?

—Así es —respondió Iván, alargando la mano y el chico se la estrechó.

—Bueno, hoy nos pillan un poco regulín, ¿verdad, Juan? —dijo, mirándolo.

Juan lo miró, pero su expresión demostraba que no lo acababa de entender. Solo seguía su voz como un acto reflejo.

—Bueno, Juan, ¿quieres escuchar a estos señores que han venido a verte desde lejos? ¿Te parece? —dijo con un tono de voz más alto de lo normal y sonriendo, como si estuviera hablando a un niño casi sordo.

El hombre sentado en la silla de ruedas asintió. Acto seguido, se giró hacia los agentes, sonriendo.

—Buenos días, Juan. Venimos a preguntarle algo de hace unos años, ¿nos podría ayudar? —dijo Iván sin tener respuesta del hombre.

Andrés le dijo sin que lo viera el anciano que lo repitiera más alto para que lo oyera.

Iván obedeció.

Entonces Juan asintió.

—Bien. ¿Se acuerda de este hombre? —preguntó Iván mientras enseñaba la foto de Alfonso Blanco. Luego lo señaló.

El anciano miró la foto como si estuviera observando una planta, sonriendo.

Una vez que la vio, levantó la vista de nuevo al agente, sin decir nada.

—¿Se acuerda? Estuvieron juntos en prisión. Se llama Alfonso Blanco.

—Lo llamaban el Cloaca —añadió Baldiri.

—Eso, lo llamaban el Cloaca, por beber mucho, ¿se acuerda? —insistió Iván, y luego se giró hacia el compañero—. Bueno, si te acuerdas de lo que dijo el exinspector, dependiendo si lo veían de día o de noche, estaba borracho o sobrio.

Baldiri asintió.

—Menos en prisión, que no tenían acceso al alcohol.

El anciano no daba señal de recordar, ni siquiera decía nada.

—Señor Juan, estuvo unos meses con este hombre en la cárcel, ¿se acuerda? ¿Recuerda qué pasó? Si le dijo algo, o pasó algo, o incluso si usted le dijo o le hizo algo. Sabemos que hace mucho tiempo, pero la verdad es que necesitamos muchísimo de su ayuda para que podamos seguir con una investigación, ¿sabe?

Entonces el anciano levantó un dedo.

—Estaba Jenny.

—¿Jenny? —preguntó Iván, mirando al enfermero—. ¿Quién era Jenny, señor Pérez?

—La enfermera de La Modelo... —dijo el anciano—. Y estaba muy buena —dijo, y acabó sacando la lengua apretándola entre los dientes.

Baldiri se rio.

El enfermero e Iván se quedaron mirando la escena.

—¿Qué más recuerda de la cárcel?

—Jenny, Jenny, Jenny... —dijo el anciano—. Jenny y Miguel.

—¿Miguel? —preguntó Iván—. ¿Quién era Miguel?

—Un agente. Me pegaba.

—¿Qué más recuerda de su estancia en la cárcel?

—Jenny —repitió con insistencia.

—Juan, de sus compañeros de cárcel, ¿de qué se acuerda?

Entonces el hombre levantó la mirada y señaló el techo.

Los tres siguieron la dirección del dedo.

—¿Qué hay?

—Me gustan las arañas.

—¿También había en La Modelo?

—No, solo aquí. Me gustan las arañas.

La conversación siguió un rato más hasta que el anciano se cansó y el enfermero se percató.

Se levantó y pidió a Iván que lo siguiera.

—Conozco al señor Juan, no va a dar más de sí esta entrevista.

Iván bufó.

—Es muy importante que lo sigamos intentando.

—Van a perder el tiempo, agente. No lo conseguirán. Hoy está así, la demencia senil es lo que tiene. Hoy se acuerda, o a lo mejor en un rato se acuerda, pero solo son instantes. Esto va cambiando, no sigue ningún patrón, y se va perdiendo. Esto es lo que es.

—Mierda.

—Eso, es una mierda, no quería decirlo.

Iván se quedó mirando al anciano sentado en la silla de ruedas.

—Si no hay esperanza, me voy, pero me tiene que hacer un favor.

El enfermero asintió.

—Estamos en una investigación muy crucial, si tiene un momento de lucidez, tiene que preguntarle si se acuerda de un tal Alfonso Blanco, alias el Cloaca. Estuvieron en la cárcel juntos en el 79.

—En La Modelo sí —confirmó el enfermero.

—Entonces la pregunta es: ¿qué pasó o quién más estuvo con estos dos presos en la cárcel? La viuda dice que su marido, que desapareció poco después, tenía que haber dicho algo o pasado algo en la cárcel. Incluso puede que estuviera alguien más. Necesitamos saber cualquier cosa que pasara con este señor —dijo Iván, y le dejó una tarjeta de visita—. Este es mi número, llámeme cuando sea y volveremos.

—Cuenta con ello.

—Gracias —acabó Iván, y junto a su compañero, se marchó.

Los cuarenta años entre ese momento y el día que estaban era el peor enemigo. El tiempo borra las pistas y cancela las pruebas.

Se fueron del geriátrico con el rabo entre las piernas.

—Tranqui, Iván, encontraremos otro cable en otra dirección. Es normal. Ánimo, hombre. Por lo menos nos vamos con algo bueno... —dijo Baldiri mientras daba la vuelta al coche aparcado delante del centro.

—¿Qué? —preguntó el compañero.

—Pues que hemos conocido a la recepcionista.

—¿Qué quieres decir con que hemos conocido?

—Se llama Anna —dijo, y le guiñó el ojo.

—No me digas que le...

—Sí, le he dejado mi número... —afirmó Baldiri con un tono de victoria.

Iván abrió el coche con el mando a distancia mientras sacudía la cabeza.

—Si esa chica tiene dos dedos de frente, borrará ese número de teléfono —dijo Iván.

—¿Qué has dicho? —preguntó el compañero.

Mientras entraban en el coche, se abrió una ventana del primer piso del geriátrico. De ella salió el busto del enfermero.

—¡Agentes, tengo un nombre, suban! —gritó Andrés.

Los policías se miraron, cerraron el coche y corrieron de nuevo hacia el edificio; el enfermero los atendió en la puerta.

—¿Qué ha pasado?

—Acaba de tener un momento de lucidez.

—¿Y qué ha dicho?

—Solo ha dicho que en La Modelo había un poli.

—¿Un poli? ¿Qué quiere decir?

El enfermero se encogió de hombros.

—Un poli, un poli entró en la cárcel, un tal Duro, o el Duro.

Iván arrugó el ceño y fue directo a hablar con Juan. El hombre volvía a mirar las musarañas. Con la mirada perdida. El momento de lucidez había durado muy poco.

«No hay mucho más que sacarle al pobre hombre», pensó Iván después de varios intentos de que explicase lo que era eso.

Al final desistieron.

Volvieron al coche, callados. Iván no quiso compartir con el compañero que cabía la posibilidad que estuviese fingiendo. Aunque si fingía, lo hacía muy bien. Pero para qué decir un nombre si no había nada más detrás. ¿Por qué?

Confió en la información, era lo único que podía hacer.

La preocupación de saber si el hombre fingía tener demencia senil o no se esfumó cuando, en medio del parquin, le salpicó una gota.

Luego, otra y otra.

Levantó la mirada, las nubes comenzaban a acechar el cielo, la tormenta se acercaba.

«Ante problemas, buena cara», pensó Álex.

Esa frase se la repetía siempre su abuela.

Era un mantra que formaba parte de su vida, y su hermana Ana también la usaba mucho.

El tiempo se había reducido drásticamente. Pero para avanzar de una forma algo drástica, Álex optó por un remedio drástico.

Al dejar a Mario, se fue directo al responsable de Protección Civil. Sabía que la entidad disponía, siempre lista para el uso, una división de vehículos para la defensa de la población en caso de emergencia.

Les dijo que llevaran dos excavadoras pequeñas, conocidas como BobCat.

Una vez confirmado que irían, se hizo una taza de café muy fuerte y la tomó como si fuera una medicina.

Se fue a donde estaba Mario y ayudó a excavar en el punto que se había indicado.

A la hora y media llegaron las pequeñas excavadoras en medio del revuelo de los curiosos y periodistas. El camión que las transportaba las dejó en el terreno de búsqueda.

Con las excavadoras, el *modus operandi* cambió.

Se optó por dividir las mamparas que escondían los cuatro lados de las excavaciones hechas con una pala, así, solo se ocultaban los lados que daban a los miradores.

La excavadora realizaba el agujero donde había una marca en el barro seco y luego las palas intervenían para ver si era otra maleta o una falsa alarma.

Salieron terrones de tierra más rápidamente en las últimas dos horas que en el resto de la búsqueda.

Álex, excavando en medio de los compañeros, se dio cuenta de la indecencia humana. Todo lo que se tragaba el pantano, en ese momento, la naturaleza lo volvía a escupir.

Anclas de barco, una bicicleta, un viejo cubo metálico de Chupa-chups, una señal de tráfico de vete a saber qué lugar, chapas de botellas y latas de tomates pelados. Una vieja tapa de

alcantarillado de una población cercana, una vieja rueda de carro, parte de un motor de barco y un pico oxidado, entre más cosas.

Pero nada de más maletas.

Álex se detuvo con la frente sudando.

Se quedó observando lo que llevaban de terreno, dos horas extenuantes de trabajo y aún quedaba toda la parte de atrás de la iglesia por estudiar.

Una extensión que seguía llena de X en el suelo. Un terreno marcado por cicatrices que podían preservar muerte o basura.

Detrás de él, el otro lado del pantano seco estaba lleno de agujeros y grumos de tierra removida. Paisaje lunar como un queso emmental de agujeros revueltos. Una cara de la luna llena de granos reventados.

Pero lo peor empezaba en ese momento.

En ese instante de respiro que se había tomado Álex para ver cuánto faltaba, una gota tocó su frente.

La primera es la peor. Es la avanzadilla de lo que viene detrás. El jinete solitario que precede al ejército que avanza desenfrenado.

Luego hubo una segunda.

Seguida por una tercera.

Entonces levantó la vista al cielo y vio las nubes que amenazaban la lluvia, que al final habían llegado.

Alastrany tenía razón. Al mediodía, antes de las primeras predicciones, se había cumplido la profecía de la lluvia.

Un maná del cielo para los agricultores y una desgracia para todas las personas que estaban buscando.

La cuarta gota cayó en un ojo de Álex y lo hizo cerrar los ojos. Plegar el cuello hacia adelante.

Luego hubo un trueno.

Mario se acercó.

—Esto promete mal, amigo.

—Tenemos que seguir, tenemos que acelerar el paso. Por todos los demonios —gritó a Mario y a los compañeros que excavaban—. ¡Más rápido, más rápido!

La pala de la excavadora aceleró la extracción de la tierra. Los agentes aceleraron el paso a pesar de la fatiga acumulada.

Fue justo cuando Álex regresó a buscar entre los terrones que escuchó el siseo de la lluvia. Una cortina de agua que se fue acercando y los embistió.

«Maldita sea. Justo ahora», se dijo en sus adentros.

—Vamooos, más rápido, más rápido.

Revisaron más X. Se desplazaban, las búsquedas eran menos cuidadosas.

Botones, latas, más objetos de metal sin sentido que estuvieran en ese terreno. Pero nada de maletas, y las señales no disminuían.

Álex levantó la mirada, los voluntarios se habían ido, a protegerse seguramente de la lluvia, para resguardar sus fieles aparatos de búsqueda.

Cuando estuvo de pie, Álex se dio cuenta que el agua estaba borrando las X del suelo.

Luego, una mano lo agarró con fuerza por detrás.

—Tengo que sacar de aquí a mis hombres y las excavadoras —gritó el jefe de Protección Civil mientras la lluvia azotaba cada vez más fuerte.

—Ni hablar. Tenemos que seguir —gritó Álex; la lluvia le rociaba en plena cara, ya mojado de arriba abajo—. Nos falta todo eso aún.

En ese instante se acercó Mario.

—Me da igual cuánto quede, mis hombres no van a estar en peligro en este maldito sitio —gritó el jefe—. Esta gente se va. Rafa, sal con este trasto —ordenó al hombre que estaba encima de la excavadora al mismo momento que indicaba la salida de ese lugar.

—¡No! —exclamó Álex, y se interpuso entre la máquina y la salida—. Tenemos que seguir, nos falta esa parte solo. Allí puede que haya más cadáveres sepultados, por todos los demonios —vociferó, abriendo los brazos y oponiéndose físicamente.

El jefe se acercó al sargento y lo apuntó con un dedo.

—Apártese, Cortés, o le voy a pedir que lo investiguen por obstrucción y poner en peligro a agentes —le gritó en la cara—. ¿Me ha entendido?

La lluvia iba cayendo cada vez más fuerte. Todos los hombres de Protección Civil y los agentes de la policía se estaban retirando.

A las primeras gotas, los drones que llevaban horas grabando fueron retirados y guardados en las furgonetas.

Al otro lado de la orilla, se fueron yendo los curiosos, quedando solo los más tenaces y profesionales de la información.

El agua volvía a su lugar. Durante tantos meses que había desaparecido de esa zona, regresaba con fuerza y con ganas de quedarse.

Cuando la tierra comenzó a respirar, soltó un suspiro de humedad y sed. Una mezcla entre polvo y agua, el primer olor a lluvia que invade y anuncia tormenta. Luego las gotas se fueron uniendo y se filtraron por las grietas de la tierra árida. El nivel de agua fue sobresaliendo de las fisuras, inundando la tierra y devolviendo a la vida de nuevo el barro que durante tantos meses estuvo en letargo.

El fango se convirtió en una pista deslizante. El pantano de Sau volvía a respirar.

—Me da igual. Tenemos que seguir —gritó nuevamente con la pala en la mano.

—¡No! Apártese, Cortés, es la última vez que se lo digo o le pasaré por encima, aunque sea la última cosa que haga.

Álex se quedó en silencio mirando al hombre, cara a cara. Mientras la lluvia era el único ruido que escuchaban sus orejas, junto a los latidos de su corazón, que se iba acelerando por la ira y la impotencia.

—¡Déjeme la excavadora! Yo la usaré —gritó Álex.

Entonces Mario se acercó. Dio un paso y se resbaló. Se enganchó a Álex y este lo ayudó.

—Vámonos, Álex, esto comienza a estar imposible. No podemos hacer ya nada más —intentó convencerlo Mario—. Por favor, vámonos.

El jefe de Protección Civil los apartó y la pequeña excavadora avanzó. Las orugas patinaban sobre el lecho de barro fresco y casi le resultó imposible salir del pantano.

Llegó después de muchas dificultades hasta la carretera asfaltada y subió.

Álex se separó de Mario.

—Mario, aquí había una —dijo Álex, señalando el suelo, y plantó la pala y la clavó—. Ayúdame, puede que aquí haya otra maleta —gritó, y, al quitar la primera pala de barro que ya salía como si fuera arena, lo volvió a mirar—. Mario, ayúdame, yo me acuerdo de unas cuantas, podemos hacerlo. Podemos encontrar más maletas.

El compañero de la científica se levantó.

—¡Álex! ¿Es que se te ha ido la pinza o qué? —gritó, cogiéndolo del pescuezo—. Ya no podemos hacer nada.

Álex, con un golpe de pelvis y dándole un golpe con el codo, se soltó del agarre.

—¿Pero qué te pasa, Mario? ¿De qué lado estás? Ayúdame en lugar de estar ahí mirándome. Tenemos aún tiempo de buscar, por todos los diablos.

El temporal ya estaba soltando toda el agua acumulada sobre ellos. Relámpagos y truenos sonaban en las inmediaciones. Detrás de las montañas que atesoraban esa fuente, aparecían *flashes* de luz que tardarían poco en llegar.

—Álex, ¿es que no lo ves?, esto está que no podemos ni caminar. ¿Quieres caer dentro del pantano o qué? —gritó Mario.

—Quiero acabar lo que hemos comenzado —berreó Álex; mientras lo decía, se desestabilizó perdiendo el equilibrio y cayó ladera abajo.

Como aceite bajo sus pies.

Eso pensó Álex cuando dejó de ver a Mario. El barro fresco era como arcilla de hacer cerámica, pero con la diferencia de que era incontrolable.

La adherencia se perdió con un suspiro. Álex se había descuidado y dejado arrollar por sus instintos más primarios, salvar a todos los que pudiera.

Pero eso le costó caro.

La figura de Mario desapareció detrás de la ladera. Estaban buscando al lado del campanario que tantas veces se ve en las preciosas postales del pantano.

La excavadora buscaba un tesoro abandonado y que un artilugio electrónico se encargó de llevarlo a la luz.

Faltaba demasiado como para dejarlo. Álex era inconformista: no pensaba en las cuatro personas que habían sacado, sino solo en las que podía haber dejado bajo la extensión de fango que vete a saber cuántas décadas más podían permanecer allí.

Esa sed, ese afán de salvar y solucionar era su punto máspreciado y más débil; nunca sabía cuándo retirarse. En eso, Karla, su alter ego, era capaz de sacarlo a tiempo y hacerlo razonar.

La echó de menos en ese vuelo ladera abajo. Cuando aún podía pensar.

Patinaba cuesta abajo, como si un ente superior lo estuviese llamando y arrastrando dentro del agua.

Dio varios vuelcos, y varios tumbos, por los numerosos saltos y terrazas de niveles que tenía la zona de la iglesia.

Álex perdió de vista a Mario y con él, todas las esperanzas.

Fue bajando hasta tocar los pies en el agua y por algún reflejo inesperado de supervivencia se detuvo. El agua le llegaba a las rodillas.

Estaba empapado de barro, pesando el doble de su peso habitual. El pantano, como una ballena que lo aspira todo, lo habría tragado a él también para la eternidad si no hubiese sido por

un fino arbusto casi seco que sobresalía de la orilla. Un flacucho matojo despojado de hojas que sujetaba al policía más famoso de Barcelona, a punto de desaparecer.

Álex se quedó en silencio, sujeto, sabiendo que ese vegetal no aguantaría mucho su peso.

«No he muerto a manos del asesino más temible de Barcelona y en cambio lo haré por un desliz en el barro. Demencial», se dijo Álex.

Mario usó la pala para bajar, usándola de pico, como un escalador en una pared de hielo.

—Aguanta, Álex —gritó Mario mientras se deslizaba por las terrazas de tierra al lado de la iglesia.

Álex había dejado de hablar. Al segundo intento de recuperar algunos centímetros en contra de las mandíbulas del pantano, obtenía el efecto contrario: se hundía más.

—Álex. No te muevas, ya voy. Ya te veo —gritó Mario, bajo una lluvia ya torrencial.

Un relámpago cayó en la cima de la montaña. Su luz repentina dejó todo el valle de Sau iluminado por unos segundos.

—No se te ocurra soltarte, amigo —chilló Mario.

Faltaban pocos metros para alcanzarlo. Álex lo veía llegar. El agua que le había inundado los zapatos y le llegaba a las rodillas se hacía por momentos más y más fría. Caer allí dentro habría significado el fin.

Mario clavó la pala y consiguió bajar lentamente, procurando encontrar rocas y pedruscos donde apoyar los pies para que no se le hundieran en el barro, cada vez más virulento.

—Ya te tengo, ya te tengo, Álex —repetía Mario.

Clavó la pala un metro antes del arbusto que sujetaba a su compañero.

Apoyó el pie derecho en una piedra que sobresalía y se agarró con una mano a la pala. Con la otra, la acercó a Álex para que él la cogiera.

—Dame la mano —gritó Mario.

Álex intentó llegar, pero estaba demasiado lejos.

La lluvia seguía bajando con intensidad y el valle se había oscurecido.

—Esfuérzate, Álex —insistió.

Álex se estiró un poco más.

—No puedo, Mario. Acércate un poco más.

Faltaba un palmo para que se tocaran las manos de los dos policías.

—Mario, tienes que acercarte más —gritó Álex.

El de la científica se esforzó más y los dedos de los dos policías se rozaron.

Cuando estaban cerca de poder cogerse, la piedra del pie derecho de Mario se desmenuzó como polvo. El apoyo de Mario se perdió y este cayó directo al agua.

Álex, en un movimiento veloz, alargó el brazo y lo cogió del cuello.

Lo agarró y, rezando para que el arbusto los sujetase, arrastró a Mario hasta que pudo cogerse él también del rastrojo que sobresalía de la ladera.

—Vaya, no me imaginaba que estarías aquí conmigo —bromeó.

Mario se limpió el agua pútrida del pantano que tenía en el rostro y necesitó varios instantes para entender lo que había pasado: él también estaba en la misma situación que Álex; el salvador se había añadido al que necesitaba rescate.

El arbusto, que parecía no aguantar ni a un hombre, resultaba que ahora era la salvación de dos personas.

—¿Qué tal, Mario? ¿Fresquita el agua?

—Maldita sea, Álex, por todos los rayos —espetó Mario.

—Bueno, ha sido un placer haberte conocido —respondió con tono sarcástico—. Gracias por venir a salvarme, por cierto, suerte que no has sido de rescate por las montañas porque no te hubieras ganado la vida.

—Te ahogaría, Álex, pero si lo hiciera, lo haría yo también.

—Bueno, no lo creerás, pero es un consuelo.

En ese momento, detrás de esa ironía fruto del miedo, se escondió el momento más duro para Álex: darse cuenta de que podía morir.

El agua le llegaba a la pelvis y no era por el arbusto, que milagrosamente aguantaba, sino por el agua que iba subiendo empujada desde el río y por la lluvia.

Cuanto más buscaba un apoyo, se hundía más en una mezcla de barro y arenas movedizas líquidas.

Se habrían quedado allí, como ratas, esperando la muerte, cuando una luz les llamó la atención. No era un relámpago. No era un coche, no era la luz al final del túnel, sino una linterna que jugaba con la sombra.

El haz de luz bailaba encima de sus cabezas.

Luego se movió hacia un lado de la izquierda, después del campanario.

—Estamos aquí —gritó Álex—. Aquí. Estamos aquí.

El segundo grito sirvió para que la luz regresara a iluminar la zona encima de sus cabezas.

—¿Estás bien? —preguntó Álex a Mario.

—Estaría mejor en mi casa —respondió, tiritando.

—Aguanta, amigo, a lo mejor nos vienen a buscar.

—¿Quién será el desconsiderado que nos está buscando?

En medio de la cortina de lluvia apareció una luz que los iluminó. Luego, la apartó. Y se vio quién era, un hombre con un casco y una linterna encima de la cabeza. Mono y unas cuerdas. Y se caló por la ladera.

—Los he encontrado —dijo por la radio.

El hombre se acercó a cuatro patas.

—¿Chicos, estáis bien? —dijo con tono tranquilizador mientras estudiaba la gravedad de la situación—. Ahora os rescatamos. ¿Queréis algo?

—Sí, una hamburguesa con doble de queso con poca cebolla y sin pepinillos —dijo Álex.

—Para mí, un Don Pepito poco hecho.

—Confirmado, están bien —dijo el hombre por la radio.

Justo en ese momento, el arbusto decidió que ya no podía más y, sin preaviso, cedió, dejando a los policías sin agarre.

La sutil madera crepitó y se partió. Sus caras fueron cambiando cuanto más caían y cedían sus pesos hacia el fondo del pantano.

A Álex y a Mario, en el tiempo de un pestañeo, el agua les llegó al pecho.

El hombre que había acudido a salvarlos tuvo la rapidez de mandar un mensaje a la radio: una palabra, un auxilio, una acción que lo resumía todo.

—¡Tira! —gritó.

A la vez, se echó hacia los policías y los cogió de los brazos. Su puño se enroscó con una presión tan fuerte como la de una tenaza.

La polea a la que estaba enganchado comenzó a tirar hacia la orilla y los tres hombres subieron por la ladera.

Los tres cuerpos, hasta que no llegaron a la parte plana del terreno, fueron arrastrados por la cuerda y deslizados por el barro.

Cuando él lo consideró, dijo que parasen.

Entonces se levantaron. Y Álex abrazó al hombre del casco. Luego, a Mario.

No tardó mucho la lluvia que caía con fuerza en limpiar el barro que los recubría.

Cayó un rayo al otro lado del pantano, iluminando de nuevo el valle de Sau.

Álex respiró. Pensó en el miedo que acababa de vivir y de sentir. Quizá el más intenso que recordaba en sus propias carnes, y lo peor, miedo a perder la vida.

—Gracias —dijo Álex al hombre del casco. Al mismo tiempo, vio cómo la cuerda que los había salvado venía de una polea instalada en la parte trasera de la pequeña excavadora. A su lado, el jefe de Protección Civil sujetaba el mando.

Suspiró y se giró mientras Mario se iba hacia la salida, Álex se quedó allí. Mirando esa desolación.

El fondo del pantano no volvería a verlo así. Ya casi sin agujeros.

Había hecho lo que había podido. Dos días se habían convertido en poco más de uno y habían encontrado cuatro maletas con cuatro cadáveres. Más la mujer que había encontrado la familia.

¿Cuántas maletas habían quedado por descubrir?

¿Cuántos cadáveres quedarían sin respuesta y sin hallarse allí o en otros sitios?

Habían encontrado cuatro, pero no era suficiente.

La lluvia seguía mojándole la cara y los rizos embebidos de fango le cubrían la frente.

Sintió miedo e impotencia.

Muerte y desasosiego.

Suspiró con fuerza. El estado de *shock* que había sufrido aún estaba navegando en sus venas en forma de adrenalina.

Sintió una mano en el hombro.

Mario lo llamaba.

Se había acabado.

Le pedía que se marchara.

Se dio la vuelta y ya, a punto de tocar el asfalto, se giró una última vez. Dio una última ojeada a ese monstruo de agua que todo lo que engullía, al final, no lo devolvía.

La periodista se arregló el pelo. Se lo alisó con los dedos, mechón a mechón.

Luego se limpió la americana negra. Se aclaró la voz e hizo una señal con la cabeza al cámara.

—Si pudiera cambiar una cosa de sus crímenes, ¿qué sería? —preguntó la periodista.

La entrada era importante. En el vídeo final que compondría el documental, no se verían si las reuniones con los entrevistados habían sido una o quince. Todo tenía que parecer similar, continuo, lineal.

Néstor se aclaró la voz. Tenía delante una cámara, una a la derecha, una a la izquierda y otra al lado de la cabeza de la periodista.

—Nada. Todos mis asesinatos estaban meticulosamente calculados y ejecutados. Todo era para llegar a la perfección.

La mujer afinó los ojos y apartó la carpeta.

—¿La perfección?

—Sí, la perfección.

Valeria Eriksson arrugó el ceño.

—¿Los asesinos en serie llegan a la perfección o buscan la perfección?

—¿No es lo mismo?

—No. Anhelarla es intentar que en cada asesinato se pueda acercar a la idealización de lo que uno tiene en la cabeza. Acercarse a un deseo y que uno no pueda alcanzarlo. Cuando no lo consigues, entonces lo buscas alcanzar con el asesinato siguiente.

Néstor sonrió nervioso.

—¿Quién le ha dicho esas patrañas?

—¿Patrañas? —preguntó ella con un tono desafiante—. ¿Es que usted no ha leído los libros de la criminóloga Ana Cortés?

—Ana, Ana Cortés. La superviviente. ¿Sabe que yo la ayudé a que diera a luz a su hijo?

—Lo sabía, vuelve a hacer lo de siempre. Cambiar de pregunta, desviar la atención a algo que le interesa hablar y no lo que yo le pregunto.

Se encogió los hombros.

—¿Cree que habría sido un buen abogado?

—Da igual lo que yo crea, ¿usted lo cree?

—Yo creo que sí, me gusta.

—¿Qué cambiaría de sus crímenes?

—Cualquier cosa.

—¡Cualquiera!

—La buscaría a usted.

—¿A mí? ¿Por qué?

—Porque me hubiera encantado probar su piel, su sangre, su vagina.

La mujer se quedó callada, mirándolo fijamente.

—Cuando leo su libro, y le aseguro que lo he leído y releído, encuentro ciertas discrepancias con lo que me contó Ana Cortés. En su libro, habla de relaciones con hombres, ¿es verdad?

—Sí, pero con mujeres también. Sobre todo, con mujeres.

—¿Siente vergüenza?

Él hizo un movimiento extraño con la cabeza.

—Nunca. Pero me gusta más con las mujeres.

—¿Por qué Mary?

Él se sonrió otra vez.

—Mary, una coincidencia.

—El otro día dijo que había elegido al sargento Álex Cortés, entonces cabo, porque le pareció un hombre inteligente.

—Era el héroe de esta maldita ciudad, había salvado al hijo del presidente.

—Ya, pero hay algo que no me cuadra. Barcelona tiene un millón seiscientas mil personas y su provincia, unos cinco millones y medio. ¿Le parece que sea casualidad que elija a un policía para jugar a un juego que sabe que va a ganar, planificado, con el actual novio de un exligue que usted tuvo? —dijo, y se quedó unos segundos en silencio—. ¿No cree?

Néstor se quedó en silencio, pensativo.

Al cabo de un rato, chasqueó la lengua.

—Es usted más inteligente de lo que pensaba —dijo, y levantó las manos.

—¿Entonces?

—Puede ser...

—Por favor, ¿puede contestar de una forma clara?

—Sí, Álex se acostaba con Mary. Ya no lo soportaba. Quién mejor que él. Ana tenía que sufrir, él lo tenía que hacer. Los dos. Ana tenía que morir, pero...

—¿Pero?

—Pero me enamoré de ella.

La periodista levanto una ceja suavemente.

—Si no le importa, hablaremos del amor más adelante. Hemos hablado de la muerte, pero vale la pena que pasemos al otro lado.

—El amor y el odio bailan en el filo de una navaja.

—Bien, de esto hablaremos en otro momento. Para concluir este tema, me gustaría que explicara algo que tiene en su mente. Algo que seguramente ve todos los días. ¿Cómo debería terminar su historia? ¿Qué final sería el adecuado para Néstor Luna?

Él se la quedó mirando. El ambiente de la celda de cemento pulido olía a humedad. Los focos dejaban a su alrededor un aurea irreal de oscuridad, señal de lo que era él, un ser oscuro.

Néstor pensó esa pregunta. Le dio vueltas y contestó de la peor manera posible, dejando una puerta abierta.

—Mi historia nunca terminará. Mientras haya memoria de mis actos, continuaré viviendo. Un final adecuado sería aquel en el que mi legado sea eterno. ¿Pero sabes, Valeria, qué es lo mejor de todo esto? —dijo mientras sus ojos penetraban en los de la periodista, de un azul clarísimo—. Mis actos y mis libros pueden inspirar a más como yo. Por eso he aceptado grabar esta serie.

Álex aparcó el coche en el subterráneo de Sabadell.

Esa mañana, la central de los Mossos olía a lejía.

Recorrió el pasillo seguido por Iván. Había pasado casi una semana del día del temporal. Desde entonces habían cambiado muchas cosas. Lo único que no, eran Álex y su afán por desenterrar la verdad, la misma que yació en el fondo del pantano por mucho tiempo. Ahora, con la ayuda de la Dama de la Muerte, a lo mejor, se habría conseguido algo de luz en la oscuridad.

Álex entró en la morgue.

Alba estaba, como siempre, en la silla delante de su ordenador. Ese día llevaba puestos unos auriculares.

Álex carraspeó, pero la mujer no se giró.

Miró a su compañero e Iván encogió los hombros.

Dio un paso adelante, pero consideró que si la tocaba, se asustaría.

Sacó el móvil para enviarle un mensaje cuando la mujer se quitó los auriculares.

—Eres muy torpe, sargento. ¿Crees que no te había oído? —dijo la mujer sin mirarlo.

Álex lo guardó e hizo una mueca.

Apoyó los auriculares en el primer cajón del escritorio y lo cerró.

Luego, con lentitud, se giró hacia los dos policías.

—Esperaba que vinieras con tu bella Karla —dijo con un ligero matiz de celosía que solo Álex supo ver.

La mujer llevaba una falda corta que se veía entre las dos solapas de la bata blanca y que se perdía antes de que esta terminase. El escote no podía faltar, una camisa de rayas se abría debajo enseñando delicadamente el sujetador, esa mañana, de color negro.

Iván tragó saliva.

—Sé que ya lo sabes —dijo Álex con una cierta arrogancia provocada por el juego de la mujer.

—¿Qué debería saber?

—Que Karla no iba a venir.

—¿Y por qué debería saberlo?

—Porque está de baja, y eso lo sabías desde ayer —afirmó mientras seguía mirando el atuendo provocativo que llevaba la mujer sin confesarlo.

—No sé de qué me hablas —concluyó mientras se levantaba.

El repicar de los tacones de la Dama de la Muerte hacia las cámaras frigoríficas generaron un eco agudo.

Álex se dio cuenta de que ella solía ir en zapatillas y tejanos.

¿Esa era una señal de que volvía a la carga?

¿Volvía a estar mal con su marido?

¿Seguía Álex siendo su presa más importante?

—¿Qué hacéis allí inmóviles, no venís?

Álex se giró hacia el compañero y le dijo que se acercara él primero.

Alba abrió una compuerta, luego otra y otras dos. De repente, cuatro mesas extraídas sobre las que estaban cuatro cadáveres.

—Poneos la pomada u os vais a desmayar —advirtió ella.

Enseguida, los policías lo entendieron y obedecieron. Se colocaron en las fosas nasales la pomada mentolada y una mascarilla. Luego, con esa protección, pudieron acercarse.

—Todos iguales —dijo la mujer mientras sacaba una piruleta en forma de corazón y de color rosa, casi fucsia.

—¿A qué te refieres?

—Pues que todos los cadáveres presentan el mismo *modus operandi*.

—Es decir, cortados y metidos en una maleta —afirmó Álex, dándolo por hecho—. Alba, si me has hecho venir hasta aquí por eso, ya lo sabía, me lo dijiste el último día.

—Así es, todos de la misma manera. Recompuestos, aquí los tienes. Pero hay más...

—Las maletas son iguales, ¿no? —preguntó Iván.

La mujer se sorprendió.

—¡Anda! Si es que habla y todo tu acompañante —espetó Alba hacia Álex, señalando a Iván.

Álex puso los ojos en blanco.

La mujer chupeteó la piruleta.

—Sí, las maletas son exactamente iguales. Sin marca, sin rastro, sin huellas. Nada. El tío trabajó bien, pero...

—¿Pero?

—He descubierto cómo los mató a todos, del mismo modo —dijo, y se volvió a meter la piruleta en la boca.

Álex levantó una ceja, no tanto por el hallazgo, sino por la forma que estaba degustando ese caramelo con palo.

Suspiró y preguntó.

—A ver, ¿cómo?

—Nembutal.

Los dos policías se quedaron en silencio.

—Es un medicamento.

—¿Y? —preguntó Álex.

—Su principal componente es el pentobarbital, es de la familia de los barbitúricos. Pero lo increíble es que, a pesar de haber estado tantos años en agua, este elemento ha hecho de conservador, de nevera, y ha conservado la medicina de esa época.

—Espera —dijo Álex, levantando la mano—. ¿Qué quiere decir de la época?

—Pues que está descatalogado del vademécum medicinal. Ha sido sustituido por productos más efectivos y con menos efectos secundarios —dijo, y se sacó la piruleta de la boca—. ¿Me sigues, Alex?

—Más o menos.

—Verás, el pentobarbital es un barbitúrico que se utilizaba muchísimo en las décadas de 1960 y 1970 como sedante y antiepiléptico.

—Claro, tú entonces ya lo prescribías, ¿verdad? —preguntó Álex con retintín.

Ella se calló y, por la manera en que lo miró, no hacía falta que dijera lo que pensaba.

—Hoy en día ya no se usa porque han encontrado productos más seguros. Tenemos medicamentos alternativos mejores. Entonces se utilizaba para paliar el insomnio severo, para sedación preoperatoria y como anticonvulsivo en pacientes con epilepsia —explicó, y se quitó la piruleta de nuevo. La pasó al lado y acabó—. Y que sepas que en esa época yo nacía, no estaba recetando eso, me crees una Matusalén, ¿o qué?

Entonces la médico forense se acercó a la mesa, aprovechando para que viera de nuevo sus tacones, y dio toquecitos con el dedo encima de una carpeta.

—Como sabes, lo tienes todo en tu carpeta.

—Entonces, el asesino lo que hacía era que les daba unas dosis muy altas. ¿Se podía acceder a este medicamento fácilmente? —dijo Álex mientras miraba el cuerpo del cadáver amputado y

estaba imaginando—. ¿Podría ser un médico o un enfermero? Claro, entonces aún no se había descubierto que se podía vincular con un simple análisis de sangre.

—Sí, análisis de sangre y en la masa cerebral, donde se depositaba la sustancia, es allí donde la he encontrado.

—¡Qué interesante! —afirmó Iván—. Eso quiere decir que podemos estar buscando a un médico o a alguien relacionado con este producto, ¿no?

Ella se encogió de hombros.

—Los sabuesos sois vosotros. Yo os digo lo que hay. Vosotros investigáis.

—¿Qué más nos puedes decir? —preguntó Álex.

—He averiguado que en su momento, en dosis más altas, podía inducir un coma profundo y, en casos extremos, causar depresión respiratoria y muerte. Pero, a mi parecer, no les inyectaba tanta cantidad, solo los dormía y luego los mataba seccionándolos. Supongo que empezaba primero por la cabeza, creo...

Iván arrugó el rostro por el asco que le estaba causando lo que les estaba diciendo la mujer.

—¿Se podía comprar fácilmente? —preguntó Álex.

—Hombre, Álex, en el súper no creo. Solo en farmacias, hospitales psiquiátricos, clínicas, hospitales generales, supongo.

—OK. Tenemos a un asesino que puede estar relacionado con la sanidad y todos los cadáveres con una sustancia de la era prehistórica, el pento...

—Pentobarbital.

—Eso. ¿Qué más?

—Las huellas —dijo ella.

—¿Huellas? Pero no tienen, ¿se las amputó? —dijo Iván, viendo que en las manos que faltaban las yemas en todos los cadáveres..

—No, se las amputé yo —afirmó la forense.

Iván arrugó la cara aún más.

—¿Cómo dices?

—Sí, están en un tarro de arroz y les aplicamos unos líquidos químicos para que se vaya estirando la piel y vuelvan a su estado las crestas legibles, por si hay una huella limpia y poder usarla.

—¿Y cómo están? ¿Ya están listas las primeras?

Ella se rio.

—¿Estás bien de la cabeza, Álex? ¿Sabes cuánto tiempo han estado en agua? Más de cuarenta años. Eso necesitará varios meses para saberlo —dijo, y se volvió a reír.

Álex negó.

—No tenemos tanto tiempo —afirmó con un tono casi ofendido—. Entre los objetos que encontramos, había una cartera, puede que fuera de alguna víctima.

—No —respondió Iván, adelantándose—. Hemos investigado y es de un señor de Tarragona que fue hace unos diez años al pantano de excursión con una barca y se le cayó.

—¿Cómo sabes que no puede ser él?

—El DNI estaba emitido hace unos doce años. No era él —afirmó Iván—. Además, este asesino no ha dejado ningún objeto por el que se lo pueda encontrar o rastrear. Se ve una persona hábil, no un patoso. Y que se te caiga la cartera, lo siento, pero es de patoso. No encaja con mi identikit del asesino.

Álex torció la boca.

—No hay huellas, no hay documentación, no hay cámaras, no hay nada. ¿Por dónde tiramos? ¿Qué opinas, Alba, tienes alguna idea?

Ella se sacó la piruleta de color rosa, casi fucsia, de la boca y la miró. Se quedó un momento en silencio y luego levantó la vista al bello policía. Ese día sus rizos estaban más enroscados de lo habitual. Llevaba una chaqueta de cuero encima de una camiseta gris, anónima. Dio una mirada traviesa al hombre y se pasó la lengua sobre los labios.

—A lo mejor tenemos una posibilidad clara y no la habíamos pensado —afirmó mientras subía las cejas.

Mientras Iván conducía por la ronda de Dalt, Álex miraba por la ventanilla; echaba de menos a Karla y en el reflejo del cristal veía al compañero conduciendo.

Recordó las veces que circulaban por la misma carretera; mientras ella conducía, él la miraba de reojo, su mata de pelo moreno, sus manos que bailaban en el volante y sus tics que, sin ella saberlo, a él le encantaban.

Miró el móvil y le escribió un mensaje para saber cómo se encontraba ese día. Al final escribió que la echaba de menos y que aún la quería.

Fue a apretar el botón de enviar, pero se detuvo.

Se lo pensó.

Borró que la quería. Y dejó la frase que la echaba de menos, pero en plural.

Luego la envió.

Apretó la mandíbula con fuerza y guardó el móvil.

Al aparcar, le dijo a Iván que fuera a la sala de *briefing* y reanudara el equipo, tenían que poner en marcha el plan que había ideado la forense.

Cruzó Travessera de les Corts y entró en la cafetería Café Sirena. Pidió un doble con leche de soja para llevar. Miró las noticias un momento, detrás de él. Luego cogió el café, dio un sorbo y se acercó al periódico. Salía una pequeña noticia sobre la sequía, que había bajado el nivel de alerta: de roja a amarilla. Debajo, una foto del pantano de Sau. Lo que había sido un terreno de excavación casi de arqueología forense, ahora era un lago y la iglesia que antes sobresalía por entero, con varias terrazas de desnivel, ahora era solo un alto y solitario edificio en medio de una balsa tranquila de agua.

«Tempus fugit», pensó.

El tiempo pasa y con él, las ocasiones.

Suspiró, cerró el periódico y salió de la cafetería.

Pasó de puntillas delante del despacho de Ferrer para que no lo viera y consiguió que no lo llamara. En cuanto entró en la sala de *briefing*, todos callaron.

Estaba el grupo de investigación de homicidios al completo, eso pensó Álex, pero faltaba una persona. Miró el móvil, había contestado enseguida. Dijo que estaba bien y que ella también los echaba de menos. Sintió que era en clave, que ese plural políticamente correcto al final era una máscara para no decirlo de forma abierta: los dos habían pensado en esa frase en singular, que ellos se echaban de menos.

Guardó el móvil y carraspeó.

—Chicos, tenemos una oportunidad. La forense Alba Guevara nos ha dado una idea, tenemos que implementar la técnica de las tres B —dijo, levantando la mano que no sujetaba el café, alzando tres dedos—. Es una idea genial, ya que no tenemos huellas o, por lo menos, vete a saber cuándo las tendremos, y no sabemos si los registros pueden coincidir. Así que las tres B es perfecta.

—¿Qué es eso? —preguntó Montse, en medio de los compañeros.

Álex levantó el puño.

—Bodas —dijo Álex, y alzó un dedo—, bautizos y comuniones. —Acabó levantando dos dedos más y se quedó mirando las caras de los compañeros, que seguían perdidos.

—Jefe —preguntó Baldiri desde el fondo—. ¿Por qué las tres B si uno lleva una C?

—Baldiri, siempre con preguntas poco pertinentes —dijo Álex, y resopló—. Lo llaman así, no te sabría decir. Es famoso. Quedó en eso.

—¿Y en qué consiste, Álex? —preguntó Montse.

—Cuando vamos de boda o ceremonias en general, es un momento bonito, de felicidad; cuando la gente se hace una foto, siempre sonrío. Así que dicen que en las ceremonias siempre las personas sonrían más. En la vida cotidiana no sonreímos tanto. Por eso necesito que llaméis a las veintipico personas que en estos días han llamado para denunciar un pariente desaparecido en el año 1979 y que nos envíen urgentemente fotos de las tres B, durante una boda, un bautizo o una comunión.

—¿Y luego? —preguntó otro agente.

Álex se giró hacia Iván y le hizo un gesto con la mano para que siguiera él.

Este tragó saliva y se levantó de la silla.

—La forense nos enviará la foto de la dentadura de los cadáveres y entonces las cotejaremos con las fotos sonrientes de las personas que están desaparecidas —dijo, mirando a Álex, y este asintió—. Es decir, no disponemos aún de huellas, cuando las tengamos, ya lo corroboraremos.

Pero es lo que tenemos que hacer, de forma provisional, para avanzar con este caso y reconocer las identidades de los cadáveres del pantano.

—Pero son veinte personas... —dijo un agente.

—Veintitrés exactamente —respondió Montse.

—¿Tenemos que llamarlos a todos? —preguntó de nuevo el mismo con un tono algo molesto.

Iván fue a contestar, pero Álex le hizo un gesto con la mano.

Lo miró con intensidad. El agente tragó saliva.

—Sé que eres nuevo, puede parecer mucho trabajo, pero por eso estamos todos y tenemos que dar máxima prioridad a esto. Pero antes tienes que entender que aquí se trabaja en equipo y tienes que pensar en una cosa —dijo Álex, y dejó un momento de silencio—. Tienes que tomarte a pecho cada caso como si fuera el último de tu vida. Con las mismas ganas que tus primeros casos, con esa ilusión y ganas de colaborar y aportar a la sociedad. Pero, sobre todo —siguió, dando un paso hacia adelante y señalándolo—, como si el caso fuera de tu familia y la víctima, tu padre o tu madre. Solo entonces serás un buen poli y serás digno de esta división —concluyó, mirando a los demás—. ¿Me has entendido?

El novato asintió con movimientos cortos y nerviosos.

—Bien. A trabajar. Quiero las fotos de las víctimas antes de comer. Cada uno, una víctima. Resolveremos uno de los secretos más guardados del pantano de Sau —dijo, y se fue de la sala de *briefing*.

—Jefe —dijo Iván—. ¿Dónde vas?

—A ver a Alan, el informático de arriba. Creo que he tenido una idea que nos ayudará.

Iván asintió.

—Encárgate tú de las llamadas, Karla no está y estás tú al mando.

El agente sacó pecho y regresó a la estancia mientras Álex se marchaba al piso superior.

En cuanto Álex pisó la segunda planta de la comisaría, Mario lo llamó.

El sargento se acercó a su despacho.

—¿Cómo estás? —preguntó Mario, y se levantó y le dio un abrazo.

—Bien. Con ganas de que se acabe este caso también.

—¿Has podido avanzar?

—Estamos en ello, pero pinta que irá para largo.

—¿Has identificado a alguien más?

—No.

—¿Y la chica?

—¿Te refieres a la primera víctima?

—Sí, la que encontró la familia, la de la maleta moderna.

—Estamos en ello —confirmó Álex—. Oye, por cierto, quería darte las gracias por...

Mario hizo un gesto con la mano.

—Nada, seguro que tú hubieras hecho lo mismo por mí.

—Ya, pero no todos habrían puesto en peligro su vida. Al final, si yo hubiera muerto, no tengo a nadie que me espere en casa. Tú tienes una familia.

—Nosotros somos tu familia, ¿qué dices?

Álex bajó la mirada y sonrió. Luego le dio una palmada al compañero.

—Por cierto —dijo Álex, mirando de nuevo a Mario—. ¿Qué tal las grabaciones de los drones?

—Nítidas, tengo a unos agentes trabajando en ello. En cuanto estén, te digo.

Álex levantó el pulgar y se fue hacia la puerta del informático.

Alan levantó la mirada y bufó.

—Malas noticias a la vista.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Álex.

—Porque cuando apareces, tienes alguna idea rara o un trabajo urgente.

—Qué mala prensa tengo en el departamento de informática forense de esta comisaría...

—¿Hoy qué es?

—¿De qué?

—De lo que te he dicho, una idea estafalaria o algo tan urgente que el mundo se acabará antes de que nos bebamos un expreso.

Álex dio un sorbo a su café.

—Pues, la verdad, es un poco de las dos.

—No, si fuera de la segunda, estarías chillando y rezando con unas entradas o algún Funko Pop raro para que localizara algo en una grabación o con un GPS —dijo Alan sin levantar la vista de la pantalla—. ¿Qué es hoy?

Álex rio.

—¿Has trabajado con inteligencia artificial?

El informático levantó la vista.

—¿Es un pregunta trampa?

Álex se arregló los rizos.

—¿Crees que estoy por trampas? —espetó—. ¿Entonces?

—Cada noche me paso horas y horas trabajando en eso, es una pasada, Álex. Lo hago con el chat, con los generadores de imagen. Las aplicaciones posibles, esto es una pasada, Álex —dijo con el mismo énfasis que lo haría un yonqui o un poseso por una nueva enfermedad llamada IA—. ¿Quieres ver lo que hago? —preguntó, sacando un portátil de la mochila.

—No, quieto —espetó Álex, alargando las manos—. No tenemos tiempo, pero el reto que te voy a proponer seguro que te gustará.

Alan se desinfló al acto.

—Vaya.

—Otro día, Alan. Escúchame. Tengo un problema y tú a lo mejor me lo puedes solucionar.

Alan guardó la computadora otra vez.

—Escúchame. Tengo unos cadáveres que han estado un tiempo en agua.

El informático arrugó el ceño.

—Espera, ¿cuánto es un tiempo?

—Nada, unos cuarenta años.

Alan se pasó la mano por la cara.

—Escúchame, es un reto, ya te lo he dicho.

—Ya, bueno, ¿y qué?

—No podemos conseguir las huellas. Bueno, sí, pero las tendremos dentro de meses. Necesito avanzar el tiempo. Y solo puedo hacerlo con la tecnología. Se me ha ocurrido que tal vez con la inteligencia artificial predictiva. A lo mejor es una tontería...

—Sí, seguramente, como muchas ideas de bombero que has tenido.

—Déjate de bomberos...

—Es una manera de hablar.

Álex emitió un gruñido.

—¿Si ponemos las fotos de las yemas de los dedos, crees que podría sacarnos unas huellas claras?

—No tengo ni idea, Álex, me haces cada pregunta.

—Es una muy buena pregunta, chaval. Las crestas de las huellas están perfectas, el agua las ha conservado. Pero lo que pasa es que están arrugadas y enormes. Solo el tiempo o los cálculos podrían avanzar el tiempo y conseguirlas.

Alan suspiró.

—Ya te lo dije cuando entraste, o una idea estafalaria o una urgencia, y entraste muy tranquilo...

Álex se mordió un labio.

—Escúchame, no tengo ni Funko Pop ni billetes para tus conciertos frikis a los que vais cuatro raritos. No, no tengo nada de esto, pero...

—¿Entonces cómo quieres convencerme? —dijo Alan mientras se cruzaba de brazos.

—Que imagines ser el primero.

—¿El primero?

—Sí, el primer policía informático que consigue encontrar una técnica con inteligencia artificial para ahorrar a los investigadores seis meses a que las huellas se deshidraten. Coste, tiempo y efectividad. Serías el primero del mundo —dijo Álex, levantó la mirada y con una mano hizo un gesto en el aire, como si fuera un cartel—. Ya lo veo, la técnica Alan Martínez, la primera en el mundo. Te llamarían desde todas partes para preguntarte cómo lo hiciste, ¿sabes?

No hizo falta que añadiera nada más, la expresión de Alan lo decía todo.

—En fin, piénsatelo —dijo Álex mientras le dejaba un papel en la mesa.

—¿Qué es eso?

—Es el teléfono de la morgue de Sabadell. Si te apetece hacer historia, llama a Alba Guevara de mi parte y que te mande las fotos o lo que necesites, y puedes empezar con ello.

Alan lo cogió y lo miró.

—¿Por qué siempre consigues lo que quieres?

Álex chasqueó la lengua y cerró la puerta. Luego bajó las escaleras y regresó a la sala de *briefing*. Las primeras fotos de los desaparecidos ya empezaban a llegar.

La búsqueda de los cadáveres del pantano de Sau iniciaba una nueva etapa.

Todos hablaban por teléfono y colgaban fotos en la enorme pizarra con hilos, flechas, pósts y más papeles.

Funcionaban como un reloj suizo, pero a Álex le faltaba un engranaje importante que sintió esencial en su vida. Karla faltaba en esa estancia.

Le gustaba ver cómo trabajaban los agentes de la científica.

La sala de *briefing* era un bullicio. Teléfonos arriba y abajo. Impresoras. Teclear de ordenadores portátiles. Todos los componentes del equipo, acelerados por encontrar la verdad y la siguiente pieza del puzle que representaba ese caso.

Álex se quedó en el umbral, observando. Dio un sorbo de café y entró.

Iván lo vio y se acercó.

—¿Qué tenemos?

Iván subió las cejas y se pasó una mano por la frente. Luego bufó y se giró hacia la pizarra.

—Ven, te enseño —dijo, y Álex lo siguió—. Aquí tenemos todos los nombres de las veintitrés personas que han declarado que desaparecieron en el 79.

En la pizarra había aplicado unos nombres recortados. Veintitrés nombres y una hilera de veintitrés papelitos.

Francisco Sánchez, Juan González, Víctor Martín, José Rodríguez, Ana Gómez, Jesús Díaz, Isabel Hernández, Miguel Muñoz...

—Bien, los hemos puesto aquí y estamos enganchando debajo las fotos que nos están mandando los parientes, todas sonrientes, todas sacadas de los álbumes de las tres B.

—Muy bien —dijo Álex, dio el último sorbo al café y luego tiró el vaso de cartón—. ¿Qué más?

—Aquí —siguió Iván, indicando otra parte de la pizarra—. Tenemos a las cinco personas que sabemos que han muerto. A la chica con la marca en la frente la trataremos como un caso separado por ahora. Maleta 1, maleta 2, hasta la cuarta. Una de estas sabemos que es Alfonso Blanco. Así que, como puedes ver, este ya está puesto debajo del nombre de la fila de los veintitrés.

—¿Coincide la dentadura?

—Parece que sí. Pero me he puesto de acuerdo con la forense que cuando hayamos hecho la criba, nos confirmará con su ordenador si coincide.

—Bien, ¿qué más?

Iván levantó las manos.

—Ahora esperar que vayan llegando y cruzar los dedos.

—Quienes cruzan los dedos son los perdedores y nosotros no lo somos, Iván. Vamos a conseguirlo.

Iván asintió y dio un paso hacia los compañeros.

—Por cierto, ¿qué te dijo el exinspector de la Guardia Civil?

—¿Miguel Ángel Cameo?

Álex asintió.

—Nos dio el compañero de celda de Alfonso, algo como el Pera, ¿verdad?

—Exacto, jefe. Pero tiene demencia senil, la única información que le sacamos fue el nombre de otro preso, un policía, el Duro o algo así, no lo hemos encontrado.

—¿Y no habéis vuelto?

—Intentamos volver a hablar con el exinspector, pero creemos que nos vio llegar y se fue, no estamos seguros; luego pasó lo del temporal y no hemos podido... —se excusó.

—Tranquilo, sigue con esto, ya lo iremos a ver otro día.

En ese momento, Montse pasó delante de los dos policías. No dijo nada, pero tenía una expresión de satisfacción. Los dos hombres la siguieron con la vista. Enganchó una foto debajo del nombre de Natalia Ruiz. Una de las desaparecidas. Se veía con un matrimonio, vestida de color lila. Con pechos despampanantes y diadema a conjunto con el bolso y los zapatos. Los dos policías se acercaron para verla mejor.

Luego la agente cogió la foto del cadáver número dos y la colocó debajo de ella.

—¿Coincide la dentadura? —preguntó Álex, sorprendido.

Ella asintió sonriendo.

Álex dio un suspiro, eso estaba funcionando.

Montse siguió llamando a parientes de la siguiente víctima.

—Iván, ahora tenemos que averiguar qué relación tienen estas personas, y desde ese año; será muy complicado.

—Menos de lo que te esperas, jefe —dijo Iván mientras se sentaba delante del ordenador portátil que se había llevado a la sala.

—¿Por qué?

—Porque he solicitado permiso para acceder al archivo informático de la Guardia Civil. Como sabes, no se suele conseguir de forma habitual, pero el subinspector Ferrer nos ha ayudado.

Álex se quedó sorprendido.

—Fantástico. ¿Ahora vas a buscar a estas personas?

—Si los buscásemos a todos, sería una mole de trabajo, pero ir a golpe seguro, eso es otro cantar —dijo Iván—. Si buscamos directamente a la persona, sabremos quién fue, con la conexión a la Seguridad Social y, sobre todo, si tenía antecedentes, con la de la Guardia Civil.

—Pon en el sistema el nombre de Natalia Ruiz y su número de DNI.

Iván obedeció e introdujo los datos. En la Seguridad Social, solo aparecía un domicilio de nacimiento y poco más.

En ese instante, Baldiri se levantó de la silla desesperado con una hoja en la mano. La silla cayó y todos los agentes de la sala guardaron silencio y se giraron a mirarlo.

—¡Lo tengo, tengo uno, uno! —gritó con el mismo ímpetu como si hubiera ganado el Gordo de la Primitiva. Una foto de una persona estaba entre sus dedos, agitándola como una bandera—. Lo he conseguido, tengo una. La forense dice que sí.

—Baldiri, deja de hacer el notas y cuélgala debajo de la persona.

El agente se calló y se fue corriendo hacia la pizarra. Cogió celo y puso la foto debajo del correspondiente nombre.

Álex se acercó.

—Jorge Navarro —susurró el sargento.

El hombre, en una foto en blanco y negro, estaba al lado de una pareja y un Mercedes con flores. Aparecía con una sonrisa ácida, llevaba un traje oscuro y el pelo engominado hacia atrás. Demostraba y transmitía tanto opulencia como superioridad. Sus ojos no eran transparentes, eran maquiavélicos. A pesar de la distancia del tiempo, Álex vio maldad en esos ojos, pero no quiso compartirlo, era una apreciación suya, nada más. Lo más seguro era que se estuviera equivocando.

—Jorge Navarro —repitió Álex, y se giró hacia Iván—. Hay que buscarlo —dijo mientras apretaba el dedo en su foto—. Venga, chicos, que lo tenemos, muy buen trabajo. Nos falta solo uno. A ver quién se lleva el premio final —gritó, animando, mientras daba una palmada.

Podía oler la victoria, aquello avanzaba más rápido de lo que pensaba. Baldiri fue a sentarse.

Álex se separó de la pizarra, le gustaba tomar distancia y ver las cosas con perspectiva.

Faltaban diecinueve nombres. Diecinueve posibles combinaciones. Diecinueve posibles vidas truncadas y por fin devueltas a la realidad, arrastradas del anonimato y de la soledad del olvido.

Álex leyó los nombres: Luis Gutiérrez, Pedro Gil, Javier Vega, Rosario Pardo, Enrique Ramos.

—¿Quién eres?

La cuarta víctima solo podía ser un hombre; se habían reducido las posibilidades casi a la mitad.

Entonces se levantó una agente con el papel en la mano.

—Eduardo Pérez —gritó la agente—. Confirmado por Alba. ¡Lo tenemos!

Los otros policías dejaron lo que hacían y se pusieron a aplaudir. La chica fue y colocó la foto del hombre debajo de su nombre. Luego hizo lo mismo con la foto del cadáver de la morgue.

Álex se acercó y le dio una palmada.

Eduardo aparecía en una foto en uniforme de policía. Sonriendo y sujetando delante a un niño, presumiblemente, su hijo vestido de marinero, en su comunión.

Se alejó. Ya los tenían, en menos de una mañana habían conseguido las cuatro identidades. Karla estaría orgullosa. Ahora solo tenían que averiguar quiénes eran y qué relación tenían entre ellos y, sobre todo, con el asesino.

La configuración de la pizarra cambió. La operación ya estaba cogiendo una dirección diferente.

El paso previo se había concluido y la forense Alba Guevara, con la prueba dental, lo había confirmado; ya tenían las cuatro identidades.

Cuatro maletas de 1979, cuatro cadáveres y cuatro identidades.

Los otros nombres de las personas desaparecidas se fueron fraguando en falsas alarmas, es decir, gente que por protagonismo llamó para llamar la atención. Gente que se había equivocado de individuos que al final no eran los del pantano, o eso creían.

Cuatro nombres quedaban en la pizarra con solo sus fotos antes y después de pasar por el pantano de Sau: Jorge Navarro, Eduardo Pérez, Natalia Ruiz y Alfonso Blanco.

El primero fue Alfonso. Un maleante que entraba y salía de la cárcel. Su esposa lo había corroborado.

Luego el cuerpo de una mujer que resultó ser Natalia Ruiz. Iván no encontró nada en la Seguridad Social; luego, escarbando en los datos de la Guardia Civil, entendieron por qué: la mujer practicaba la prostitución y no había cotizado.

Tenía un historial delictivo de casos menores, uso y venta de pequeñas dosis de drogas. Nada grave, pero allí estaba, en la lista negra de la Guardia Civil.

—Iván, busca a Jorge Navarro. A ver este quién era —dijo Álex al lado del ordenador.

El agente introdujo el nombre y el DNI que había proporcionado la hija. En el registro de Hacienda, aparecía que había declarado hasta el año de la desaparición como abogado. Un bufete en una calle importante de Barcelona.

—Por lo menos se puede entender el Mercedes de la foto —dijo Álex, que se había sentado al lado de Iván—. Busca en la Guardia Civil.

Cambió ventana y comenzó a buscar qué había en los registros de la benemérita.

—Nada. Este tío está limpio —dijo Iván—. No tiene registro de delitos. Un hombre honrado —confirmó.

—Así parece, pero si ha acabado en el fondo de un pantano, tan honrado no creo que fuera —dijo Álex—. Baldiri, busca en internet quién era este tío —dijo al otro, que estaba también con su ordenador, al lado de Iván.

Este lo buscó y, después de leer varias páginas en el navegador, salió una noticia del periódico *La Vanguardia* de Barcelona de la época, donde hablaban de él.

—Aquí lo tenemos —dijo Baldiri con un dedo apuntando la pantalla—. Abogado del Estado que colaboró con la policía de Barcelona, entiendo que es la benemérita de entonces. En caso de corrupción y en caso de contrabando, blablablá —dijo mientras leía en vertical—. Hasta que se perdió la pista de este hombre, se dice que se escapó a algún país de Sudamérica con gran cantidad de dinero. Nada más —concluyó, y levantó la vista.

—Interesante —dijo Álex—. Tenemos a un abogado, a una prostituta y a un exconvicto. A ver qué tenemos con el Eduardo este. ¿Iván?

—Voy —contestó mientras introducía el nombre de Eduardo Pérez en el sistema de la Seguridad Social—. Bien, aquí lo tenemos. Policía y prejubilado en el... ¿adivina?

—Ya lo veo —respondió Álex, mirando la pantalla.

—1979.

—Vaya, vaya. ¿Y en el registro de la benemérita?

—Apartado del Cuerpo, prejubilado sin motivo aparente. Esto, Álex, no tiene muy buena pinta —concluyó Iván.

—Ya.

—En internet no hay nada cruzando ese nombre con ese año y las palabras de policía o guardia civil —respondió Baldiri.

—OK, qué nos falta... —susurró Álex, apartándose de los dos agentes—. ¿Qué nos falta? Tenemos una prostituta, un maleante, un abogado importante y un expolicía.

Álex se apartó y se colocó delante de las ventanas. Veía el edificio de enfrente. Coches que pasaban por la calle, un niño que corría. Un monopatín eléctrico. Una señora con la compra. Un fontanero que bajaba de una furgoneta.

Entre los fotogramas que pasaban delante de sus pupilas no encontraba la conexión ni de dónde tirar, hacia qué dirección. Sintió el cansancio y la bajada de la adrenalina, que había disminuido en esos días de estrés continuado.

—¿Miguel Ángel Cameo? —dijo Iván.

—¿Qué has dicho? —repitió Álex mientras se giraba.

—El exinspector de la benemérita. Cuando fuimos a hablar con la viuda de Alfonso Blanco, nos dijo la señora que había denunciado varias veces la desaparición del marido y que en la Guardia Civil no le hicieron caso.

—Busca la relación de este individuo, a ver qué sale.

Iván lo introdujo y sacó el historial del exinspector.

—Suspendido en el 82 por tráfico de estupefacientes. No lo prejubilaban, simplemente, lo despidieron sin posibilidad de regresar al Cuerpo y, según la Seguridad Social, siguió cotizando como detective privado —aclaró Iván.

—Vaya, todos unos fieras —dijo Álex, y se sentó en una mesa—. Nos falta entender qué hacen todos estos muertos o destituidos de los cargos de la policía. ¿Cuál es la piedra angular? Seguro que hay algo que los enlaza a todos. ¿Qué opináis? Cameo, que lo habéis conocido, ¿podría ser el asesino del pantano?

—¡Sí!, sin dudas —afirmó Baldiri.

Álex e Iván se giraron sorprendidos por la afirmación tan rotunda.

—¿Seguro? —preguntó Iván al compañero.

—¡Seguro!

—¿Iván? —preguntó Álex, queriendo saber también su opinión.

Este hizo una mueca de perplejidad.

—Me dijiste que en vuestra segunda visita no se dejó ver.

—No sé, podría, sí, pero no lo tengo tan claro, jefe —respondió, titubeante, Iván—. Pero hay otro tema importante...

—¿Cuál?

—El Duro. ¿Quién narices es el Duro?

—¿Podría ser Cameo? —preguntó Álex.

—Podría ser. Pero no tenemos ninguna certeza. No tiene la policía un registro de los alias, de los moteos. Como, por ejemplo, el Pera o Alfonso, alias el Cloaca —añadió Iván.

Álex se acercó a la pizarra donde estaban las fotos. Allí dio una palmada vigorosa. Los dos policías se sobresaltaron.

—Ahora lo tengo. El pentobarbital. Esto era lo que estaba dando vueltas en mi mente. Tenía algo en la cabeza que no sabía qué era y es esto, un elemento que no sabía disipar en la oscuridad —dijo, y señaló las fotos—. Todos los cuerpos fueron anestesiados por una dosis elevada de ese medicamento. ¿Cómo se llamaba, Iván?

—Espera —respondió, y lo buscó en la carpeta—. Nembutal.

—Eso. Iván busca eso en el registro de la Guardia Civil.

El agente obedeció.

Álex cerró los ojos y comenzó a restregarse las manos.

—Venga, dame una alegría.

Iván se apartó de la pantalla y miró al jefe.

—Lo tenemos.

—¿El qué?

—El pegamento.

—Pegamento no. Es un medicamento.

—El medicamento es el pegamento.

—Iván, me estás liando.

—Sí, mira, la llamaron Operación Pentobarbital. La incautación de un camión de contrabando de este medicamento. Adivina quiénes eran los agentes que llevaron el caso. Un tal Miguel Ángel Cameo y su compañero de patrulla, un tal Rodrigo Alcázar.

—¿Y qué pasa?

—Incautaron la mercancía y desapareció buena parte. Fueron todos destituidos. Todos despedidos por presunto contrabando. Los tíos la habían hecho desaparecer. Y adivine quién era el abogado del Estado —preguntó Iván.

—Jorge Navarro.

—Exacto —respondió Iván.

—Bueno, chicos, creo que ha llegado el momento de hacerle una visita de cortesía al señor Cameo.

Los dos coches de la policía frenaron en seco. Apagaron las sirenas y salieron con las pistolas en mano. En pocos segundos, tenían rodeada la pequeña casa del exinspector de la Guardia Civil Miguel Ángel Cameo.

—Policía —dijo Álex mientras golpeó con los nudillos la puerta.

Del otro lado se escucharon unas voces y unos ruidos.

—¡Mossos d'Esquadra, abra esta puerta! —gritó de nuevo el sargento.

Álex se dio la vuelta y los curiosos, casi más rápidos que los periodistas, ya estaban mirando qué estaba pasando en la casa del anciano policía.

—¡Un momento! —Llegó desde el interior una voz tenue y contenida.

A los pocos segundos, desde el interior, una llave comenzó a dar vueltas. Cuando se detuvo, la maneta se abrió.

Álex esperó.

La figura de una señora anciana con un delantal a cuadros blancos y azules y pelo gris apareció en el umbral. La señora, con el ceño fruncido y ojos claros, estaba asustada.

—¿Qué está pasando? —repitió la anciana.

—Señora, somos de los Mossos d'Esquadra, ¿está en casa su marido?

—Déjalos pasar, Rosa —gritó el hombre desde el interior.

La mujer, en cuanto entendió lo que sucedía, cambió de actitud y se enfadó.

Rosa, que era de alta un metro y medio, se giró y regresó a la cocina. Justo detrás, estaba Álex, que pistola en mano la siguió.

—¿Señor Cameo? ¿Está usted ahí? —dijo Álex, separándose de la señora seguido de más agentes y, por supuesto, de Iván y Baldiri.

—Estoy aquí, pase —dijo desde una butaca del salón.

Álex lo vio y se fue acercando.

—Señor Cameo, creo que nos tiene que acompañar.

El hombre los miró, sin pestañear, sin estar sorprendido.

—¿Tengo que llamar a mi abogado?

—¿Qué es lo que le hace pensar que lo va a necesitar?

—He sido policía durante muchos años y detective privado, otros tantos. Sé mis derechos.

—No creo que lo necesite, solo es para aclarar una situación. Si quisiera llamar a su amigo Jorge Navarro, no hace falta.

El hombre se sorprendió.

—¿Lo han encontrado en Brasil o en República Dominicana? Decía que allí estaban las mujeres más hermosas del mundo.

—No, lo hemos encontrado troceado en una maleta en el fondo del pantano de Sau.

El hombre se quedó inmóvil. Tragó saliva y Álex se le quedó observando. No se lo esperaba.

—Vaya, lo lamento.

—No quiero que lo lamente, quiero que lo explique.

El hombre se quedó callado.

—No hay nada que explicar.

—¿No? ¿Por qué todos los que tocaron la partida de pentobarbital han acabado en una maleta? ¿Se puede saber? Seguramente, falta una persona de allí abajo, ¿verdad? El temporal nos impidió buscar más. Eso fue a favor del asesino, que no se encontraran todas las piezas del puzle.

El hombre miró hacia otro lado.

—Estoy seguro de que, si el temporal no hubiese aparecido antes de lo debido y hubiésemos podido escarbar más, habríamos encontrado otra maleta..., ¿verdad? —gritó Álex mientras el hombre miraba hacia otro lado, moviendo los ojos como si se negara a escuchar sus palabras; pero llevaba toda la vida preparado para lo que estaba ocurriendo—. Falta la maleta de su compañero de patrulla, Rodrigo Alcázar, ¿verdad?

Hubo un silencio incómodo que atravesó toda la casa. Incómodo, denso, mortal.

Hasta que de la cocina se escuchó un tremendo ruido que dejó a todos helados.

Álex se giró en el acto.

Una bandeja de cristal llena de comida estaba en el suelo en mil pedazos. Salpicaduras de tomate por todos lados.

El silencio embistió la casa. Detrás de la bandeja, Rosa; la misma señora enfadada que había abierto la puerta estaba jadeando, mirando la bandeja.

Subió la vista hacia el marido, lentamente.

—¡Ya basta! —gritó a pleno pulmón, y lo hizo tan fuerte que Álex pensó de dónde había sacado la fuerza esa mujer tan pequeña—. Estoy cansada de ti y de toda la mierda que me has hecho comer en este puto matrimonio. Te odio. Te había pedido solo una cosa, Miguel, solo una. Que nunca más volvieran esos nombres a mi casa y me los has vuelto a traer. Maldito hijo de perra —continuó con la misma fuerza—. ¡Vete de mi casa! ¡Vete! ¡Veteee! —gritaba como una loca enfadada y con rencor acumulado.

Entonces una agente de los Mossos fue hacia ella y se la llevó fuera para que le diera el aire y respirara.

Cuando estuvo en la puerta, se dio la vuelta otra vez y le apuntó con el dedo.

—Vete de mi casa, maldito diablo, no te quiero ver más —chilló de nuevo.

Álex, después de la escena, ya no supo cómo reaccionar.

Solo miró al exinspector y tragó saliva.

—¿Y bien? —dijo Álex.

El hombre respiró ruidosamente, se rascó un hombro y le indicó que se sentara.

—Yo no he matado a esa gente...

—Pero sabe quién ha sido...

El ex de la benemérita asintió.

—¿Quién, señor Cameo?

—Solo le pido una cosa.

—No está en posición de pedir...

—Solo le pido una cosa, de policía a policía.

—No le prometo nada, ¿qué?

—Que no aparezca el nombre de mi mujer en la prensa.

Álex resopló.

—No está en mis manos, pero moveré algún hilo.

El anciano hombre asintió.

—¿Qué pasó, Miguel?

El hombre se derrumbó, en un llanto liberador que duró varios minutos. Álex se quedó impasible, mirándolo y pensando que eran lágrimas de cocodrilo.

—Miguel, dígame, ¿qué pasó? Sé que tiene ganas de decírmelo, es un peso que ha llevado demasiado tiempo —afirmó Álex con tono de mediador—. Ha llegado el momento de decirlo, de confesarlo, ¿verdad?

El hombre se volvía a recomponer, minuto a minuto, lágrima a lágrima.

Asintió y se secó de nuevo.

—Dígame, Miguel.

—No fui yo el que mató a esos hijos de puta —dijo, y la frase sonó a disparo al corazón.

—¿Cómo dice?

—No fui yo. Fue Rodrigo. Él fue. Desde el primer día no quise saber más de él. De sus maneras, de cómo trabajaba y de sus modales. Yo lo perdí todo por su culpa y ya bastante lo he cubierto.

—¿Qué pasó? —preguntó, asombrado, Álex.

—El dinero, el maldito dinero.

—¿Por qué el dinero?

—Rodrigo no se conformaba con sustraer algo de droga incautada para mejorar el sueldo, sino que quería más y más. Así que nos vino «una oportunidad de oro», como decía él.

—¿De oro? El medicamento.

—Sí. Un contenedor de Nembutal. ¿Quién se enteraría de unas pocas cajas? Luego fueron varios palés y el abogado se enteró, y el otro de la central y no sé quién más...

Álex levantó las cejas.

—Todos los que acabaron bajo el fondo del pantano, ¿verdad?

—No tenía ni idea...

—Bueno, no tenías ni idea, pero cuando fuiste a ver a la viuda Blanco, a ella le diste largas...

—dijo Iván, que estaba detrás de Álex—. Y desestimaste el caso.

—Mirar hacia otro lado es ser cómplice, Miguel, y esto lo sabía usted bien —dijo Álex, y miró a su alrededor—. Mire esto, esta casita no se paga con un sueldo de inspector.

—¿El Duro era Rodrigo? —preguntó Iván.

Miguel asintió.

—¿Dónde lo podemos encontrar?

—Está muy mal.

—Vaya... ¿llegamos tarde? —preguntó Álex sin mucha convicción—. ¿Dónde lo podemos encontrar?

—En la residencia hospitalaria Las Mercedes, cerca de Sitges —respondió Miguel—. Recuerde la promesa, somos compañeros al fin y al cabo.

Álex arrugó el ceño y lo miró con desprecio.

—Por suerte, no me siento compañero de policías corruptos. Por suerte, hay cada día menos gentuza como usted —dijo Álex, e hizo un gesto con la cabeza a los compañeros de uniforme—.

Lleváoslo.

Álex recorrió el pasillo de la residencia de ancianos.

La habitación treinta y cinco, la segunda a la derecha, le indicó la recepcionista.

Cuando el policía llegó delante de la puerta, antes de tocar, sintió el peso de la ley y del tiempo. Más de cuarenta años de silencio tuvieron esos cuerpos en esas maletas. Un asesino impune y nadie que lo buscase. Una injusticia que le compungían el corazón y el alma.

Álex cerró los ojos, vio cómo esas personas macabramente mutiladas estaban en la morgue. Estiradas, silenciosas, por fin de nuevo a la luz.

Al abrir esa puerta, Álex sintió como esos cadáveres respirarían justicia y dejarían de ser anónimos.

El asesino del pantano estaba al otro lado de la puerta.

Apretó la maneta y la empujó con temor.

La habitación, austera e iluminada por la luz de la tarde que entraba por la ventana abierta. Afuera, un parque de flores alegraba la vista. En el centro de la habitación, un señor en una silla. A pesar de tener unos noventa años pasados, el hombre estaba vestido con camisa de manga corta y corbata. Elegante, como si cualquier día esperara la visita de alguien o de la misma muerte.

Se marcaba el paso del tiempo en su rostro, con profundas arrugas que cruzaban la frente y las mejillas grisáceas. Ojos salidos y oscuros. Las largas cejas en forma de triángulos le daban un aire endiablado y tenebroso.

No dijo nada, solo lo vio entrar. Lo siguió con la vista y lo estudió.

—Sargento, buenas tardes —dijo la enfermera que estaba al lado, sujetándole la mano—. Lo estábamos esperando, ¿verdad?

El hombre no dijo nada.

La dulce voz de la muchacha rompió el ambiente frío que había en esa habitación a pesar de la hora de la tarde y la calidez solar.

—¿Puedo sentarme? —preguntó Álex.

La mujer indicó una silla.

—Hoy también es un día bonito, ¿verdad, Rodrigo?

—¿Bonito? —preguntó Álex.

—Sí. Hoy también es bonito porque el señor habla —dijo, y se giró hacia el policía susurrando—. No siempre habla.

Álex asintió ligeramente.

—¿Y qué ha dicho?

—Un nombre, todo el día, un nombre.

—¿Un nombre?

—Sí, lleva varios días con este mismo nombre.

—¿No suele hablar?

La mujer se rio.

—No, qué va, el señor habla muy de vez en cuando, pero desde hace unos días repite solo un nombre.

—¿Y cuál es?

—Víctor Martín.

Al escuchar el nombre, el señor Rodrigo se movió como un autómatas. Levantó una mano y apuntó al policía. Este ni se inmutó.

—¡Víctor! Es Víctor. Víctor Martín. Víctor Martín —dijo el hombre con una voz grave y un tono sorprendido.

—No, Rodrigo, es el sargento Cortés, no es el tal Víctor.

—¿Ha venido a visitarlo algún señor que se llame así? —preguntó Álex mientras pensaba que no sabía dónde, pero ya había escuchado ese nombre.

—No, que yo sepa —afirmó la enfermera.

Luego, después de haberlo llamado así, el anciano giró la cabeza hacia la ventana y se quedó observando fuera. A los segundos, le cayó una gota de baba blanca que acabó en la camisa de manga corta. La mujer que lo asistía cogió un pañuelo y lo limpió.

—¿No contesta a preguntas?

—No. Desde hace años solo es como un niño de dos años de vida. Casi un vegetal.

Álex asintió con un sonido gutural.

—Vaya. Hemos llegado unos años demasiado tarde.

—¿Tarde para qué? —preguntó, y cambió de tercio enseguida—. Bueno, si puedo preguntar.

—Gracias por ayudarnos —dijo Álex a punto de salir—. Creo que nos volveremos a ver.

Cerró la puerta y regresó hacia la salida.

Al caminar recordó el nombre. Víctor Martín.

¿Quién era ese hombre? Algo le decía que lo había escuchado antes. ¿Pero dónde? Necesitaba tiempo.

Un nuevo sentimiento de impotencia lo invadió. Álex había conseguido encontrar al asesino del pantano, pero era un anciano convertido en vegetal que repetía nombres sin sentido.

La naturaleza había devuelto los cadáveres justo a tiempo de destapar una verdad incómoda y olvidada. Pero muchos agujeros y oscuridad seguían acechando esa historia macabra.

¿Quién era el tal Víctor Martín?

Pero lo más inquietante era: ¿quién era la chica de la primera maleta? Porque estaba claro que el anciano Rodrigo Alcázar no la había matado y lo peor, ese símbolo de la flor de Barcelona, ¿qué quería decir? ¿Era una señal, un juego? ¿Un macabro inicio?

Y por último, ¿qué relación tenía la muerte de esa pobre mujer con las anteriores muertes de cuarenta años atrás?

Álex tenía la cabeza aturullada de preguntas y agujeros.

Sintió que, a pesar de haber encontrado al asesino, la verdadera investigación comenzaba en ese momento.

La puerta se abrió.

Clara tuvo delante la celda acondicionada. Néstor estaba sentado en una cama, esperándola.

En sus ojos se vislumbraba toda la libido de un feroz predador sexual con una joven mujer enfrente.

Se levantó y la puerta se cerró detrás. El estruendo rebotó por las paredes de la estancia diminuta. La mujer se giró, la cerradura giró dos veces, dejándola dentro con el hombre, tal y como había pedido.

Néstor se acercó.

—Clara..., por fin —dijo, su miembro viril se veía excitado.

Luego olisqueó su pelo.

—Te he estado esperando. Por fin solos.

—Ho... hola, Néstor —respondió, patosa.

Él la besó. Primero, en los labios, pero ella no reaccionaba. Era como si no contestara, como si estuviera paralizada.

Le metió la lengua en la boca. Ella seguía inmóvil, se dejaba hacer.

Luego le comenzó a pasar la lengua por el cuello y a darle chupetones justo detrás de la oreja.

Clara miró el techo, mientras que Néstor hacía con su cuerpo lo que le apetecía. Le cogió la mano y se la llevó a la cama.

La estancia no tenía ventanas, solo una cama pegada a la pared. Las parejas de los detenidos se encontraban en esa sala para los encuentros íntimos. No había límites, solo uno, el tiempo. Le quedaban veintisiete minutos de pasión desenfrenada. Después de mucho tiempo encarcelado y sin sexo, a Néstor le saltaban las tuercas como una vieja locomotora excedida de presión.

La apoyó en la cama y fue a quitarle los pantalones.

—¿Quieres hacerlo?

—Sí, sí, claro, Néstor, claro que quiero. Lo deseo como tú.

Él se lo pensó, la reacción era algo extraña, pero las necesidades primarias eran más fuertes que la razón.

La desnudó y le hizo el amor.

Cuando faltaban pocos minutos para que abriesen de nuevo la puerta y entrara el siguiente detenido con su pareja, se quedaron mirando el techo, uno al lado de la otra.

En silencio.

Él le tocó los pechos sedosos y firmes.

—¿Te ha gustado?

—Mucho —dijo, y se giró hacia él.

—Quién hubiese dicho que te encontraría aquí dentro.

Ella se sonrojó.

—Sabes que no soy inocente. ¿Sabes lo que he hecho?

—Sí, lo sé.

—¿Y no tienes miedo?

—No, porque sé que me protegerás —contestó, y lo abrazó.

—Tenlo por seguro. ¿Sabes que no puedo salir en mucho tiempo?

—Te esperaré...

Néstor se calló y se apoyó sobre su hombro.

Del otro lado de la puerta, el guardia dio un golpe con la mano.

—Tres minutos.

Néstor se incorporó.

—Tengo que pedirte algo.

Ella también.

—¿Qué?

—No sé si preguntártelo.

—Venga, me tengo que ir —contestó mientras se volvía a poner el sujetador.

—Quería preguntarte lo siguiente —dijo, y se calló, suspiró, cogió ánimos, carrerilla y finalmente lo dijo—. ¿Quieres casarte conmigo?

Ella se quedó boquiabierta.

—¿Cómo?

—Sí, has entendido bien. ¿Quieres ser mi esposa?

EPÍLOGO

Álex llamó a la puerta.

Respiró a pleno pulmón.

Se ajustó los rizos y se estiró la camiseta negra.

Del otro, lado una voz débil contestó.

—Pasen.

Álex abrió la puerta. Primero, la luz de la estancia lo hizo cerrar los ojos. De la ventana entraba la luz del Mediterráneo. El Hospital del Mar había hospedado a la cabo Ramírez en una de las mejores habitaciones, con vistas a la playa.

Luego olió la mezcla de perfume de flores. No eran artificiales, se notaba que eran naturales. Cuando recuperó la vista, se dio cuenta de cuánto era querida Karla: la estancia estaba llena de maceteros improvisados con ramos.

Ella estaba en la cama. Un ángel de pelo moreno y ojos cansados. No se movió, solo sonrió al ver entrar a Álex.

Se quedaron en silencio unos segundos.

—Parece que estés en un crucero —dijo él mientras indicaba la ventana.

—Lo preferiría.

—¿Puedo?

—Claro —respondió Karla, indicando la silla a su lado.

Álex se acercó y le dio un beso en la frente.

—Sabía que te regalarían flores, pero no tantas —dijo, mirando la habitación.

—Ya, yo tampoco.

—Bueno, te he traído esto, es un detalle.

Alex pasó una mano por la frente de la compañera.

—¿Qué tal la operación?

—Bueno, no llegaba a serlo, pero ha habido complicaciones —dijo ella mientras jugueteaba con uno de los rizos de Álex—. Un aborto nunca es algo fácil.

—Ya, ¿y ahora cómo te sientes?

Ella suspiró.

—Débil —respondió sonriendo.

—Tienes que reposar.

—¡Explícame! Qué ha pasado con la investigación.

—Shhhh. Tranquila. Deja eso, no vengo por eso.

—Ya, pero quiero saber.

—Tienes que reposar, Karla —respondió con tono cariñoso y comprensivo.

—Reposar sí, pero ¿qué más tengo que hacer aquí dentro? —contestó ella, e insistió—. Venga, que me muero de ganas por saber. ¿Cómo lo pillasteis?

—Cruzamos la información de varias bases de datos, pero, sobre todo, las fotos de las tres B de las personas que llamaron para denunciar la desaparición y las fotos dentales de los cadáveres del pantano.

—Ya.

Luego Álex le explicó lo sucedido con Miguel Ángel Cameo y cómo llegaron a Rodrigo Alcázar. Quiénes eran y cómo fueron los interrogatorios.

—Ahora Cameo está en prisión preventiva, a disposición del juez.

—Entonces, ¿quién era el tal Víctor Martín, lo descubriste?

—Parece ser que era un empresario que estaba involucrado en la trama que Rodrigo había montado para la venta del pentobarbital. No sabemos por qué, quizá nunca sabremos realmente porqué, pero una de las teorías que tenemos es que al final no se llevó a cabo una compra-venta o lo traicionaron —dijo, y levantó los brazos—. No lo sabremos nunca, creo. También suponemos que su cadáver está en una maleta en algún lugar del fondo del pantano.

—Álex, no te frustres, hiciste todo lo que pudiste. Ya está.

—Bueno... —respondió mientras encogía los hombros—. Hasta la próxima sequía no lo podremos saber.

—¿Has podido avanzar con el símbolo?

Álex se pasó la mano por la cara.

—Eso es un misterio, pero lo peor que siento, ¿sabes qué es? —dijo Álex, y ella negó con la cabeza—. Que pronto lo sabremos, porque me da que uno no se inventa un símbolo tan complejo para «solo» una víctima.

—¿Tú crees?

—Además, si no lo hubieses descifrado tú, no creo que lo hubiéramos entendido.

—Era eso, ¿verdad? ¿Era la chica de Barcelona?

—Sí, la mujer que estaba en la primera maleta, la moderna, se llamaba Enrica Lumi. Vecina de Barcelona, Calle Mallorca, italiana, vivía cerca del consulado.

—¿Y qué relación tiene con todo esto?

Álex se tomó un segundo para mirar el sol que se reflejaba en el mar. Al cabo de unos momentos, suspiró.

—No lo sabemos. Todo lo que no sabes aporta una capa más de preocupación.

—Escúchame, lo has hecho muy bien. Aparte de tu desliz.

—¿A qué te refieres?

—Que si no fuera por Mario, ahora serías pasto de las algas del pantano.

Álex levantó una ceja y se rio.

—Nadie es perfecto. Tú me hubieras puesto freno, pero no estabas...

—No estaré siempre contigo.

—¿Qué quieres decir?

Karla miró la estancia y levantó los brazos en signo de rendición.

—Voy a cambiar muchas cosas en mi vida, Álex. Esto ha sido un mensaje. El cuerpo es sabio, me lo pedía a gritos y no lo supe escuchar en estos últimos meses.

El compañero no contestó enseguida, tuvo miedo. Miedo a perderla, miedo a saber lo que pensaba, miedo a que sus caminos se separasen.

—¿Qué quieres cambiar, Karla?

—Pues lo tengo que acabar de pensar, pero muchas cosas. Ahora estoy demasiado débil para tomar decisiones tan trascendentales y con consecuencias importantes. Necesito recuperarme y ver lo que de verdad quiero de la vida y ver si lo que quiero es compatible con el resto de las personas —dijo, y, al mismo tiempo, se giró hacia Álex; luego le volvió a coger un rizo y se lo enroscó en el dedo—. ¿Sabes?

—¿Y Marcos?

Ella rio.

—Se fue hace un rato, se va a una misión de no sé qué, no sé dónde... Siempre igual —dijo, e hizo un movimiento con la mano en el aire, en dirección a la puerta—. Allá él.

Álex sonrió.

—Bueno, tienes tiempo de decidir —comentó, y le regaló a la compañera una sonrisa—. ¿Sabes?, no es lo mismo investigar sin ti. Te eché de menos...

Ella lo miró profundamente. Sus miradas se fusionaron en una declaración de lo que sentían el uno por el otro. No les hizo falta decirlo con palabras, las miradas de los dos lo explicaron por completo.

—Yo también te eché de menos, Álex... —dijo con dulzura—. Y es una de las cosas que quiero cambiar.

¡ADELANTO GRATIS!

La serie del sargento Álex Cortés continúa con:

UN THRILLER DEL INSPECTOR ÁLEX CORTÉS

VIVO PORQUE MATO

RICCARDO
BRACCAIOLI

A continuación puedes leer en EXCLUSIVA el **primer capítulo** de la novena investigación de Álex Cortés, un pequeño adelanto antes de su lanzamiento:

PRIMER CAPÍTULO GRATIS

Habría sido una mañana cualquiera en la comisaría de la Travessera de les Corts si no hubieran recibido un sobre anónimo.

Álex recién regresaba del Café Sirena. Un café con leche de soja y una ojeada al periódico.

Se sentó en su escritorio. Revisó los *mails* y las típicas cosas que hacía un lunes por la mañana.

Algo en su interior llevaba fraguando su serenidad todo el fin de semana. Decidió levantarse e ir a la sala de *briefing*. No había nadie, como a él le gustaba.

Se sentó saboreando su café y mirando las pistas y fotos que seguían en la pizarra.

Rodrigo Alcázar, el empresario Víctor Martín. La mujer italiana muerta, Enrica Lumi. El símbolo de la flor de Barcelona con un laberinto en su interior.

Todo estaba allí delante.

Esperaba encontrar la verdad. El fin de semana estuvo pensando en el asesino de la chica transalpina.

¿Quién era? Pero, sobre todo, ¿cuál era el detalle que se le había escapado para no poder identificarle?

Llevaba casi una hora con anotaciones y mirando la pizarra cuando tocaron la puerta.

—Adelante.

Entró un compañero vestido de uniforme, era el chico de la recepción.

—Sargento, le han traído algo urgente —dijo el hombre desde el umbral—. He pensado que, si lo esperaba, agradecería recibirlo lo antes posible.

Álex levantó las cejas y se incorporó en la silla.

—La verdad es que no esperaba nada. Pero pasa —invitó, y le hizo un ademán para que entrara.

El *mosso* entró y le dejó un sobre de color amarillo del tamaño de un palmo. Dentro podía haber un libro o un casete VHS.

—¿Quién lo ha entregado?

—Un repartidor de esas empresas de mensajería exprés —dijo mientras se marchaba.

Álex lo observó y le dio la vuelta.

Un sobre limpio. Sin nada. Lo escuchó y no parecía llevar nada eléctrico ni mecanismo: una bomba no podía ser.

La etiqueta decía que lo enviaba un tal Juan de la Morada.

«¿Juan de la Morada? No conozco a nadie con ese nombre».

Lo abrió.

Dentro había un sobre de plástico.

Nunca se habría imaginado Álex que volvería a experimentar esa sensación, la misma que pensaba que había olvidado y que no volvería a sentir. La misma de la época del Asesino del Criptograma.

Soltó el sobre en la mesa, horrorizado.

Era una bolsa de plástico al vacío. En su interior había un dedo humano serrado.

Comenzó a respirar con dificultad. A su cabeza regresaron todo tipo de recuerdos.

Por lo que vio después, al coger el sobre y acercarlo, se materializaron otra vez todos sus miedos y, sobre todo, sus intuiciones; eso no se había acabado.

Ese dedo era la prueba de que el símbolo tatuado en la frente de la chica de la maleta moderna era solo el inicio.

El dedo que tenía delante llevaba grabado ese mismo símbolo en la uña.

Un macabro juego volvía a arrancar y lo que tenía delante era solo el billete de ida.

Para jugar.

¿Te ha gustado?

[Descubre “Vivo porque Mato”, la siguiente entrega del inspector Alex Cortés.](#)

[IR AL LIBRO](#)

Un asesino que justifica su existencia a través de la muerte. Una ciudad atrapada en el pánico. Un enigma mortal que solo un hombre puede resolver.

Álex Cortés regresa en una nueva y escalofriante investigación. Cuando una serie de asesinatos brutales sacude Barcelona, el inspector Cortés se sumerge en un oscuro juego de caza y captura. El asesino, que firma sus crímenes con un mensaje inquietante: **“Vivo porque mato”**, desafía a Álex a desentrañar sus motivaciones y detener su rastro sangriento.

La tensión aumenta cuando Valeria Eriksson, una periodista de renombre, se une al caso para documentar cada paso en una serie true crime. Sus preguntas incisivas y su búsqueda de la verdad añaden una capa de complejidad a la investigación.

¿Podrá Álex enfrentarse a sus propios demonios y detener a un asesino que mata para sentirse vivo?

Si disfrutaste de los anteriores thrillers policíacos llenos de suspense e investigación, no podrás dejar de leer **Vivo porque Mato**.

¡CONSÍGUELO AHORA antes de que cambie el precio!

[IR AL LIBRO](#)

También puedes acceder escaneando con la cámara del móvil este código:



¡ADELANTO GRATIS! - Nueva Saga

Aquí tienes los dos capítulos de mi nueva saga, ***El Forense: La vida y la muerte se unen en sus manos.*** el primer thriller policíaco de Fosco Merrell, ambientado en la ciudad Akeron City.

LA VIDA Y LA MUERTE SE UNEN EN SUS MANOS

EL FORENSE



RICCARDO
BRACCAIOLI

A continuación puedes leer en EXCLUSIVA el **primer capítulo** de la novena investigación de Álex Cortés, un pequeño adelanto antes de su lanzamiento:

PRIMER CAPÍTULO

Akeron City.

Algunos años antes.

La primera bala cruzó los doscientos metros de distancia, haciendo estallar el cráneo de su objetivo. Cayó al suelo, junto a su paraguas de color lila y su alegría. Todo sucedió en un abrir y cerrar de ojos. Desde que el gatillo accionó el primer disparo hasta dejarla sin aliento. Cayó rígida, en medio de un charco de lluvia que no tardó en mezclarse con su propia sangre.

Pocos instantes antes, el asesino lo había preparado todo.

La habitación del lujoso hotel estaba lista. Había colocado una mesa delante de la ventana. Una caja llena de alargadas balas estaba lista. Era una noche fría en Akeron City, y muy lluviosa.

El asesino se secó el sudor con su propia toalla. Llevaba unos guantes negros de látex y un gorro de ducha que le recogía el pelo corto.

Miró el reloj; faltaba poco para las ocho de la tarde.

Estaba sentado en posición de loto, encima de una toalla apoyada en el suelo, extendida sin una sola arruga.

De los auriculares salía una música de meditación, con viento suave entre bambús para evitar que disparase su frecuencia cardíaca.

Su único pensamiento era lo que tenía que hacer desde esa habitación del hotel.

Nada más ocupaba su mente, entrenada a eliminar el ruido y focalizarse en su objetivo.

Su reloj sonó y abrió los ojos: era la hora.

Dio una profunda respiración.

Se levantó de la toalla y la enrolló, metiéndola después en su mochila.

Se acercó a la ventana y con una punta de diamante hizo un agujero en el cristal, a la altura de la cintura. El rascacielos tenía acristalamiento que iba desde el techo hasta el suelo.

Sujetó la primera circunferencia de cristal con la ventosa y la dejó en la cama.

Luego repitió la operación con el segundo cristal de la ventana. Al quitarlo, entró el aire del exterior.

Un viento de tormenta penetró en la habitación.

La lluvia salpicaba la moqueta y la punta del arma preparada.

Apoyó el ojo en el visor y vio al otro lado a su objetivo.

El reloj emitió un segundo sonido. Faltaba un minuto.

La cruz del visor telescópico estaba desenfocada. Fue ajustándola hasta que tuvo un blanco nítido.

Al otro lado de la plaza, azotada por la lluvia, estaba el polideportivo de la ciudad. La luz de las farolas iluminaba la cola de acceso al concierto. Tocaba un grupo local, que hacía furor entre los jóvenes.

Los paraguas cubrían las caras de la gente. Desde la altura del rifle, solo se veía una estela de paraguas que serpenteaba por la enorme plaza.

Respiró profundamente.

En pocos segundos habría comenzado su trabajo.

Volvió a mirar por el visor. Fue buscando su primer objetivo: un paraguas sujetado por un extraño. Seguramente un joven que solo estaba luchando contra las inclemencias del tiempo para ver a sus ídolos musicales.

Rojo, verde, a topos o a rayas. El azar iba enfocando uno u otro sin sentido, sin ningún orden de coherencia de decisión.

Quitó el seguro.

Entonces la tercera alarma sonó y apretó el gatillo sobre el paraguas lila.

En el tiempo que tardó en caer el primer objetivo, el asesino quitó el casquillo e introdujo la siguiente bala.

«Uno», pensó.

Buscó al azar otro paraguas, este de color verde, y apretó el gatillo de nuevo. El objetivo cayó.

Sacó el casquillo y metió otra bala en la recámara.

«Dos», pensó.

Luego buscó otro paraguas, uno negro. Sin embargo, para entonces ya se había desmontado la fila casi militar del público y el caos se había desatado. Los paraguas, como átomos enloquecidos, se dispersaron en todas direcciones.

Otro paraguas azul, otro rojo y otro.

«Seis», pensó.

Miró la hora y se secó la frente.

Siguió con los paraguas atrapados en el centro de la cola, los primeros en llegar al concierto y los últimos en poder escapar.

Un paraguas a rayas, luego uno blanco y otro estampado.

«Nueve», pensó.

Apuntó a un paraguas transparente, y bajo este, un hombre que corría fue atravesado por un proyectil. La clara lona se manchó de rojo, salpicada de sangre. Luego el hombre cayó, obstaculizando la huida de los que iban detrás.

«Diez», pensó.

Retrocedió al primer paraguas lila, donde una señora estaba agachada junto a la muchacha tendida en el suelo, bajo la lluvia. El asesino le colocó la cruz en la cabeza y apretó el gatillo.

«Once», pensó.

Seguía buscando su próximo objetivo en medio del caos, cuando sonó la cuarta alarma.

Abrió el ojo cerrado y se separó del visor: era la hora. Habían pasado solo un par de minutos desde el primer disparo, pero tenía que abandonar ese lugar.

El asesino había calculado el tiempo de reacción de la policía de Akeron. Tenía que marcharse y dejarlo todo tal y como estaba.

Bajó de la mesa. La apartó hasta la marca que había hecho antes, alejándola de la ventana.

Agarró el fusil y lo desmontó pieza a pieza. Colocó las tres partes en una bolsa de lona. Se secó el sudor por última vez y metió la toalla en la maleta. Enrolló el paño sobre el que se había tumbado y lo guardó.

Plegó la mesa, la introdujo en un armario y buscó los casquillos.

Uno, dos, tres.

Los fue contando y metiendo en un bolsillo del bolso.

Entonces sonó la alarma, la quinta.

Nueve y diez, los guardó.

Miró a su alrededor, faltaba uno.

Levantó las sábanas de la cama, debajo no estaba.

Siguió buscando.

Otra alarma; tendría que haber salido por la puerta hacía unos segundos.

Sus pulsaciones se dispararon. Miró a su alrededor otra vez, pero no lo encontró.

Decidió irse.

Arrojó lejía con un espray por toda la estancia. Agarró la maleta, sacó un sombrero de pescador y un chubasquero barato y salió por la puerta, colándose por la salida que había preparado.

La gente corría por los pasillos de un lado al otro. Él cogió el ascensor y bajó a la planta principal.

Las primeras ambulancias llegaban a la plaza. El caos se había expandido por la ciudad. El tráfico se había detenido en los alrededores y las patrullas de policía justo llegaban, con las sirenas encendidas.

Le dio tiempo justo de dar la vuelta al edificio, y después los agentes entraron en masa en el hotel.

Siguió bajo el agua hasta llegar al primer aparcamiento de motocicletas.

Levantó el sillín y cogió el casco del portaequipajes. Una vez colocado se sentó y encendió el ciclomotor.

Enganchó las asas de la bolsa en la anilla, al lado de los pies y se fue entre el caos, en dirección contraria a la plaza de la masacre.

Recorrió un par de avenidas llenas de coches y semáforos. La lluvia azotaba Akeron City una noche más.

Llegó hasta el puente Reynolds y aparcó el ciclomotor. Dejó el casco y se volvió a colocar un sombrero verde de pescador. Agarró el bolso de lona y se fue hacia el otro lado del río. Comprobó que no viniera ningún barco y cuando estuvo justo a la mitad del puente, arrojó la maleta al río Caronte. Esta tardó décimas de segundo en desaparecer entre las negras y profundas aguas.

Siguió hasta el otro lado y caminó hasta la entrada de metro más cercana. Entró y desapareció entre la muchedumbre que habitualmente cogía ese medio de transporte para moverse por la ciudad.

El asesino desapareció sin dejar rastro, dejando a su paso una masacre de jóvenes vidas y de preguntas que, aparentemente, carecían de respuestas.

SEGUNDO CAPÍTULO

Hoy en día.

Rompió el estuche azul de los instrumentos quirúrgicos.

Sacó el bisturí y todos los otros utensilios que necesitaba. Los colocó sobre la mesa de manera pausada y ordenada: siempre igual, siempre en el mismo orden. De forma maniática, como si fueran cubiertos de una mesa en un restaurante con tres estrellas Michelin.

Pero esa mesa no era para comer, sino para analizar cadáveres: para abrirlos y determinar por qué habían muerto.

Ese día tenía delante el cuerpo inerte de un joven desafortunado. Alguien que había muerto antes de hora. Eso, en Akeron City, no era una excepción. Morir entre bandas o por sobredosis era un caso normal para la policía. La violencia en las últimas décadas se había incrementado hasta niveles difíciles de controlar. Las últimas elecciones dieron paso a candidatos a la alcaldía que hacían cada vez menos.

Esa tarde la morgue estaba silenciosa. Todos los otros forenses lo habían dejado solo ante una urgencia.

Fosco Merrell era el forense jefe de la policía judicial del distrito. En sus hombros recaía la responsabilidad de esa autopsia y del grupo de investigación médica.

Encendió el viejo tocadiscos. Levantó el cabezal y apoyó la aguja en las primeras estrías del disco negro. Comenzaron a salir las primeras notas musicales.

Fosco cerró los ojos. Esos instantes eran los mejores, cuando las notas inundaban el ambiente de riguroso luto. Era La Tosca, de Puccini, interpretada por un joven Pavarotti.

Esperó unos minutos y abrió los ojos; ya podía comenzar.

Las flautas y los violines sonaban de fondo en la estancia.

Se colocó los guantes y rotó el cuello. A pesar de la fría temperatura de la morgue, Fosco sudaba. Llevaba el equipo de trabajo, un mono blanco de plástico que lo cubría completamente.

Miró al chico en la mesa de análisis con compasión; perder la vida tan joven era una tragedia.

Para Fosco, la muerte de alguien a esa edad era como un naufragio. En cambio, cuando un anciano moría, lo veía como una llegada a puerto.

Fosco a sus cincuenta, todavía conservaba su buena presencia y su mirada profunda, aunque las arrugas demostraban el paso de muchas desdichas por su vida y las incontables autopsias que llevaba sobre sus hombros. Las ojeras delataban las pocas horas que dormía para dedicarse a su trabajo. Su vida personal, desde hacía unos años, había pasado a un segundo plano.

Sus compañeros le decían que era adicto al trabajo, pero él se definía a sí mismo como un apasionado de su profesión

Las primeras arias de Luciano se difundieron por la morgue.

Fosco se colocó delante del chico y, como era su costumbre, se dispuso a pedir permiso al muerto antes de estudiar su caso.

No era religioso, a pesar de que sus progenitores lo hubiesen sido, pero sabía que había algo más allá de la vida. Algo que no podía describir con palabras. Él, un hombre empírico y científico, no se dejaba embaucar por las creencias, pero gracias a su experiencia había llegado a la conclusión de que había algo más que la ciencia no podía explicar.

Apoyó la mano en su frente.

Le pidió permiso, con los ojos cerrados.

No era magia; era tan solo un hombre respetuoso y metódico que pedía permiso antes de profanar un cuerpo.

Dijo el nombre del chico y usó las palabras acostumbradas.

Luego abrió los ojos y se quedó mirándolo atentamente.

«¿Quién eres?», le preguntó en sus adentros, a pesar de creer saber la respuesta.

«¿Dónde has muerto? ¿Quién te ha hecho esto?», añadió, aunque era consciente de que nadie, aparte de su estudio, le daría esas respuestas.

«¿Cómo has muerto?», pensó por último y comenzó la inspección.

Apretó el botón de la vieja grabadora que llevaba en el bolsillo, con el micrófono en la solapa, y comenzó.

—Fosco Merrell, autopsia número 342953-FR, individuo de raza blanca, se sospecha la identidad y la autoría de los hechos —dijo la hora y el día y que procedía a operar—. El

individuo ha sido encontrado en un coche abandonado en medio de un incidente múltiple en el puente Reynolds. No sabemos quién conducía la furgoneta —dijo y se detuvo mirando las muñecas y los brazos—. Debe rondar los veinticuatro años. Tenemos que averiguar la causa de la muerte.

El cadáver se encontraba en unas condiciones pésimas, menos el rostro, que parecía estar en mejores condiciones. El resto del cuerpo se encontraba lleno de livideces.

Abrió el torso con el bisturí y luego con la sierra. Inspeccionó todos los órganos internos, valorando sus condiciones, y luego lo cerró.

Hizo lo mismo con la cabeza; el procedimiento normal para el forense. Acostumbrado en sus inicios a una sierra manual, hacerlo con una eléctrica era mucho más sencillo.

Analizó las posibles lesiones cerebrales y cerró el cráneo.

Las notas de la ópera seguían al fondo, aunque el médico había dejado de escucharlas debido a la concentración. Llevaba un buen rato encerrado en esa estancia; cogió un chicle de nicotina y comenzó a masticarlo. Era el único remedio que había encontrado a tantas horas sin fumar.

Buscó restos de ADN en el cuerpo, pelos que no fueran suyos y cualquier otro indicio que pudiese llevarlo a descubrir más. Seguidamente le extrajo sangre para un rápido análisis y comenzó a redactar el informe.

Cuando llevaba pocas líneas escritas en su monitor, la secretaria de la morgue lo llamó por el telefonillo interno.

—¿Fosco? —preguntó la mujer al otro lado.

—Dime —respondió seco.

Al otro lado del auricular, la mujer se quedó en silencio. A menudo escuchaba la música y, en base a la ópera que había de fondo, adivinaba el estado de ánimo del forense.

—Lamento interrumpirte —dijo rápidamente—. Pero...

—¿Ya han llegado? —preguntó Fosco.

—Sí.

El forense suspiró.

—Dame cinco minutos y hazlos pasar —replicó y colgó.

Guardó el fichero, apagó la pantalla y se levantó. Fosco colocó al cadáver un gorro parecido a uno de ducha, que disimulara la abertura en la frente. Luego, cogió una sábana limpia y la extendió sobre el cadáver.

Desde la puerta se oyó la señal. Se abrió y apareció la mujer que antes lo había llamado. Seguidamente pasaron dos personas: primero una mujer y luego un hombre.

—Buenas noches, acérquense —dijo el médico—. Lamento la situación, pero les pido fuerza —dijo mientras les estrechaba la mano.

Los presuntos padres del que estaba bajo esa sábana acababan de aparecer. El cuerpo había aparecido sin documentación, pero la policía había deducido que ese individuo podía ser John Méndez. Un exconvicto, metido siempre en numerosos trapicheos y robos. A pesar de su joven edad, su historial era más largo que el río Caronte que cruzaba la ciudad.

Los padres le estrecharon la mano.

—No será una imagen fácil, pero necesitamos que lo reconozcan —dijo Fosco y se acercó a la mesa con el cadáver cubierto.

Solo asomaban los pies y, del pulgar izquierdo, sobresalía un cordel con un cartón colgando. En él había un código alfanumérico y una fecha.

—¿Estás segura, cariño? —preguntó el hombre a la esposa

.

Fosco se percató de que los dos llevaban alianza. La señora tenía el rostro hinchado y los ojos rojos de tanto llorar. Parecían personas de un cierto poder adquisitivo, que no daban la impresión de tener dificultades económicas. Una familia acomodada y sin problemas; excepto uno: un hijo que no habían conseguido educar.

Ella asintió mirando al hombre y luego se giró hacia el médico, que estaba al otro lado de la mesa de autopsias.

Fosco apretó las mandíbulas mientras masticaba el chicle de nicotina.

Levantó una solapa de la sábana y la dobló a la altura del cuello, dejando descubierta solo la cabeza.

La mujer gritó en un llanto desenfrenado y se giró hacia el marido, que la abrazó.

Luego, el forense descubrió los brazos llenos de tatuajes, dejando el torso cubierto.

—¿Lo reconocen? —preguntó el forense.

Los padres asintieron.

—Sí, es John, nuestro hijo —confirmó el padre.

La madre se quedó abrazada al marido un buen rato, mirando a su hijo tumbado, con los ojos cerrados.

—¿Algo más? —preguntó el padre. Miró al forense, que negó con la cabeza—. Mejor nos vamos —dijo y tiró de su mujer hacia la puerta.

Ella dio un paso, pero luego se deshizo de los brazos de su marido y regresó frente a su hijo. Apoyó la mano en su frente y levantó la mirada.

—Doctor, dígame, ¿ha sufrido? —dijo la madre llorando, casi hiperventilando.

Fosco le cogió la mano.

—Señora, quédese tranquila, su hijo no ha sufrido. No se ha enterado de nada —dijo y esbozó una sonrisa tímida.

En ese momento, la mujer suspiró y al acto su expresión se suavizó. Asintió más tranquila y se fue con su marido.

En cuanto salieron, el médico cubrió el cuerpo. Suspiró recordando a la mujer. Se sintió mal; no solía mentir en su trabajo, pero creyó que, si hubiese sido él, habría sabido sobrellevar mejor el luto sabiendo que su hijo no había sufrido. El dolor hubiera sido más llevadero.

No se sintió orgulloso, pero se pasó las manos por el pelo y regresó al escritorio. Encendió la pantalla y siguió con el informe forense.

Al terminarlo lo agregó a un correo electrónico, añadió el email de la inspectora y escribió el texto.

«Olivia, te paso el informe que necesitabas urgentemente. Los padres acaban de irse, han reconocido el cuerpo. Se trata de John Méndez, como te esperabas. Seguramente, cuando leas este correo el informe dactilar también lo confirmará. Las analíticas del ADN más completas me llegarán en unos días. Te adelanto lo que leerás en el informe: el chaval presenta hematomas por haber sido golpeado y brutalmente apaleado. Pero la muerte ha sido provocada por una hemorragia interna que le causó el accidente. Parece que el chico estuvo consciente mientras lo torturaban, y el accidente le ha ahorrado más sufrimiento. Los índices de cortisol en sangre lo demuestran. No te puedo ayudar más, espero que te sirva. Nos vemos pronto. Fosco.»

El médico forense comprobó que el mensaje había sido enviado y apagó el ordenador. Era tarde; tenía que irse a casa, ducharse y arreglarse para la gala de esa noche. Cogió las llaves de su coche y las latas de sus puros con sabor a café, cuando alguien entró por la puerta.

—Maldita sea, hoy solo me faltaba esto —dijo uno de la policía judicial.

El hombre llevaba un chubasquero goteando y el compañero, que lo ayudaba a empujar una camilla, estaba en las mismas condiciones.

—Mi mujer me va a matar, si es que no me pone los cuernos con algún vecino —dijo el hombre a su ayudante mientras se rascaba el culo—. Joder, estoy empapado, que ganas de irme a

la ducha. ¿Dónde te dejo este fiambre, jefe? —gritó el policía.

Fosco arrugó el ceño: no le gustaba que entraran con esos modales a su lugar de trabajo.

—¿Quién es? —preguntó Fosco.

—No lo sabemos, jefe. Lo han encontrado bajo un puente del distrito oeste. Ahora ya es cuestión tuya —dijo el hombre mirando a su alrededor para ver dónde podía dejarlo—. El comisario dice que es urgente, ya te llamará.

El policía dio un paso.

—¿Ferdinand? —dijo Fosco llamando su atención—. ¡Quieto!

El policía se detuvo y la camilla con él. La víctima estaba envuelta en una bolsa negra con cremallera.

—Mesa cuatro —dijo Fosco tomando el control de la situación.

Ferdinand bufó.

—Sí jefe, claro —contestó y miró a su ayudante—. Venga, que es para hoy.

Se acercaron y dejaron el cadáver encima.

—Todo tuyo. Nos vamos —dijo el policía y en cuanto iba a salir al pasillo estornudó y a la vez se le escapó un sonoro pedo.

—No te rías —dijo Ferdinand a su ayudante—. Esto es la edad... —dijo y siguió hacia la salida.

—No me extrañaría que tu mujer tuviera un amante... —susurró el forense.

Miró el reloj y comprobó que llevaba demasiado retraso.

—Urgente... —dijo el forense—. Para el comisario todo lo es —dijo y justo cuando fue a abrir la cremallera se abrieron de nuevo las puertas de la morgue.

—Nos olvidábamos esto —dijo el ayudante de Ferdinand.

—¿Qué es? —preguntó el forense.

—Parece un sombrero. Estaba al lado del cuerpo. Creemos que era suyo, está manchado de sangre.

Fosco se acercó y cogió la bolsa transparente. En su interior había un sombrero de pescador manchado de rojo, aplastado y de color verde oscuro. Parecía impermeable, con las letras “L.A.” bordadas: las iniciales del equipo de fútbol de Akeron.

Algo le llamó la atención de ese sombrero, pero no supo qué. Lo dejó encima del cadáver sin abrir la cremallera. Introdujo el cuerpo en la nevera y se fue. Ya era demasiado tarde.

¿Te ha gustado?

[Descubre “El Forense”, la primera entrega del forense Fosco Merrell](#)

[IR AL LIBRO](#)

A veces una autopsia no es un final, sino un inicio.

Una exhumación revela un indicio que no tiene nada que ver con la causa de la muerte.

El caso no resuelto de una vieja masacre vuelve de actualidad.

Los secretos no entienden de compasión, solo de verdades.

Fosco Merrell, acompañado por la tenaz inspectora Olivia Wolf y el enigmático detective Dønati Vihëls, en una carrera contra el tiempo para resolver un enigma que entrelaza el pasado con peligrosas mafias en guerra y una corrupción que devora todo a su paso.

¿Hasta dónde llegarán para desvelar la verdad detrás del crimen que conecta su pasado con el presente turbulento de Akeron City?

En Akeron City, los secretos no mueren; se entierran hasta que alguien como El Forense Fosco Merrell consigue desenterrarlos.

Con una trama que teje suspense, misterio, y una red de traiciones, esta novela te arrastrará a las profundidades de la investigación forense.

Haz clic y adéntrate en el misterio.

Descubre el “*El Forense: La vida y la muerte se unen en sus manos.*”, donde cada cadáver cuenta una historia de traición y poder en las sombrías calles de Akeron City.

El Forense es un thriller policíaco que te dejará enganchado, página a página.

¿Podrá Fosco vengar su pasado antes que sea demasiado tarde?

Si disfrutaste los thrillers llenos de suspense, investigaciones y de misterio, como Reina Roja de Juan Gómez-Jurado, Joël Dicker, Roberto Martínez Guzmán, Carmen Mola, Michael Connelly, no podrás dejar de leer El Forense.

Si disfrutaste de los anteriores thrillers policíacos llenos de suspense e investigación de este autor, no podrás dejar de leer El Forense.

¡CONSÍGUELO AHORA antes de que cambie el precio!

[IR AL LIBRO](#)

INTRIGA CLUB

¿Te ha gustado este libro? ¡Hay más por descubrir!

Antes de que cierres estas páginas, quiero invitarte a unirme a una comunidad muy especial: Intriga Club.

Si disfrutas de mis historias de intriga y misterio, te encantará formar parte de este espacio único donde podrás interactuar directamente conmigo y con otros apasionados del género.

En Intriga Club, ofrecemos:

- Desafíos semanales para poner a prueba tus habilidades de detective.
- Roles especializados donde cada miembro puede asumir un papel importante.
- Comunidad colaborativa en la que todos compartimos y aprendemos juntos.
- Eventos exclusivos para interactuar y conocer más sobre el mundo del misterio.
- Leer mis novelas en primicia, antes que salgan publicadas.

La próxima edición BETA abrirá sus puertas el 1 de septiembre del 2024, y los cupos son limitados a 50 personas.

Solo abrimos dos veces al año (1 de abril y 1 de septiembre), así que ¡no pierdas la oportunidad!

Para pertenecer a la comunidad es gratis, pero tienes que ser seleccionado.

Para ser uno de los primeros en recibir información y unirme a esta fascinante comunidad, apúntate aquí: [Aquí encuentras el link para inscribirte.](#)

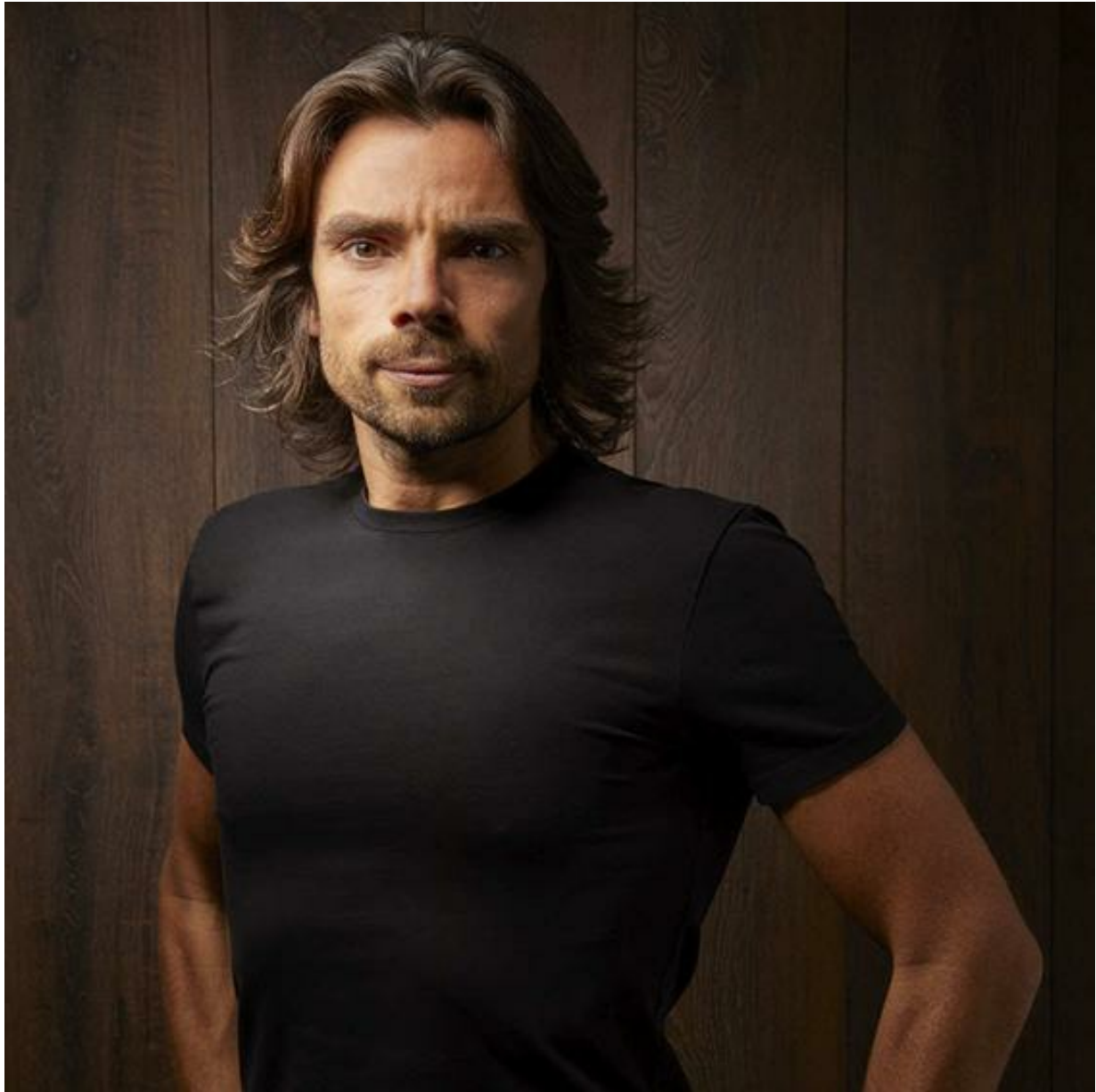
O al final del libro podrás entrar también por un código QR.



¡Espero verte pronto en el Intriga Club, donde juntos seguiremos desentrañando los más oscuros misterios!

Un abrazo literario,
Riccardo Braccaioli

SOBRE EL AUTOR



Riccardo Braccaioli (Italia, 1982) es escritor, conferenciante y emprendedor digital.

Ha escrito varios Best Sellers autobiográficos y de crecimiento personal como **DIARIO de una QUIEBRA, El PODER del FRACASO**, entre otros.

Con la **Serie Malatesta** y con la **Serie Álex Cortés** se ha consolidado como escritor de thriller policíaco.

En **junio de 2023**, crea una editorial propia con todos sus libros y un **proyecto literario global**: escribir una novela al mes y traducirla a las 7 lenguas de mayor venta en el planeta. Además de publicarlas en varias **plataformas digitales** las vende en **librerías**.

Este proyecto se llama **Escritor Tokenizado**.

Esta editorial ha sido creada gracias la tecnología Blockchain, que funciona como un notario digital, de modo que los lectores de sus novelas puedan **ser partícipes de su carrera profesional como escritor**.

Tienes más información en la web ESCRITOR TOKENIZADO. Puedes convertirte en SOCIO EDITOR y copropietario de esta novela.

Además, si te ha gustado este libro, te agradecería que dejaras una reseña en Amazon. Para nosotros, los autores que nos autopublicamos, es sumamente importante tener reseñas en la plataforma. Estas mantienen vivas las novelas.

Entre su obra destaca:

Serie Bruno Malatesta

[La Muerte del Mentor \(Gratis en este link\)](#)

[Asesinato en el Rally Costa Brava](#)

[El Plan Mónaco](#)

[Los Secretos del Coleccionista](#)

[Malatesta Contra Malatesta](#)

[El Secuestro Ferrari](#)

[Festival de Muerte](#)

[Última Salida](#)

Serie Álex Cortés

[El Sastre del Diablo \(Gratis en este link\)](#)

[El Hedor de la Verdad](#)

[Asesino a Bordo](#)

[El Diablo Nunca Duerme](#)

[Cuando Barcelona Perdió la Cordura](#)

[El Vampiro de Barcelona](#)

Además, si seleccionas el botón “+ SEGUIR”, Amazon te enviará mis novedades cuando las publique:

BIBLIOGRAFÍA

SERIE

ÁLEX CORTÉS

0. EL SASTRE DEL DIABLO
1. EL HEDOR DE LA VERDAD
2. ASESINO A BORDO
3. EL DIABLO NUNCA DUERME
4. CUANDO BARCELONA PERDIÓ LA CORDURA
5. EL VAMPIRO DE BARCELONA
6. EL ÚLTIMO CRIPTOGRAMA
7. UN CADÁVER EN LLAMAS
8. EL SECRETO DEL PANTANO

SERIE

GILDO FALCONE

1. MUERTE EN ROMA
2. MUERTE ENTRE VIÑEDOS

SERIE

BRUNO MALATESTA

0. LA MUERTE DEL MENTOR
1. ASESINATO EN EL RALLY COSTA BRAVA
2. EL PLAN MÓNACO
3. LOS SECRETOS DEL COLECCIONISTA
4. MALATESTA VS MALATESTA
5. EL SECUESTRO FERRARI
6. FESTIVAL DE MUERTE
7. ÚLTIMA SALIDA

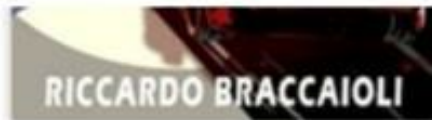
SERIE

EL FORENSE

1. EL FORENSE
2. LOS MUERTOS TAMBIÉN
DISPARAN

kindleunlimited
amazon

JB[®]
RICCARDO
BRUSCIONI



Comprar por 2,99 €



[Ver las 2 imágenes](#)

Sigue al autor



Riccardo
Braccaioli

+ Seguir

Longitud de
impresión

1.

554 páginas

Idioma



Español

Los clientes que vieron este producto también vieron